

EL TESORO DE LAS NIÑAS

COLECCION DE ARTÍCULOS EXTRACTADOS
I TRADUCIDOS DE LOS MEJORES AUTORES, I PUBLICADA
PARA SERVIR DE TEXTO DE LECTURA EN LOS
COLEJIOS Y ESCUELAS

POR JOSÉ BERNABDO SUÁREZ,

Aumentado i editado para las escuelas de la República
Argentina, por V. García Aguilera.

Obra compuesta espresamente para la educacion de las niñas.

PROBADA POR LA UNIVERSIDAD DE CHILE I POR EL ORDINARIO COMO TEXTO DE LECTURA, Y
ADOPTADA POR EL SUPREMO GOBIERNO I LAS MUNICIPALIDADES DE
SANTIAGO, VALPARAISO, TALCA, CONCEPCION, LA
SERENA, ETC. PARA LA ENSEÑANZA
EN SUS ESCUELAS.

Contiene las mujeres célebres de Sur-América.

PRECIO: 10 \$ m/c.

BÜENOS-AIRES.

IMPRESA TIPOGRÁFICA DE PABLO E. CONI, PERÚ 107.

1868

Este opúsculo es propiedad del editor.

UNIVERSIDAD DE CHILE

Santiago, Octubre 3 de 1859.

Conforme a lo acordado por el Consejo en sesion del 1º del que rije, a virtud del precedente informe, se aprueba para texto de lectura en las escuelas primarias el opúsculo titulado *El Tesoro de las niñas*, redactado por don José Bernardo Suárez.

Anótese.

ANDRES BELLO.

Miguel Luis Amunátegui
Secretario jeneral interino.

APROBACION DEL ORDINARIO

Santiago, Mayo 6 de 1861.

Con lo expuesto por el examinador nombrado i mérito de las correcciones hechas, concedemos licencia a don José B. Suárez para que pueda imprimir i publicar el opúsculo titulado *El Tesoro de las niñas*.

VÁRGAS,
Vicario jeneral.

Olea.
Pro-secretario.

ADOPCION DEL SUPREMO GOBIERNO

Santiago, Julio 22 de 1864.

Vista la solicitud que precede, decretó:

Adóptense como textos de lectura en las escuelas primarias de la República, los opúsculos titulados *Rasgos biográficos de niños célebres* i *Tesoro de las niñas*, por don José Bernardo Suárez.

Anótese y comuníquese.

PÉREZ.

Miguel M. Güemez.

ADVERTENCIA A LAS NIÑAS.

La lectura instructiva a la par que agradable del presente libro, compuesto espresamente para vosotras, también será muy útil a las adultas que deseen aprovecharse de los sanos consejos i bellos ejemplos que contiene. El asunto de sus artículos puede resumirse en estas dos palabras: VIRTUD I TRABAJO.

El *trabajo*, amables niñas, es el progreso; sin él todo se paraliza. La vida de las flores, como la del hombre, termina por la inacción. El trabajo mantiene el vigor de las fuerzas del cuerpo como las del alma, i la salud misma no se conserva sino por medio del trabajo.

La *virtud* es el cumplimiento de nuestros deberes. El hombre tiene deberes que cumplir para con Dios, para consigo mismo i para con sus semejantes. * La virtud consiste en el cumplimiento de estos deberes. El trabajo es estéril i la ciencia humo sin la virtud. **

La palabra de Dios es la que mejor nos enseña las virtudes que debemos practicar. Esta palabra la hemos de recibir con un corazón bueno, sincero, esto es, con respeto i atención, con amor i conocimiento, i con deseo vivísimo de aprovecharnos de ella. Si así lo hicieris, amables niñas, la virtud se arraigará en vuestros corazones; estareis ante Dios en este mundo, i

* Tus deberes llenarás
Con Dios, contigo i demas.

** Sin virtud la ciencia humana
Es caña frágil i vana.

gozareis de su presencia en el cielo. Para conseguirlo, tomad por guia la RELIJION; pues del mismo modo que la naturaleza nos enseña el trabajo i el estudio la ciencia, solo la relijion de Dios Salvador, que es la verdadera, puede enseñarnos la virtud.

La relijion verdadera
Es la de Dios Salvador,
Que murió porque no muera
El rebelde pecador.

Esta relijion divina
Por Jesus fué establecida,
Cuando reparó la ruina
De nuestra fatal caída.

Relijion tan escelente
Consiste en la santidad,
I en un celo mui ardiente
Por Jesus i la verdad.

Relijion tan admirable
Que nos dió un Dios Redentor,
Ha sido siempre invariable,
Como su bondad i amor.

El que la cree i profesa
Con corazon sincero,
Jesus lo pondrá a su mesa
En el gran dia postrero.

Quiera, pues, el cielo, amables niñas, que os aprovecheis de los saludables consejos i nobles ejemplos que encierra el pequeño libro que, estimulado por el deseo de ser útil a mi país, he compuesto para vosotras i que tengo el gusto de ofrecer.

J. B. S.



EL TESORO DE LAS NIÑAS

PARTE PRIMERA.

LECTURA EN PROSA.

ARTÍCULOS VARIOS.

I.

Dios.

Cuando al levantaros por la mañana, despues de un sueño apacible i sosegado, recibis el primer beso de vuestros padres, os calentais á los rayos del sol, aspirais el olor de las flores i ois los cantos de las aves, ¿no es verdad, niñas mias, que sentis elevarse i regocijarse vuestro corazon, i que parece que reconocéis en todas las maravillas que os rodean la existencia de un Dios infinitamente poderoso que debió criar todo cuanto existe? ¿No es verdad que veis como escrito su nombre santo en la brillantez del rei de los astros, en la fragancia de las flores, en las nacaradas plumas de las aves i hasta en el mismo cariño que os tienen vuestros padres?

Que vuestros mas puros sentimientos al levantaros, durante el dia i al acostaros, sean para ese Ser todopoderoso, que os ha criado para que creais en él i le adoreis, i os dió padres que os educasen e idolatrasen, i el sol i las estrellas, las flores i las aves para embellecer vuestra existencia.

Somos demasiado pequeños miéntras vivimos para conocer a Dios sino por sus obras. Sabemos que existe porque existe el universo i porque este no pudo criarse a sí mismo, ni pudieron ser hijas de la casualidad las maravillas que encierra.

¿Quién puso límites al mar cuando este amenazaba traspasar sus orillas? ¿Quién abrió paso a las lluvias impetuosas? ¿Quién trazó las sendas del rayo? ¿Quién hace caer sobre la tierra el agua i el rocío? ¿Quién, en fin, crió el hombre i el sol, i la luna, i las estrellas sino Dios, ese Rei cuya morada es el cielo? Básteos por ahora saber que existe i que debeis amarle i adorarle. Los siguientes versos servirán para robustecer en vuestros infantiles corazones la fé i el amor a ese Ser Supremo :

En los labios de mi padre
Tu nombre, oh Dios, aprendí ;
Nombre dulce para mí
Cual los besos de mi madre.

Por ellos supe, oh Dios mio,
Que del cielo, las estrellas,
Las aves i flores bellas
Formasteis para mí vos.

Despues os vi, Rei del cielo,
Del sol en los resplandores,
Del clavel en los olores,
De las aves en el vuelo.

Os vi en la brisa que pasa,
En el mar que el viento riza,
I el vapor que se desliza,
Cual nevado chal de gasa.

Do quiera os vi i os amé ;
Que es imposible, Señor,

Siendo cual sois todo amor,
No amaros teniendo fé.

II.

Vestidos i adornos.

Una niña mira con desprecio a cualquiera que no tiene un vestido tan rico como el suyo. ¡Qué motivo de gloria! Una persona mui presumida en sus adornos, i que pone mucha atencion en sus vestidos o en los de las demas, da lugar a sospechar que no tiene otro mayor mérito, o que ella misma no conoce otro. Los magníficos adornos, dando a los pequeños ingenios altanería, soberbia, desden i un corto tono de suficiencia, quitan al carácter i al entendimiento lo que añaden al cuerpo i a la figura. Si esto es así, ¿no se puede decir que ellos hacen perder en lugar de dar, i que se hacen por consiguiente mas dignos de desprecio que de estimacion?

Dirijiéndose a un rico desdeñoso, un poeta le dice :

Ahora que has adquirido grande hacienda,
Si me dices adios es con desprecio.
Cuando uno llega a ser mas rico que otro,
¿Tiene derecho para ser mas necio?

Nunca, niña, te guies
Por apariencias;
Huye del que hace necio,
De su grandeza
Pomposo alarde,
Que siempre es orgulloso
Quien ménos valé.

No vanidad tu alma cobre
Si caudal tu casa ostenta;
Que será doble la afrenta
Si descienes a ser pobre.

III.

Buenas compañías.

Un poeta persa, Saadi, espresa por el siguiente apólogo cuál es la influencia de las buenas compañías.

«Estando paseando, dice, ví a mis piés una hoja medio seca, que exhalaba mui suave olor. La tomo i respiro su aroma con delicia. Tú que exhalas tan dulce perfume, le dije, ¿eres la rosa? Nó, me respondió, no soi la rosa; pero he vivido algun tiempo con ella; de esto proviene el dulce perfume que exhalo.»

Otro poeta ha dicho, hablando de las buenas compañías :

Acompañarte procura,
Con niñas de honra i de punto.
Que, aunque seas tú quien fueres,
Como las otras te juzgo.

IV.

Las solteras.

Una mujer, aunque no se case, puede ser mui útil en el mundo; sus necesidades son menores, i no tiene que cuidar a un marido ni a los hijos. Libre de las penas inherentes al matrimonio, puede consagrarse enteramente a los cuidados que debe a la ancianidad i a las enfermedades de los que le dieron el ser; puede, si tiene luces, instruir a la juventud pobre, i guiarla en el ejercicio de las virtudes. Una jóven apreciable por su ánimo piadoso, sensible i caritativo, es un consuelo que reserva la Providencia para los seres que padecen. Para desempeñar tan noble tarea no hai necesidad de que sea rica. El oro prodigado al infortunio por la mano de una fria piedad, ¿puede valer tanto como la bondad compasiva que consueta i abre a la esperanza los corazones abatidos por la desgracia?

Si durante muchos años sentis vuestra alma inclinada a huir

del mundo i a consagrar vuestros dias al servicio de Dios, * el homenaje mas puro que podeis ofrecerle es entregaros a una de esas órdenes fundadas para alivio de la desgracia. ¿Qué empleo mejor para una alma piadosa, que abrazar un estado en el cual os constituis a la vez hija de los ancianos sin asilo, enfermera de los pobres, i madre de los huérfanos?

Mas, para seguir un impulso tan laudable, guardaos de dejar a vuestros padres sumidos en el dolor i el abandono. La naturaleza i la relijion están de acuerdo para mandaros preferir los deberes de hija tierna i virtuosa, a aquellos mismos cuyo cumplimiento seria tan dulce a vuestra piedad.

V.

Hortensia.

Yo conozco una señora que tiene una hija, llamada Hortensia, la mejor del mundo, pues jamas ha hecho mal a nadie, ni aun a los animales**. Vió un dia, estando de paseo, que unos muchachos iban a echar al rio un perrito que llevaban atado con una soga; i aunque era feo i estaba cubierto de lodo, sin embargo, Hortensia tuvo compasion de él, i dió una moneda a los muchachos para que le diesen el perro. Preguntóle entónces su criada: «¿Para qué quiere Ud. ese perro tan despreciable?—Así es, dijo Hortensia; pero tambien es desdichado, i si lo abandono yo, nadie tendrá compasion de él.» Mandólo lavar, i metiéndolo al coche, lo llevó a su casa. Burlábanla todos con el perro; mas esto no impidió que Hortensia conservase el pobre animalito. Habrá ocho dias que, estando en su cama ya medio dormida, saltó a ella el perro, i a toda prisa

* El estado relijioso
Con vocacion es dichoso.

** Quien maltrata a un animal
No muestra buen natural.

le tiraba la manga, ladrando tan fuerte que la obligó a despertar. Tenia en su cuarto una lamparilla a cuya luz pudo observar que el perro, cuando ladraba, miraba hácia debajo de su cama. Llena de miedo, Hortensia se levantó al punto, i abriendo la puerta dió voces a los criados, que por fortuna no estaban todavía dormidos. Acudieron pronto, i encontraron debajo de la cama un ladrón con un puñal, el cual confesó que su intencion era matar a esta señorita tarde de la noche i robarle sus halajas. De esta manera la compasion a su perro agradecido le salvó la vida. Sin embargo, esto no debe ser un motivo para que os ocupeis tanto de ese animal, que lo paseis frecuentemente con él; i puedo aseguraros que es bien desagradable para la jeneralidad de los hombres el ver a ciertas niñas con esos *quiltros* en las faldas, besándolos i esponiéndose a que les trasmitan sus enfermedades. Esto revela falta de educacion i poco juicio en una mujer.

VI.

La señorita Farge.

En 1801, hallándose llenas las cárceles de Chartres, en Francia, fué necesario poner una turba de bandidos en el subterráneo de una iglesia, donde no tardó en declararse una enfermedad contagiosa i mortal. A ella sucumbieron varios presos, sin que nadie osase penetrar en aquel abismo de muerte. La señorita Farge tuvo valor para bajar allí sola, pues nadie habia querido acompañarla. Se vió, pues, en la precision de inducir a algunos de aquellos criminales a que la secundasen en los cuidados que ella prodigaba a sus compañeros enfermos.

A pesar de su asidua solicitud en aquel subterráneo infecto, consagraba tambien parte de su tiempo al servicio de las otras prisiones. Ella dirijia los trabajos de la cocina, de la roperia;

vijilaba en la enfermería, en la botica; su caridad, su actividad, bastaban para cuidar a mas de doscientos de aquellos infelices enfermos.

He aquí, amables niñas, un bello ejemplo de abnegacion i de caridad. Esta sublime virtud no se practica, pues, soló con los buenos, sino que tambien estiende su mano a toda clase de personas, sin distinguir relijion, edad ni sexo.

VII.

Elvira.

Una niña llamada Elvira, no solo incurria mui a menudo en un exceso de curiosidad, sino que tenia el vicio de tocar, revolver i escudriñar todo lo que veía capaz de escitar sus curiosos deseos. Ya habia conocido por su propia esperiencia cuán peligrosa podia ser en algun caso esta mala costumbre, i mas de una vez habia llevado un fuerte coscorron en la cabeza, al abrirse de improviso una puerta, detras de la que ella se hallaba escuchando o atisbando por la cerradura. *

Todavia peor fué lo que le sucedió un dia, en que, habiendo encontrado abierta la puerta de un pequeño gabinete, donde su padre tenia reunidas sus colecciones de objetos de historia natural, a cuyo estudio era sumamente aficionado, se puso a revolverlo i manosearlo todo. Aconteció, pues, que encima de la mesa habia una cajita cerrada i Elvira se acercó a ella i la abrió sin precaucion alguna. Inmediatamente salió una linda mariposa que, desplegando sus matizadas álas, empezó a revolotear por el jardin. Absorta se quedó la niña al ver una mariposa tan bonita; pero, conociendo al instante la indiscrecion que habia

* No procureis informaros
De los negocios ajenos;
Sin parecer misteriosa
Disimulad bien los vuestros.

cometido, trató de pillarla para volverla a la caja. Lo que logró con esto fué espantar a la mariposa, que se fué del jardín. Llorosa la niña y sintiendo su falta, tuvo el buen pensamiento de ir en el acto a confesársela al papá, i solo esa franca declaracion con visos de arrepentimiento, pudo librarla del castigo, porque su padre sentia mucho la pérdida de la mariposa, que era de una especie mui rara i preciosa.

La curiosidad es la falta
Que en la mujer mas resalta.

VIII.

Clorinda.

Hace dias que a eso de las seis de la tarde, al pasar por la plaza de la Victoria una niña de ocho años llamada Clorinda, le salió al encuentro otra niña de su edad, diciendo con voz llorosa:

—Señorita, ¿me dá Ud. un pedacito de pan por el amor de Dios? tengo mucha hambre.

—Dios mio! respondió Clorinda, toma, que casualmente traigo un bollo que me ha comprado mamá; pero ¡qué pálida estás! ¡cómo lloras!

—Es que hace mucho tiempo que estoi aquí, replicó la niña devorando el bollo; tenia miedo, mas aguardaba a que pasase una niña como Ud.

—¿No tienes mamá que te cuide?

—Mi madre murió hace un mes, i mi padre me trajo aquí esta mañana; pero me dijo que le esperara, no ha parecido; sin duda me ha abandonado, porque ayer dijo a una vecina que se iba de Buenos Aires.

—Mira, dijo Clorinda, yo tengo un papá mui bueno i una buena mamá: ven a mi casa i ellos te cuidarán: luego que te vistan como yo, irémos juntas al colejio, i serás mi hermanita, ¿no es verdad?

Y la encantadora niña tomó de la mano a la pobre abandonada, encaminándose a su casa en compañía de una sirvienta que no habia hecho mas que oír i callar. Luego que vió a su madre, le dijo:

—Mamá, te traigo una niña a quien su padre ha abandonado de intento; ¿quieres que se quede en casa? Tú eres mui buena para conmigo, i ya ves, con lo que me dán todos los dias habrá lo suficiente para las dos.

Los deseos de la jenerosa niña han sido satisfechos, como debian serlo, por su padre i su madre, honrados artesanos a quienes el trabajo i la economía suministran lo necesario para vivir con comodidad. La abandonada niña, vestida con los trajes de su hermana adoptiva, va a ser enviada al colejo; i a juzgar por la sencilla gratitud que manifiesta, puede creerse que el honrado matrimonio que la ha recojido no tendrá que arrepentirse de su jenerosidad.

IX.

Eduvijos.

No hay cosa que tanto guste en las niñas, ni que tanto prevenga en su favor como el esmero que algunas ponen en manifestarse corteses i bien educadas. * A este desvelo debia la niña Eduvijos el estar bien quieta en todas las visitas, tertulias o concurrencias aun de personas mayores, i el ser citada como modelo a las otras niñas de la misma edad. Por supuesto, siempre se presentaba con el vestido aseado, la cara i las manos limpias, conociéndose el cuidado que en esto ponia, cuando iba por la calle o se sentaba en alguna visita. ** En ninguna parte se co-

* La instruccion i cortesía
Son prendas de gran valia.

** En sitios de concurrencia
Preséntase con decencia.

noce tanto la urbanidad i finura de una persona como en la mesa, * i por esta razon, callando otras recomendables prendas de Eduvijes, referiré solo lo que hizo un dia que la convidaron a comer fuera de su casa.

Al verse en medio de una reunion de elegantes convidados, redobló su atencion, procurando observar cuanto ejecutasen. No se fué a encaramar en el asiento que mas le gustaba, sino que esperó a que, colocados todos los sujetos en sus respectivos asientos, le designase el suyo el dueño de casa. Bien colocada en su silla, desdobló su servilleta, puso a la derecha el tenedor i la cuchara i empezó a servirse de ellos, sin manosear ni hacer ruido.

Comia con delicadeza, sin atascarse la boca ni mascar a dos carrillos, sin manifestar ansia ni mirar los platos ajenos. Cuando tenia que beber, tragaba primero la comida i se limpiaba la boca, tomando el vaso con una sola mano, aunque con precaucion.

Asi llegó con toda felicidad hasta los postres, creyendo que nadie la observaba, mas no sucedió así; porque el dueño de casa, que hacía los honores de la mesa, habia estado, al disimulo, observando sus movimientos, i notando entónces que Eduvijes dirijia ojeadas de complacencia hácia la fruta que habia sacado, sin atreverse a tomar ni a pedir nada, a pesar de la tentacion, escojió una pera exquisita que, mondada i partida por él, sirvió en un plato a la niña, haciendo con motivo de este obsequio un elojio público de las prendas de Eduvijes.

Buen porte i nobles modales
Abren puertas principales.

La niña bien educada
Por do quiera es estimada.

* En la mesa i en el juego
La educacion se ve luego.

X.

El lujo.

Si es permitido a ciertas familias el llevar vestidos ricos i magnificos, es mas digno de estimacion el quedarse un poco inferior a su posicion social. La modestia i la honradez, queridas niñas, serán siempre para las mujeres el mas bello i mas noble adorno. Este era el de la virtuosa esposa del rei de Francia Enrique III.* En medio del lujo mas desenfrenado de la corte, no se distinguia sino por la sencillez de sus vestidos. *

Pasando un dia por la calle de San Dionisio, entró en la tienda de un mercader de sedas. Encontró allí a la mujer de un presidente de los tribunales vestida magníficamente, i mui preocupada en la eleccion de telas riquisimas; la reina la observó algun rato en esta ocupacion; i viendo que no atendia que ella estaba en la tienda, se acercó a la dama, i le preguntó quién era. La presidenta, que se veía sin comparacion mucho mejor vestida que la reina, i que tenia todos sus sentidos ocupados en considerar la belleza de las telas que tenia delante de los ojos, le contestó ásperamente que se llamaba la presidenta tal. Entonces sonriéndose, la reina le dijo: «*Presidenta tal, estais mui engalanada para una mujer de vuestra calidad.*» La presidenta, sin apartar la vista de las telas, replicó: «*Pero no es a vuestra costa, madama*» Uno del séquito de la reina advirtió a la presidenta que respetase a quien hablaba.

Entonces levantó los ojos al rostro de la reina, i habiendola reconocido, se arrojó a sus piés pidiéndole perdon. Se apresuró a levantarla la reina, despues le hizo con dulzura una corta amonestacion sobre las consecuencias del lujo, i le dió testimonios de su benevolencia.

La causa mas comun de la ruina de muchas familias es que

En cualquier tiempo i edad
Vista con honestidad

arreglan sus gastos segun su vanidad, i no segun sus medios; segun su ambicion i no segun su riqueza. El lujo, amables niñas, es hijo de la presuncion, conduce a la pobreza por caminos brillantes i agradables; pero son solamente los locos los que lo siguen.

Sendero de precipicios
Es el lujo en la mujer,
Por donde va a perecer
En la llama de los vicios.

Sea tu porte adecuado
A tu haber, clase i estado.

El lujo, gula i pereza
Conducen a la pobreza.

XI.

El adorno de las mujeres.

Madama Dacier era una mujer mui instruida i célebre por sus obras. Un sábio aleman que las habia leido i que las apreciaba en mucho, fué a visitarla a Paris, i le presentó un album, rogándole tuviera la bondad de escribir en él alguna cosa. Al ver en el album las firmas de los mas célebres literatos de Europa, dijo madamá Dacier que no se atrevia a poner el suyo entre tantos nombres ilustres. No se desanimó el aleman, i cuanta mas resistencia se le ponia, mas instaba. En fin, cediendo la señora a tantas instancias, tomó la pluma i escribió su nombre con la siguiente sentencia de un autor griego: «El silencio es el adorno de las mujeres.»

Un célebre poeta, espresando el mismo pensamiento de madama Dacier, ha dicho:

Un profundo silencio siempre ha sido
De las mujeres el mas bello adorno.

XII.

La oracion.

Cornelia era la alegría i el orgullo de sus padres. El talle de la jóven era bello como un rayo de luz, i sus mejillas frescas i sonrosadas como un capullo de rosa que se abre por primera vez al rocío de la mañana; pero, sobre todo, su alma era tan pura como una mañana de primavera que anuncia a los floridos valles un hermoso dia.

Cornelia no habia experimentado aun las amarguras i aflicciones de la vida, i los dias de su juventud eran tranquilos i serenos. Pero, por desgracia, se enfermó su madre de sobreparto, i tuvo que guardar cama por largo tiempo, pues la fiebre era tan intensa que trastornaba su razon. La jóven velaba por la noche al lado de la enferma, a quien prodigaba los mas esquisitos cuidados, poseida de la mayor angustia. El sétimo dia de la enfermedad, la calentura era mucho mas intensa, i todo era silencio, i todos lloraban a escondidas persuadidos de que se acercaba el último momento de la pobre madre.

Mas por la noche vino un sueño reparador, que con el reposo devolvió la vida a aquel cuerpo desfallecido. Cornelia, sentada en la cama al lado de la madre, escuchaba en silencio la respiracion de la enferma con el corazon lleno de angustia i de esperanza. Al amanecer abrió la madre los ojos i dijo: «estoy bien, i espero restablecerme.» Tomó algun alimento, bebió un poco i se quedó dormida de nuevo. Entónces se inundó el alma de Cornelia de indecible alegría, i la jóven sale del cuarto, atraviesa los campos i sube a la colina cuando aun duraba el crepúsculo de la mañana. Ajitada de los encontrados sentimientos de temor i de esperanza, vino la aurora a teñir con su calor sonrosado el rostro de la jóven, que permaneció un momento reflexionando acerca de la animacion recobrada por su madre despues del sueño reparador, i de las angustias que habia espe-

rimentado. Pero, siéndole imposible contener por mas tiempo encerrados en su corazon estos sentimientos, dobló las rodillas sobre las flores de la colina, inclinó la cabeza i mezcló sus lágrimas con el rocío del cielo.

Despues de un momento de relijiosa contemplacion, levantó su cabeza i volvió a la habitacion de su madre: i entónces estaba Cornelia mas bella i hermosa que nunca porque habia hablado con Dios.

En cualquier tribulacion
Alza a Dios tu corazon.

XIII.

El juego de los colores.

Un padre, temeroso de Dios, tenia cuatro hijos, buenos i dignos de aprecio, los cuales constituian su alegría i sus delicias.

Cuando el padre regresaba a casa, fatigado por el trabajo i el calor del dia, salian gozosos a recibirle, le secaban el sudor que corria por su frente i le referian con singular amor lo que habian aprendido durante el dia, o lo que habian hablado, i el padre se complacia en escuchar la narracion de sus inocentes juegos e ingeniosos pensamientos.

—Padre, hoi hemos hecho el juego de los colores, le decian una tarde cuando salieron a recibirle i le habian conducido a la enramada del jardin.

—¿I qué colores habeis elejido? preguntó el padre, cuando se hubieron sentado.

—Yo, dijo Alberto, el mayor de los hermanos, he elejido el encarnado; pues este color es el del amor de la caridad.

—Bien, pues, contestó el padre; i con la caridad, es decir, el amor a Dios i a los homhres, la vida seria dulce, pues no faltan

a la tierra belleza i magnificencia para recrearnos, sino la inje-
nuidad i el amor reciproco de los hombres.

—I yo, dijo Guillermo, he elejido el azul, que, como la clara bóveda del cielo despejada de nubes, es el color de la serenidad.

—Bien, querido Guillermo; pues no hai cosa mas agradable para nosotros que el hombre de alma spacible.

—Yo, dijo Juanita la hermana, he elejido el verde; pues nuestro Padre celestial ha vestido de verde la esperanza de los aldeanos, el jérmen de los frutos del campo.

—Bueno, hija mia, por eso es tambien verde el color de la esperanza; i ¡cuán infeliz seria el hombre sin esperanza!

—I yo, dijo Federico, el menor de los hermanos, he preferido el blanco; pues el blanco es el color de la pureza, i la pureza i la virtud son el ornato de la infancia.

—Vuestra eleccion, queridos hijos, añadió el padre, ha sido acertada. Doi, sin embargo, la preferencia a la de Federico; porque el blanco es el fundamento i la suma de los demas colores, i la inocencia es la fuente de todas las virtudes i de la dicha.

Conservad, pues, hijas mias, la inocencia del corazon i la serenidad: al hombre inocente siempre le sonríe la dulce esperanza i brilla en sus ojos la calma i el amor de Dios.

XIV.

Adela.

Adela Callet, nacida en Besanzon, era hija de un militar sin fortuna. En su infancia la educó con esmero la señora Ducormier, maestra de costura blanca en París, quien le enseñó su oficio.

Habiendo llegado Adela, gracias a su bienhechora, a ser una excelente obrera, se estableció en su ciudad natal, donde ganaba honrosamente su vida.

Supo que la señora Ducormier acababa de caer enferma. Todo lo abandonó por acudir a donde ella estaba. Desde aquel momento fué decayendo cada dia la salud de la enferma. Sufrió un violento ataque al pecho que le hacia experimentar frecuentes sofocaciones, en términos que se inhabilitó para trabajar i entregarse a ninguna ocupacion séria.

El peso del establecimiento i los quehaceres de casa recayó sobre Adela, que, en su viva i afectuosa gratitud hácia la enferma, le prestó los servicios que exigia su situacion.

Como la enfermedad se prolongó por mucho tiempo, llegó un dia en que la señora Ducormier no tuvo como satisfacer sus necesidades; vióse obligada a vender casi todos los efectos unos tras otros. Todos los objetos de comodidad de la casa desaparecieron, i todo presentó luego el aspecto de la desnudez i de la miseria.

Adela proveyó a todo; no se desanimó ni con los sacrificios que estaba obligada a imponerse diariamente; no abandonaba el trabajo sino para cuidar a la enferma, i se levantaba mui a menudo de noche para procurarle el alivio que exigia su situacion.

A veces la enferma, sintiéndose mejor, queria ponerse de nuevo a trabajar; pero el mal estado de su vista era la causa de que Adela se viese forzada a deshacer lo que su maestra habia hecho i a empezarlo de nuevo. Verdad es que para esto se ocultaba de ella aguardando a que se quedase dormida para no causarle pesar.

La pobre enferma, durante los ocho meses que precedieron a su muerte, no dejó un momento su lecho. Adela no quiso consentir que la llevaran al hospicio, agotó sus propios recursos i empeñó sus muebles para subvenir a los gastos necesarios.

Lo que hace admirable esta abnegacion es que no duró algunas semanas, algunos meses, sino doce años consecutivos sin que el celo de aquella virtuosa jóven hubiese desmayado un solo instante.

XV.

La señorita Detrimont.

Pudiera decirse de la señorita Detrimont lo que se dijo de aquellas santas hermanas:

El enjugar el llanto
Es en la tierra su única esperanza,
I no quiere mas gloria
Si los dolores mitigar alcanza.

A principios del año último, en el pueblo de San Remijio Borrecourt, en Francia, una enfermedad epidémica con todos los caracteres del tifus, se habia declarado, sin saber como, en una casa que habitaba una pobre familia compuesta de once personas. En seis dias la abuela i seis de sus nietos habian sucumbido. Un mes despues murió la madre; i otros dos de sus hijos le sobrevivieron con siete a ocho dias de intervalo. Jaime Vasselin, jefe de esta familia desgraciada, quedaba solo con cuatro hijos, i todos cinco estaban atacados del mal que habia ya sacrificado seis víctimas a sus propios ojos.

Aterrados con tantas muertes i tan súbitas, i que tan rápidamente se habian sucedido, los parientes, los amigos, los vecinos, no osaban acercarse a Vasselin i a sus hijos: abandonados de todos, parecian los infelices condenados a padecer sin esperanza de socorro. «No queremos nosotros ir a buscar la muerte» era la respuesta de todos cuantos la autoridad local hablaba para que llevasen algun alivio, i cuidasen de aquellos desgraciados. La señorita Celestina Detrimont habitaba en un pueblo vecino, e informada de tales sucesos por la voz pública, fué a ofrecerse al alcalde de San Remijio para dar a los restos de esta desdichada familia los socorros que de todas partes se le negaban. El alcalde acepta enternecido este ofrecimiento; pero cree de su deber no ocultarle el peligro que va a correr. «Ya sé a lo que me espongo, respondió ella; pero no puedo dejar que perezcan cinco in-

felices: cuando se sirve a Dios o a sus pobres, no debe temerse la muerte; i despues de haber dificilmente consentido en precaverse con algunos preservativos, fué a encerrarse en una casa infestada, en donde yacian amontonados Vasselin i sus cuatro hijos. Uno de estos murió. La señorita Detrimont le amortajó con sus propias manos, i le llevó al patio de la casa, único lugar a donde las jentes se atrevian a acercarse. Por fin, sus activos i constantes cuidados secundaron la eficacia de los medicamentos que se le enviaron, i tuvo la dicha de arrancar de una muerte segura a Vasselin i a los tres hijos que le quedaron.

Esta accion tan bella como jenerosa no es el único hecho de esta clase en la vida de la señorita Detrimont. Gran número de acciones semejantes, conocidas tan solo del cielo i de los desgraciados a quienes ella socorria, acaban de ser sacadas de la oscuridad en que gustaba ocultarlas. Veinte i seis años hace que se consagra de este modo al alivio de los desgraciados.

XVI.

Aseo i amor al órden.

La mujer ha sido principalmente criada para vivir dentro del círculo de su familia i para llevar el gobierno interior de la casa, i esta es la razón porque es mas estimada i respetada la que mejor cumple con los deberes domésticos. De la misma manera que las buenas obras previenen en favor del que las hace, el aseo en los vestidos i el buen órden de una casa dan una idea altamente favorable de la mujer que la dirige. *

Si a un hombre le diesen a escojer entre dos jóvenes, la una instruida en el canto, en el baile i hasta en las bellas letras, pero desaseada i poco cuidadosa, i la otra que, no teniendo mas cono-

* Toda mujer hacendosa
Es una joya preciosa.

cimiento que el de sus deberes, se presentase siempre con aseo i esmerada en el arreglo de su casa, no vacalaria un momento, a ménos de ser un fatuo, en inclinarse a favor de la última.

Bueno es que las jóvenes brillen tambien por sus conocimientos, cuando su edad i su educacion les permitan ya entrar en la sociedad; pero es preferible que estimen mas que los vanos incienso del mundo la tranquilidad doméstica, i cuanto pueda contribuir a que sean el orgullo de sus padres, la gloria i la prosperidad de sus familias.

Hai muchas niñas que se creen aseadas porque a la hora de recibir visitas o cuando salen a la calle se presentan limpias i bien compuestas, aunque en la casa anden desaseadas, sin peinarse i hasta sin haberse lavado a veces. Esas tales se engañan a sí mismas mas bien que a los demas, pues el desaliño i el desórden se convierte en ellas en costumbre, i tarde o temprano descubrirán este feo defecto a los mismos a quienes quisieron ocultarlo con mas esmero.

El poco aseo i amor al órden arguye en las niñas, o poco aprecio de sí mismas u holgazaneria, i ¡ai de aquellas en quienes pasen a ser un hábito estos dos vicios!

No creais que os sirva de excusa para no asearos i peinaros inmediatamente que os levanteis, el decir que teneis que entregaros a los quehaceres domésticos, pues, aun prescindiendo de que las ocupaciones de vuestro sexo, como son principalmente el coser, bordar i zurcir la ropa, no echan a perder los vestidos, ¿qué cuesta ponerse uno malo cuando tengais que dirigir o ayudar por vosotras mismas a limpiar la casa, i quitárselo, lavarse i vestirse de nuevo luego despues de quedar todo limpio i arreglado?

Si el aseo i el amor al órden asientan tan bien a las niñas de padres ricos, ¿cuánto mas no brillarán en las de condicion humilde? Nunca debeis olvidar que vuestros padres, cualquiera que sea su posicion, no pueden ni deben compraros nuevos trajes i adornos todos los dias, que tienen obligaciones mas premio-

sas a que acudir i de cuyo exacto cumplimiento depende a veces su reputacion i crédito, i que la niña que por dejacion les obliga con frecuencia a nuevos gastos, al paso que mina sordamente su poca o mucha fortuna, se atrae su aborrecimiento i hasta el desprecio de los estraños a quienes creyó deslumbrar con la riqueza de sus vestidos i por el modo de presentarse en el mundo.

No cabe duda, hijas mias, en que todos los extremos son viciosos i deben por lo mismo evitarse; pero si debieseis pecar por estremadamente descuidadas o por nimias i estremadas en el aseo, preferiria que fuese lo último, pues los males que de esto nacen son nada en comparacion de los muchos i perniciosos efectos de la negligencia i desaseo.

No debeis, sin embargo, entender por compostura i aseo el pintarse los carrillos, como jeneralmente lo hacen las mujeres de vida relajada; ni tampoco el ensolinanarse o ponerse en el rostro otras aguas que tan mal asientan a las morenas como a las blancas. El color no entra para nada en el bien parecer ni en la hermosura, la cual consiste en las facciones i en la espresion de éstas. Una morena puede ser tan agradable i tan hermosa como una blanca, sobre todo si es instruida i virtuosa. Ademas, ese *soliman* o *crema* que acostumbran ponerse ciertas mujeres, es la causa de los dolores de muelas de que padecen i de la pérdida de la dentadura que tanta falta hace i que tanto debe cuidarse i asearse.

Esta ridícula costumbre mujeril, nacida en los tiempos de ignorancia del bello sexo, va ya desapareciendo mediante la educacion e instruccion que recibe hoi la mujer, la cual comprende mui bien que con tales aliños, mui léjos de agradar, se atrae el ridículo i el desprecio de los hombres sensatos i de mundo.

Andar aseado i limpio
Conviene, pero no sea

* Mujer que gasta sin tasa
Es la ruina de su casa.

Tanto que en extremo toque:
Hoye de influencias nuevas,
En el vestir lo mas llano
Es lo que mejor asienta,
Que quien se engalanó mucho
Nunca fué hombre de prendas;
El aseo i compostura
En juventud i en vejez,
Al hombre dan robustez
Salud, despejo, hermosura.

XVII.

La madre.

Nada iguala al cariño de una madre; i cuando ésta es instruida i virtuosa, sus hijos han conseguido la herencia mas apetecible. Esta singular felicidad habia cabido a la linda Emilia, niña de unos nueve años, i a Cárlos i Roberto, sus hermanitos. Todas las tardes la madre de estas afortunadas criaturas se complacia en enseñarles alguna cosa útil. Miétras los dos niños leían un cuentecito moral que les habia señalado su solícita mamá, ésta daba a su hija una leccion mas séria.

—Hija mia, le decia, habrás observado que hoi he reprendido a tu primo Anselmo por la crueldad que ha demostrado dando muerte a aquel lindo pajarito.

—Pues Roberto ha tomado el otro dia un nido que se hallaba oculto bajo el follaje que hai cerca de la pared de la huerta.

—Roberto hizo mal. Los animales que no son perjudiciales al hombre no deben matarse. Esto prueba por lo ménos un mal corazon. Los pajaritos no sufren ménos las penas físicas que nosotros, i es una crueldad causárselas sin motivo. El niño cruel con los animales está mui propenso a serlo con sus semejantes.

—Yo le dije, replicó Emilia, lo mal que hacia en privar de la vida a aquellos lindos pajaritos. No padecian ellos, sino sus

padres, que eran otros pajaritos. No puede Ud. figurarse, mamá querida, cuánta lástima me daba verlos volar de rama en rama, indicando sobradamente con su arpada lengua lo mucho que sentían por verse privados de sus hijos.

—I tienes razón, Emilia; ya ves cuán sensible me sería a mí el perderos. Pues bien, los animales no sienten ménos a sus hijos.

En esto los dos niños dejaron la lectura, e interrumpieron a su mamá de esta manera:

—¿Con qué Ud. no quiere que tomemos nidos?

—Yo no quiero os ejerciteis en la escuela de la crueldad. El que se hace insensible con tales costumbres, va adquiriendo un hábito pernicioso, que tal vez le allana la senda del crimen.

Los niños prometieron entónces a su mamá no volver a causar el menor daño a los animales inocentes, i la linda Emilia continuó leyendo la poesía de Villegas que diera origen a esta digresión, i que dice así:

Yo ví sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo,
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado.
Vile mui congojado
Por tal atrevimiento
Dar mil quejas al viento,
Para que al cielo santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía
Esforzando el intento,
Mil quejas repetía;

Ya cansado callaba,
I al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvía:
Ya circular volaba,
Ya rastrero corría,
Ya, pues, de rama en rama
Al rústico seguía,
I asaltando en la grama
Parece que decía:
Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía:
I que le respondía
El rústico: no quiero.

XVIII.

La leona agradecida.

Cuando los españoles fundaban la ciudad de Buenos Aires en

1535, llegaron a carecer absolutamente de alimentos, porque los que se atrevían a buscarlos fuera de la población, perecían a manos de los indios. Esta circunstancia obligó al gobernador a prohibir, bajo pena de muerte, que se traspasasen los límites defendidos de la nueva colonia.

Una mujer apellidada Maldonado, a quien los crueles rigores del hambre le parecieron ménos soportables que el tratamiento de los bárbaros, burló la vijilancia de los centinelas i se salió de la ciudad. Buscando albergue, la noche misma de la fuga entró desprevenida en una caverna que le deparó su destino. Apénas hubo dado el primer paso, cuando descubrió una leona formidable. El pavor i la admiracion se apoderaron de su alma: aquel infundido de un miedo natural, i ésta de sus halagos inesperados. Sufria el animal los dolores de un trabajoso parto: el sentimiento que la ocupaba le hizo olvidar por este instante los de su fea condicion: toda temblando i en ademan de pedir socorro, se acercó a la mujer i despidió en su idioma unos jemidos capaces de estremecerla.

La Maldonado ayudó a la naturaleza en esos momentos dolorosos en que no parece sino que, a pesar suyo, echa a luz un ser, a quien jenerosamente da la vida. Llena la leona de reconocimiento, se tomó el cuidado de conservar sus días, trayendo a la caverna mucha presa, que dividía entre sus hijos i su benefactora. Duró este cuidado lo que tardó la naturaleza en dar a sus cachorros la fuerza necesaria para buscarse por sí mismos el sustanto. Viéndose la Maldonado sin apoyo, salió de su retiro en busca de alimento; pero no tardó mucho en caer en manos de los indios.

Corriendo el tiempo, la rescataron los españoles i la llevaron a Buenos Aires. Gobernaba todavía el tirano Galan, cuya crueldad no se daba por satisfecha miéntras no hollaba las leyes de la naturaleza que respetaron los bárbaros i fieras. Como si no estuviese bien purgado el delito de la fuga con tantos sustos i aflicciones, la condenó a que, atada a un árbol fuera de la ciudad, muriese a los rigores del hambre, o fuese pasto de animales devo-

radores. A los cuatro dias siguientes fueron varios españoles a saber el destino de esta victima. ¡Cuál seria su sorpresa cuando encontraron a sus piés una leona i dos leoncillos que cuidaban de su vida! Eran éstos esa familia deudora de sus beneficios, i con quienes habia pasado en tan grata compañía. Retirada la leona, dió bien a conocer en su aire de mansedumbre la seguridad con que podian los españoles acercarse a desatarla. Así lo hicieron, llevándose a la Maldonado i una leccion con que los brutos enseñaban a los hombres a ser clementes i agradecidos. La leona i sus leoncillos siguieron algunos pasos la comitiva, dando aquellos las señales de ternura que sabe sacar del pecho la amistad. Los soldados refirieron fielmente al gobernador todo lo sucedido. Avergonzado éste de ser inferior a las bestias, dejó con vida a una mujer a quien el cielo tan visiblemente protejia.

Hé aquí, niñas mias, el bello ejemplo que nos da el bruto mas feroz que existe sobre la tierra. Si un leon es tan reconocido a los beneficios que se le dispensan, ¿con cuánta mas razon no debemos serlo nosotros que poseemos virtudes morales i un alma racional?

No temo exajerar, hijas mias, al asentar que la ingratitud es un crimen. Los pueblos mas sabios de la antigüedad, como los persas, los lacedemonios, los atenienses, admitian demanda en juicio contra los ingratos.

Huid, pues, niñas mias, de este vicio degradante a la especie humana, i procurad que la gratitud, esa noble virtud, pose siempre en vuestros infantiles corazones.

Se aprecia al reconocido,
I se odia la ingratitud;
Que agradecer es virtud
I vicio el ingrato olvido.

Gratitud siempre al favor,
Es un deber justo i grato;
I por eso el hombre ingrato
Es un monstruo que da horror.

No olvides nunca un favor,
Ni recuerdes los agravios
La gratitud es de sabios,
De ignorantes el rencor.

XIX.

Honrarás a tu padre i a tu madre.

En el conocimiento perfecto de nuestra santa religion encontrareis todas las bases de la virtud, esto es, el amor de Dios, el respeto a los padres, a la autoridad soberana, a las leyes de nuestro país, a la propiedad del prójimo. Ella os enseñará que la caridad cristiana nos manda amar i tratar bien a nuestros semejantes, socorrer a los pobres en sus necesidades, respetar i consolar a los ancianos * i cuidar a los desvalidos i a los enfermos. Tambien os enseñaré cuanto importa huir de la pereza, de la hablaturia i de la murmuracion, que es su consecuencia; sabreis el odio que debemos tener a la calumnia i con cuanto ahinco debe evitar una jóven modesta los pasatiempos que la separan del cumplimiento de sus obligaciones.

Seguid, pues, aprendiendo lo que enseña la religion; i al paso que estudiéis la historia del antiguo i nuevo testamento, grabad en vuestro corazon, tanto como en vuestra memoria, las palabras del Evangelio, cumpliendo exactamente con los deberes que nos impone nuestra santa madre la iglesia. Las sabias instrucciones que se os han dado acerca de este punto tan importante al enseñaros el catecismo, os proporcionan todos los medios necesarios para trabajar en bien de nuestra alma, siguiendo el camino de una vida tranquila i feliz, porque la felicidad es siempre la recompensa de la virtud.

* Es en la tierra el anciano
Viva imájen del Señor;
Por eso quien le venera
Al venerarle ama a Dios.

No debemos respetar a nuestros padres en la niñez i juventud solamente, sino durante toda la vida. Cuanto mayor sea nuestra edad tanto mas sagrado es este deber, porque tiene mayor influencia nuestro ejemplo.

No hai dignidad ni posicion social, por brillante que sea, que pueda dispensarnos de este deber.

Miéntras vivimos al lado de nuestros padres, debe manifestarse este respeto por una continúa atencion en agradecerles, por una deferencia sin limites, i por los mas asiduos cuidados.

Si vivimos léjos de ellos, es menester escribirles con frecuencia, informarnos de su salud, darles parte de todo, no hacer nada importante sin consultarlos i visitarlos con la frecuencia posible.

No basta que los honremos nosotras mismas; debemos hacer que nuestros hijos i nuestros criados les tengan el mayor respeto; debemos hacer que nuestros hijos los honren tanto como nosotras mismas.

Si somos mas instruidas que nuestros padres, no por eso debemos enorgullecernos i creernos superiores a ellos. Valdria mas ser completamente ignorantes que adquirir una instruccion que corrompiese nuestro corazon, haciéndonos hijas desnaturalizadas e ingratas.

Sucede a veces que una jóven, por un enlace ventajoso o por un favor especial de la providencia, se eleva por su condicion: llega a ser rica, poderosa. Entónces debe tener la mas grata satisfaccion en poder participar a sus padres de las ventajas que disfruta: este deber ha de ser para ella un placer i el mas puro, el mas delicioso de todos los placeres.

Dícese que algunas hijas desnaturalizadas que llegan a ser ricas se avergüenzan de los vestidos groseros i de la pobreza de sus padres. No creo en la existencia de tales monstruos, o si existiesen, serian en bien corto número, i causarían a las personas honradas desprecio i horror.

Razonamiento de una madre.

El matrimonio, hija mia, es un estado de cuidados i sacrificios; i sin el sentimiento que todo lo hace llevadero i fácil, es mui difícil cumplir sus deberes juntamente con los de la virtud. Las obligaciones son sin duda recíprocas; pero las mujeres somos llamadas a cuidados particulares. Habiéndonos dado la naturaleza mas gracias, mas amenidad i mas delicadeza que a los hombres, nos enseña que toca a nosotras poner las atenciones, las complacencias i los respetos en este comercio, del cual sacamos en cambio los frutos de la proteccion i de los trabajos mas importantes de los hombres. La fortaleza es su herencia; la dulzura es la nuestra; i la fuerza no resiste a la dulzura. Obedezcamos para reinar, i sujetémosnos a las pequeñas cosas para gozar de las grandes. Quehaceres muy serios nos ocupan. El cuidado de agradar, que se cumple con las atenciones delicadas, debe ser nuestro primer objeto

Desde el dia en que vas a casarte, cesa mi autoridad. No te allijas, hija mia: tu madre no será mas que tu amiga; pero una amiga tierna, consoladora i talvez útil.

Es una dicha para tí el que yo conozca los límites de mi poder. Si yo pretendiese exigir de tí una cosa contraria a la voluntad de tu marido, no vaciles, porque a él es a quien deberás obedecer, a ménos que el honor* i la virtud te lo prohibiesen.

Acostúmbrate, hija mia, a esta idea de obediencia, pues sostiene el alma en las ocasiones en que un marido se enoja. El que tú has elejido tiene mucho entendimiento, mucha cortesía, mucha estimacion i aficion a tí para tomar jamas el tono imperioso de señor; pero deberás tener presente este tratamiento, que es un motivo mayor para tu cariñosa gratitud.

* Lo que es opuesto al honor
Debe inspirarnos horror.

Rasgo sublime de patriotismo.

En un pueblo de la jurisdicción de Pataz, sobre la ribera oriental del Marañon, departamento de Trujillo, llegó, en 1821, una proclama del jeneral San Martín a manos de una anciana al parecer helada ya por el tiempo. Mas, ¡cuánto engañan las apariencias! Hallándose esta respetable matrona en un territorio dominado por las armas españolas, a trescientas leguas de los libertadores, no vacila en poner al jeneral San Martín una carta, en que, despues de desahogar su pecho del vivo amor patrio en que se abrazaba, le dice: «Sé que te faltan hombres i cabalgaduras: tengo un hijo único i cinco caballos; con éstos i su trabajo me procuraba la subsistencia: en adelante, mientras tú libertas a mi país de sus opresores, la buscaré yo. Ya va a emprender el viaje, para ponerlos, con su persona, a tu disposición. Esta es la orden que lleva, i va resuelto a no descansar hasta no encontrarte. Admítelos, pues; empléalos en el servicio de la patria, que es a cuanto aspiro.»

A los diez i siete dias de camino, por sendas escusadas i frías, logró el jóven comisionado presentarse en el cuartel jeneral, que estaba entónces en Supe, pueblo situado treinta leguas al norte de Lima. San Martín le recibió con su acostumbrada afabilidad; mas cuando supo el objeto de su venida se enterneció, le abrazó, le colmó de favores i pudo persuadirle a que regresase a consolar a su anciana madre. La persona que nos ha comunicado este rasgo sublime, ha leído la carta, i presenció la entrevista del jóven con el jeneral patriota, que no se insertó entónces en los boletines del ejército por no comprometerla con los españoles, que la habrian hecho sufrir infaliblemente.

* Las lenguas aborígenes, usadas por un gran número de los habitantes del Perú, carecen del equivalente de *usted*.

XXII.

Una buena hija.

En 1806 habia en Buenos Aires un caballero ingles que conoció a una esclava, a quien cobró aprecio, tanto por su intelijencia en el servicio, como por sus buenos sentimientos, mui superiores a los que en jeneral poseian esas miserables víctimas de nuestra codicia en otro tiempo. Por último, le ofreció los quinientos pesos en que estaba tasada para que se libertase. Ella le dió las gracias, i le manifestó que no podia hacer uso del dinero en su favor; mas insistiendo aquel en que aceptase su oferta, i estrechándola a que declarase el motivo de su resistencia, le dijo, bañada en lágrimas: «¿Podré yo gozar de los beneficios de la libertad, mientras mi madre sea esclava?»—«Haz, pues, uso de este dinero para libertar a tu madre, le contestó sorprendido el extranjero: tómalo i cumple tan sagrado deber.» Entónces admitió los quinientos pesos, i, enajenada de gozo, voló a ponerlos a disposicion de su ama. En consecuencia quedó libre la madre i esclava la hija, no por falta de jenerosidad de parte de su señora, sino porque estimaba tanto sus buenas cualidades que a ningun precio queria perderla; i así era tratada en la casa, no como criada, sino como compañera.

XXIII.

La mentira.

En esta leccion os hablaré de la mentira, vil esclava de todos los crímenes: i sino mirad lo que hace un ladrón cuando quiza lleva consigo el objeto robado: grita i protesta *mintiendo* que no ha cometido el robo. ¿Qué dice el mas execrable asesino manchado aun con la sangre que ha derramado? Si ha tenido tiempo de arrojar el arma homicida, grita i protesta *mintiendo* que no ha sido él quien ha hecho la muerte.

No hai severidad que pueda llamarse escesiva cuando se trata de corregir en las niñas el defecto de la mentira; pues la verdad se acompaña siempre con las virtudes morales i cristianas, al paso que la mentira es la compañera de los crímenes mas detestables. Si a causa de vuestra poca edad cometeis faltas, confesadlas luego con injenuidad i franqueza, pues vuestra confesion será un testimonio seguro del deseo que teneis de enmendaros. No hagais como aquellas niñas que mintiendo ocultan su falta, no ya por el temor de ser castigadas, sino con la dañada intencion de hacer nuevas travesuras. Los padres que son tan buenos como los vuestros, están siempre dispuestos a perdonar a sus hijos cualquier falta espontáneamente confesada; pero quanto mas amen los padres a sus hijos, tanto mas deben ser severos e inflexibles en castigar á los que pretenden ocultar una falta cometiendo otra.

El vicio infame de la mentira, de que se sirven las niñas para ocultar al principio sus defectos, se convierte luego en la perniciosa manía de inventar historietas enteras. Así es como se hacen impostoras, a las cuales castigan las leyes con todo rigor porque frecuentemente turban la paz de la sociedad. Los padres i preceptoras deben, pues, castigar con tanta severidad a las niñas que forjan cuentos, por inocentes o entretenidos que sean, como a las que dicen mentiras con la intencion de disculparse *

En los primeros años de la vida es cuando pueden desarraigarse los vicios capaces de acarrearlos las mayores desgracias, i no hai la menor duda de que en esta edad se conseguirá arraigar profundamente la virtud en el corazon de las niñas, procurando inculcarles los preceptos de nuestra santa relijion, i dándoles al mismo tiempo las advertencias i castigos que no deben descuidar los buenos padres.

* Carece de probidad
La que falta a la verdad.

La que miente aun en chanza,
Solo inspira desconfianza.

Los vicios son de todo punto comparables a la mala yerba que pulula en el terreno mas bien cultivado. ¿No habeis visto a vuestro abuelito, que varias veces escarda las amelgas de su huerta? I ¿sabeis por qué se toma tan a menudo este trabajo? porque le es mui fácil arrancar la mala yerba cuando brota; pero si vuestro abuelito aguardase a quitarla cuando estuviese crecida, acaso deberia valerse del azadon para desprenderla de los guijarros i piedras en que se hubiesen enredado sus largas raices. Acude a quitar la mala yerba cuando es tierna, la arranca entónces sin mas instrumento que sus manos, i la echa a un lado: lo mismo sucede con los vicios, que en los primeros años pueden arrancarse con mucha facilidad del corazon de las niñas; i ¡desgraciadas de aquellas en quienes se dejan crecer por largo tiempo!

Es la lengua mentirosa
Como flecha venenosa,
Ya del arco desprendida,
Aspid en el labio asida
I escondida entre la rosa.

En no mentir pon cuidado,
Que el que miente es despreciado.

En la boca mentirosa
La verdad es sospechosa.

XXIV.

Los chismes.

Los chismes, niñas mias, son una especie de enfermedad que ataca especialmente a vuestro sexo, i sobre todo a las mujeres de limitado talento o que han recibido una educacion poco esmerada, i que obliga a los hombres a tratarlas con desconfianza.

Por lo comun se empieza a ser chismosa desde niña i sobre defectos ajenos que se creen de poca monta. ¿Qué mal puede haber, preguntais, en que se diga esto o aquello? ¿Por ventura no lo sabe todo el mundo? Mas yo os contestaré: ¿qué bien os resulta de publicarlo? Si no lo sabian las personas con quien hablais, ¿por qué decirlo? i si lo sabian, ¿por qué gastar el tiempo en palabras ociosas? Una vez que os hayais acostumbrado a murmurar de cosas leves, no sabreis absteneros de hacerlo en otras graves; no tendreis ninguna conversacion en que no lastimeis la reputacion de alguna ausente,* i sereis semejantes a esos muchachos sin educacion que no saben jugar sin aporrearse o tirarse piedras. No se queje la que ha llegado a contraer este horrible defecto si no tiene amigas; pues ¿quién querrá serlo de la que a nadie perdona? ¿quién irá a fiarse en la que se divierte en publicar las faltas de otros?

Por Dios, hijas mias, que nunca se diga de vosotras que teneis semejante vicio; ántes al contrario, si alguna vez os hallareis en conversacion en que se hable mal de otro, se repitan palabra^s que un tercero dijo de vosotras, defended a la persona a quien se acusa, aunque no la conociereis, o despreciad los chismes que os den.

En cierta ocasion presentaron los judíos a Jesus una mujer acusándola de un pecado mui grave, por el cual, segun la lei, debia morir apedreada; mas él se entretenia en escribir con el dedo en la arena sin hacer caso de lo que le decian. Insistieron aquellos en su acusacion, i el Señor les respondió: « El que de vosotros se halle sin pecado tire contra ella el primero la piedra. » Entónces los que acusaban a aquella pobre mujer se fueron cada uno por su lado, llenos de confusion, dejándola sola con Jesucristo. Ved en este ejemplo como debeis portaros vosotras cuando, con razon o sin ella, se hable mal de otra persona en vuestra presencia.

* No adules a los presentes,
Ni hables mal de los ausentes.

Evitad, pues, los chismes, sino por su fealdad, al ménos por vuestro propio interés; i no olvidéis jamas la siguiente sentencia del Espíritu Santo, en que se compara el chismoso con la leña, pues es bien cierto que así como ésta aumenta el fuego, así en la casa de aquel nunca faltan contiendas: «Así como faltando la leña se estingue el fuego, así tambien apartando al chismoso cesarán las contiendas.»

Jamas imprudente labio
Consigue honor por hablar:
Saber, oír i callar
Es el camino del sabio.

Los chismes i la mentira
De Dios provocan la ira.

XXV.

Obligacion de las niñas para con sus hermanos.

Despues de vuestros padres no hallareis, hijas mías, amigos mejores que vuestros hermanos o hermanas: amadlos, pues, i e Señor llenará de bendiciones vuestros primeros años.

Nadie siente mas lo dulce que es tener hermanos, que la niña que tiene la desgracia de carecer de ellos. ¡Es tan triste, hijas mías, no encontrar cerca de sí en el seno mismo de la familia un corazón de nuestra edad con quien unir el nuestro!

El amor fraternal embellece los juegos infantiles i hasta aumenta el cariño que debemos a nuestros padres. ¿Cuál de vosotras, al divertirse persiguiendo a una mariposa, no experimentaria doble placer si le ayudase a tomarla su hermanita? ¿Cuál, si tiene que arreglar un ramito para su mamá, no se complacerá en que un hermano le ayude á elejir las flores?

Cuando al sentir el frio las golondrinas emigran de un país en busca de climas mas templados, tienen que atravesar a veces

largos espacios de mar donde les es imposible pararse, a no ser que encuentren alguna embarcacion en el camino. Entónces las mayores sostienen en su vuelo a las mas pequeñas, que a no tener quien las auxiliase, caerian cansadas en el agua. Imitad en esto a las golondrinas, amandoos, sosteniéndoo*s* i ayudándoo*s* unas a otras.

Sed indulgentes con vuestros hermanos si cometen alguna falta, mucho mas que lo seriais con los estraños; i en ningun caso vayais a decir a vuestros padres, si no os lo preguntan: «mi hermanito ha hecho esto o aquello:» ántes al contrario, disculpadle en cuanto sepais. El delatar las faltas de un hermano prueba mal corazon, i en vez de cautivaros de esta manera el aprecio de los que os dieron el ser, os hareis odiosas a sus ojos.

La que sea mayor entre vosotras procure servir de ejemplo a las demas, tanto en el amor i obediencia a los que le dieron el ser, como en la aplicacion i demas virtudes; i la que sea menor cuide de imitar a la que sabe mas i es mas buena que ella, no apartándose nunca de sus consejos.

Si uno de vuestros hermanos o hermanas es mejor que vosotras i por consiguiente mas amado de vuestros padres, en vez de mirarle con envidia i de aborrecerle por esto, como lo hacen algunas niñas de mal corazon, procurad ser buenas como él; i vuestros padres, que tienen amor para todos sus hijos, os premiarán lo mismo que a aquel con sus caricias. De lo contrario, la envidia os haria aborrecibles, como el gusano venenoso que muere con gusto con tal que pueda marchitar la rosa que le daba sombra.

Las débiles cañas se burlan de la fuerza del viento miéntas están al abrigo de un árbol; pero puede fartarles éste, i ;ai de ellas entónces si no están unidas! Aprended, hijas mias, de este ejemplo. Amaos mutuamente miéntas vivis a la sombra de vuestros padres, a fin de que, si por desgracia os llegasen

éstos a faltar, po-lais, unidas por el amor fraternal, resistir mejor a las desgracias que os sobrevengan.

Bello grupo de hermosas estrellas
Siendo tallo de un mismo rosal,
Son las niñas que nunca en querellas
Ultrajaron su amor paternal.

¡ Oh, feliz la que siente el consuelo
Que derrama el cariño de hermano !
¡ Es tan dulce en áspero suelo
Estrechar en la nuestra una mano !

Escuchar este nombre de hermana
Que tan grato resuena al oído,
Que disipa la angustia tirana,
Que mitiga el doliente jemido !

El decir sangre tuya es la mia,
Nuestro ser al ser mismo debemos,
I una mano en el mundo nos guía,
I el amor de una madre tenemos !

Respetad ese lazo sagrado
Con que Dios al nacer nos unió :
¡ Ai del niño que el nombre injuriado
Del que padre a su padre llamó !

XXVI.

Una madre es la fortuna de su hija.

En 1859 la oficina de las mensajerías nacionales del Rosario presentaba un espectáculo interesante, a lo que dió lugar lo siguiente. Una niña, hija de una pobre mujer que ejercía el oficio de lavandera, volvía de Córdoba al Rosario con una pariente suya, a quien la había confiado su madre.

En la diligencia conoció a un caballero rico, que, encantado de la hermosura, la gracia i amabilidad de la niña, recibió un placer en hablar con ella durante todo el camino. Maria (este era su

nombre) gustaba a nuestro viajero tanto mas cuanto que era el fiel retrato i la viva imájen de un hijo que habia perdido hacia algunos años.

I en efecto, la semejanza era notable, tenia la misma fisonomía espresiva, las mismas facciones finas i regulares, el mismo modo de mirar dulce i lleno de intelijencia.

Entre tanto el coche habia llegado a la oficina; los viajeros saltaron a tierra, i la primera persona que divisó María fué su madre, a quien no habia visto hacia seis meses. Correr hácia ella, arrojarle a su cuello i colmarla de caricias, todo esto fué obra de un instante. En cuanto al caballero que durante todo el camino habia llenado de atenciones a la niña, se hallaba totalmente olvidado; pero éste no habia perdido de vista a aquella, i únicamente se mantuvo a cierta distancia para que pudiese dar libre curso a su ternura filial. Luego, cuando el ardor de sus mutuos abrazos se hubo calmado, acercóse a la madre, i, despues de cumplimentarla por tener una hija tan intelijente, le dijo:

« Señora, he formado el proyecto de hacer dichosas á Ud. i a María, i de asegurar a ambas una posicion brillante para el resto de sus dias. Poseo un buen caudal; pero ¿qué son las riquezas cuando ningun afecto viene a embellecer la vida? Privado hace mucho tiempo de una esposa a quien adoraba, de un niño que era mi esperanza mas querida, estoi solo, aislado, i arrastro una existencia triste i desgraciada Necesito una persona que se interese por mí, un apoyo para mi vejez, i este apoyo lo encontraré en María: sus preciosas cualidades, la bondad de su corazon i la amenidad de su carácter no me dejan duda alguna acerca de esto. Permítame Ud., señora, que adopte a su hija; que yo mismo cuide de su educacion i que me ocupe de su porvenir. Ya le tengo el afecto de un padre: i si me trasmite Ud. el derecho i autoridad de tal, le aseguro que no tendrá de que arrepentirse: un donativo de seis mil pesos que voi a hacerle inmediatamente, i ademas la seguridad de que

María será mi heredera muerto yo, pueden hacer a Uds. mas dichosas que lo que son hoy.»

Estas promesas eran mui seductoras para una pobre mujer que hasta entónces habia vivido con escasez, i sin embargo titubeaba: porque nunca consiente una madre en separarse de su hija sin una lucha dolorosa Llorando i no sabiendo qué partido tomar, interrogaba con la vista a su pariente: ésta le aconsejaba que admitiese las proposiciones del jeneroso caballero, i los curiosos que habia atraido aquella interesante escena, unian sus instancias a las suyas, repitiéndole que iba a labrar la felicidad de su hija.

Conmovida con las súplicas de su pariente i las personas que le instaban a que aceptase, talvez iba a ceder la madre, cuando la niña puso fin a su incertidumbre arrojándose a sus brazos, asiéndose a ella i no queriendo dejarla, como si su intencion fuese decirle: «léjos de tí ¿qué me importan las riquezas? ; Una madre es la fortuna de su hija!»

Una madre en la vida
Es el emblema
Del amor de los cielos,
Su providencia ;
Cáliz bendito,
Que recoje tu llanto,
Llora contigo.

El caballero, vivamente conmovido, fué el primero en retirar su proposicion; pero queriendo dejar a la amable niña pruebas de su munificencia, le aseguró una pension por toda su vida de quinientos pesos anuales, con la cual podrán pasar ella i su madre dias mas felices i tranquilos.

XXVII.

Carlota.

Carlota, hija del coronel N , era una niña bonita, amable i cariñosa. Apénas contaba doce años i las gracias de que

la naturaleza la habia dotado eran el encanto de sus padres; pero un defecto terrible oscurecia todas sus buenas cualidades. Este defecto era *la indiscrecion*. Apénas oía o veía alguna cosa, al instante la contaba a todos sin reparar a quién, dónde i cuándo hablaba. Asi era que todos le temian en la casa, huían de ella, i cuando estaban hablando alguna cosa i la veían acercarse, decían: «*silencio, que hai moros en la costa.*» Carlota se desesperaba i por lo mismo no se corrigió jamas. Seria inui largo el contaros, queridas mias, todos los disgustos que experimentó esta niña curiosa e indiscreta; será suficiente que sepais el mas terrible de todos para demostraros cuantas degracias acarrea un defecto que, a primera vista, parece de poca importancia.

El año de 1840 fué para Buenos Aires una época de terror i de sangre. El tirano Rosas que se habia hecho Dictador del país, enviaba al destierro i al suplicio a todos los que suponía sus enemigos. El coronel unitario N., padre de Carlota, fué uno de los proscriptos. Condenado últimamente al cadalzo, tuvo tiempo de huir i se escondió en la casa de un jeneroso amigo. Si Carlota hubiese sido discreta, habria podido gozar la satisfaccion de estar al lado de su padre; pero éste, que conocia lo lijera de lengua que era su hija, se privó del placer de estrecharla contra su corazon; i hé aquí, hijas mias, el primer resultado de la indiscrecion, hacer sufrir a un padre.

El coronel N. no quiso tampoco que su hija supiera el sitio en que se hallaba escondido, i esta misma ignorancia despertó en Carlota el deseo de saberlo, no tanto por amor como por satisfacer su malvada curiosidad.

Un dia llegó a su casa un hombre con una carta para su mamá, i Carlota sospechó que era de su padre. Atenta i curiosa, observó que aquel hombre se encerró en el gabinete de su mamá, i corrió a escuchar lo que pasaba adentro.

Con el oído pegado a la cerradura, conteniendo la respiracion i sin perder una silaba del emisario, oyó distintamente que su padre se hallaba en casa del jeneral T.

Satisfecha su curiosidad, estaba loca de alegría; pero, incapaz de callar nada, corrió a contárselo a otra niña, hija del jardinero de la casa, haciéndole prometer que no lo diría a nadie.

¡Ai, hijas mías, qué error cometió Carlota! no fieis a nadie vuestros secretos, sino a vuestros padres i a vuestro confesor. *Acordaos de que secreto entre tres no lo es. El secreto es Dios i dos.* ¿Quieres que tu secreto esté bien guardado? Empieza por guardarlo tú misma. *

Si Carlota hubiese tenido presente estas máximas, nó habria confiado su secreto. La niña del jardinero se lo conto al hijo de un vecino, éste a otro, i de boca en boca llegó a los oídos de un espía que lo puso en conocimiento de la terrible *Sociedad popular Restauradora*.

El coronel fué preso la siguiente noche por una partida de asesinos al mando del famoso Cuitiño.

Carlota se arrepintió de su indiscrecion al contemplar el funesto resultado de su falta, pero ya era tarde.—Su padre fué fusilado en la plaza del Retiro.

Carlota, huérfana, atormentada incesantemente de remordimientos, murió a los tres años consumida por la ictericia; i pocos momentos ántes de espirar, pronunció con voz débil estas amargas palabras: «El mas verdadero arrepentimiento no puede remediar el mal irreparable que he causado ¡funesta curiosidad! funesta indiscrecion!»

Así, queridas mías, recordad siempre la historia de la desgraciada Carlota; tened presente que dicha una vez una palabra, querer recojerla es lo mismo que pretender recobrar en medio de

* Al que descubre un secreto
No lo encuentro tan culpado
Como aquel que siendo suyo
No ha sabido reservarlo.

Si tuvieses encerrado
Tu secreto i en tu pecho,
Por sabio serás juzgado,
Pues has contigo acabado
Hecho que pocos han hecho.

su carrera una bala que ha salido de un fusil. Sed prudentes, hijas mías; no sorprendais jainas conversaciones ajenas, porque muchas veces el que escucha su mal oye.

Recordad esta sabia máxima: *Antes de hablar piensa. Despues atiende a quién, dónde i cuándo hablas.*

Quien quiera bien acertar,
Hablar debe con mesura,
Despues de considerar
Persona, tiempo i lugar,
I materia i coyuntura.

La niña que no ponga
Freno a la lengua,
No tema las desgracias
Que le sucedan:
Pues las palabras
No pueden recojerse
Ya pronunciadas.

XXVIII.

Patriotismo de una señora argentina.

En 1810, habiendo llegado el primer ejército auxiliar de Buenos Aires a un punto de las inmediaciones de Córdoba, en que debía mudar caballos para pasar adelante, se presentó al jeneral en jefe, don Antonio Balcarce, con el número suficiente de estos animales, la viuda del maestro de posta, i le dijo: « Señor jeneral, acepte U.S. estos caballos para el servicio de la patria. » Aquel jefe, sabiendo que ellos constituian todo su patrimonio, elojó su desinteres; pero al mismo tiempo le hizo ver que las circunstancias no exijan semejante sacrificio, i dió orden al comisario para que le pagase. « Pues bien, replicó, ya que U.S. no los necesita por ahora, considérellos siempre como propiedad pública; disponga de ellos cuando la salud del pais lo exija; yo

los cuidaré mucho con este objeto. Llévelos U.S. hasta donde guste; pero le ruego que no me confunda con la jente mercenaria, i no me agravia ofreciéndome dinero.»

Asonbrado de este rasgo de patriotismo, quiso el jeneral persuadirla que sus deberes de madre de familia merecian la preferencia sobre todos los demás. «*No, le contestó, mis bienes, mis hijos, mi persona, todo pertenece a la patria: todo lo debo a ella, i todo lo sacrificaré gustosa por su felicidad i por su gloria.*» A esta elocuente esposicion de sus bellos sentimientos no habia respuesta que dar; se le concedió lo que solicitaba; i al frente de sus peones tuvo ella la satisfaccion de trasportar el ejército gratuitamente hasta la segunda posta. Un testigo de vista, persona de todo crédito, que nos ha favorecido con la relacion de este pasaje, no ha podido, por desgracia, acordarse ni del lugar de residencia, ni del nombre de aquella buena patriota.

XXIX.

La hija de Milton.

Milton, el sublime poeta ingles, ya viejo y ciego, se veia reducido a la mayor indijencia; pero en medio de sus infortunios le quedaban su esposa todavia jóven, i tres hijas hermosas como ángeles, que con sus cuidados i sus caricias hacian olvidar su desgracia al ilustre poeta. Jenny, que era la mayor, proveia a las necesidades de la casa, i a fuerza de trabajo i actividad no carecian sus padres de algunas comodidades.

Jenny tocaba divinamente el clavicordio, talento mui raro en una época en que la música habia hecho mui pocos progresos en Inglaterra. Además, se hallaba dotada de cuantas ven-

i) Instrumento de cuerdas de alambre.

tajas pueden dar mérito a una jóven: quince años, mucha gracia, lindo rostro, carácter escelente, notable inteligencia, tales eran los dotes de la hija de Milton, a quien sus preciosas cualidades i su estraordinaria habilidad como tocadora de clavicordio habian escitado el interés de algunos miembros de la aristocracia inglesa.

Dos o tres familias de las mas ilustres de Lóndres, le habian confiado la educacion musical de sus hijas, entre las cuales se contaba la del duque de Rochester. Heredero este señor de uno de los nombres mas bellos i de una de las mejores fortunas de la Gran Bretaña, parecia que su proteccion debia ofrecer muchas ventajas a Jenny; pero con todo, la mezquina retribucion que le daba el duque no pasaba de dos guineas al mes.

¡Por dos guineas ser esclava todos los dias, durante numerosas horas, de las exigencias de dos niñas caprichosas, mui vanas i mui orgullosas; condenarse á empezar veinte veces el mismo fragmento, sin poder obtener algunos minutos de silencio i atencion de sus petulantes discipulas! Sin duda convendreis en que es una existencia mui poco digna de envidia.

Iba, pues, todos los meses a recibir de manos del mayordomo del duque de Rochester su corto salario, i lo llevaba a su familia alegre i satisfecha.

Un dia el mayordomo, ya viejo i que algunas veces era mui distraido, puso tres guineas en la mano de la jóven, en lugar de las dos que se le debian con arreglo al ajuste que se habia hecho.

Ya estaba Jenny en la calle, cuando conoció semejante equivocacion. ¿Debia volver atras, dar parte de aquel error al mayordomo del duque, i devolver lo que habia percibido indebidamente?

« ¡Por un duro mas o ménos, decia la jóven, el duque no será ni mas rico ni mas pobre, al paso que mi familia recibirá mucho bien con este pequeño aumento! »

I pensaba con alegría en el placer que podia proporcionar a su padre i a sus hermanitas.

Pero bien pronto tomaron sus reflexiones un jiro mas grave i sério: acordóse de los principios de honor y probidad en que habia sido educada, i se avergonzó de haber concebido el pensamiento de apropiarse lo que no le pertenecia.

En seguida, los sofismas con que ántes procuró paliar una conducta poco delicada, se presentaron a su mente i permaneció indecisa entre las sugestiones del amor filial i la rectitud de la conciencia. Larga i porfiada fué la lucha; pero al fin salió triunfante la conciencia.

Jenny tomó, pues, el camino del palacio del duque, i aunque saltándosele las lágrimas, puso en la mesa una guinea, diciendo al mayordomo:

« Se ha equivocado vd. dándome tres guineas en vez de dos. » Hecho este gran sacrificio, la jóven se sintió descargada de un peso enorme, i volvió á su casa alegre como de costumbre.

Esta lealtad, esta delicadeza de una jóven de quince años que resiste á las sugestiones de la miseria i tal vez del hambre; que resiste á las inspiraciones mucho mas poderosas de la ternura filial, i solo escucha la voz de su conciencia; esta conducta revela un corazon noble, i nos alegramos de hallar semejante rasgo en la familia de uno de los jenios mas brillantes de la Inglaterra.

XXX.

Maria.

María nació en Teruel de Francia, i era hija de un jornalero, hombre honrado i laborioso, que cuidaba especialmente de la educacion de su familia.

La jóven servia de criada en una casa inmediata, donde tenia algunas gratificaciones.

Supo que su madre, de cincuenta años de edad, se había enfermado, i no podía andar sino con el auxilio de una muleta. Entónces renunció la posición ventajosa que ocupaba, i volvió al lado de su madre para no abandonarla jamás. « *Quiero estar al lado de vd., dijo: servir por servir, ¿no vale más servir a mi madre que a personas extrañas?*

Pronto se enfermó cruelmente el padre i quedó poco menos que ciego. María cuidó de él como había cuidado de la madre; sacrificó sus economías i vendió un terreno pequeño, que con la casita que habitaban, eran su única propiedad. Las personas caritativas socorrian a esta excelente jóven cuyo amor filial admiraba a todo el mundo.

El padre murió al cabo de diez años, i María le lloraba amargamente. Un vecino le dijo con este motivo: «Esto ha sido un bien para él i para tí. ¡Sufria tanto! I tú tendrás del mal el ménos!

—Esos que así me hablan, contestó María, creen consolarme, i me causan un gran dolor ¡no saben cuánto amaba yo a mi padre! En fin, Dios le ha dado su recompensa, i a mí no me olvidará.»

María quedó sola con su madre; hilaba, hacia otros trabajos i consagraba la mayor parte del tiempo al cuidado de la pobre enferma.

La madre, que hasta entonces podría arrastrarse con el auxilio de la muleta, quedó completamente ciega, i sin que la parálisis le permitiese movimiento alguno: era menester levantarla, sentarla i acostarla. Durante veinte años, María no pasó una sola noche sin levantarse de la cama. Parece cosa increíble los cuidados que prestaba a su madre.

Esta mujer era muy piadosa; así es que pasaba el día entero con el rosario en la mano. La víspera de la Asunción dijo á su hija: «Mañana es día de la Virgen de Agosto, quisiera ir á la iglesia.»

En mejor posición i con mejores medios de transporte, otros

hijos, aun de los mas afectos a sus padres, hubieran objetado la dificultad de llevar a la iglesia una persona tan enferma. Pero María respondió con prontitud: «*¿Quiere Ud. ir a la iglesia? Bien, madre mia, irémos; si, yo acompañaré a Ud.; puede Ud. estar tranquila.*» I tomando su mano, se la besó; porque siempre le hablaba con dulces caricias i las mas tiernas atenciones.

Al dia siguiente, colocó a su madre en una silla i la llevó así hasta la iglesia, a fuerza de tiempo i de trabajo. La jóven tardó en llegar al templo tres cuartos de hora, cuando no distaba de su casa sino minutos.

A la vuelta, que tuvo lugar de la misma manera, María, llena de alegría, dijo: «*Ha rogado Ud. a Dios, madre mia? ¿Está Ud. contenta? ¿No se ha cansado Ud.? ¿no es verdad?*»

Este penoso paseo se repitió despues, siempre que la buena mujer lo deseaba.

María guardaba para sí el pan negro que recojia, i compraba pan blanco para su madre, así como leche i otros alimentos. La jóven no comia mas que papas.

Un dia le dieron una torta, i al cabo de cierto tiempo aun tenia parte de ella en casa.

Preguntándole la persona que se la dió, cómo no habia concluido la torta, contestó:

—*La conservo para mi madre: le doi un pedacito a cada comida, porque le gusta mucho.*»

—¿I tú no has comido de ella?

—*Seria una maldad quitar una racion a mi pobre madre, a quien le gusta mucho.justo es que haga yo en su obsequio cuanto pueda.*

En medio de la enfermedad, la pobre mujer está tan aseada, se le asiste tan bien, i se le cuida con tal solicitud, que causa admiracion.

Algunas veces se impacienta i se pone de mal humor, de modo

que es difícil complacerla; pero la dulzura i la amabilidad de María no se desmienten nunca. A los que la visitan les dice:

« ¡ Ah, si la hubieran conocido Uds. en otro tiempo! ¡era tan buena mujer! ¡ha trabajado tanto para educar a su familia en tiempos tan difíciles! ¡era tan bondadosa y tan buena! ¡Si ahora está de mal humor, despues de tantos años de enfermedad no es culpa suya, sino del sufrimiento! ¡Ah! ¡Dios la recompensará!

Tambien será grande ante Dios la recompensa de esta buena i escelente hija, tan digna de citarse como modelo.

Del cielo con bien colmado
La bendicion obtendrás,
Si honor y sustento das
A quien la vida te ha dado.

XXXI.

La nietecita Lazarillo.

En los arrabales de Buenos Aires se veia sentada al pié de un árbol una vieja ciega, i a su lado una nietecita que nunca se separaba de ella mas de dos o tres pasos para acercarse a recojer el centavo o 2 reales papel que ofrecia la caridad del transeunte. Yo habia visto mas de una vez a estas pobres criaturas sin poner mucha atencion, cuando cierto dia paseándome por aquel sitio con una señora i sus dos hijos, notamos que la vieja ciega tenia a la nietecita entre sus dos brazos, i parecia enseñarle una leccion que la niña repetia con docilidad. Esta leccion era interrumpida de cuando en cuando por un beso de la vieja, o por una caricia de la niña. Interesónos este cuadro i nos acercamos.

Buena mujer, preguntó la señora con quien yo iba, ¿es tuya acaso esa niña?

—Es mi nieta, respondió la pobre ciega, es la hermana de

otros cinco niños, el mas pequeño de los cuales solo tiene seis meses.

—¿I qué hacen su padre i su madre?

—Su padre es soldado. la madre da de mamar a su último hijo, i trabaja con la aguja; mas es tan poco lo que gana para una familia tan numerosa. Yo, la vieja abuela, que he perdido la vista hace treinta años, i que ya para nada sirvo, pido limosna para no ser demasiado gravosa. Vea Ud. ahí a mi Luisita que me acompaña, i me guia hace quince meses, aunque todavía no ha cumplido cinco años.

Me parece bien, dijo la señora; mas, ¿cómo puedes ir segura con una niñita tan poco experimentada?

—Mi querida señora, ella cuida de mí mui bien, sin separarse un momento, i jamas, yendo con ella, me ha sucedido novedad alguna. No me he visto en el caso de reprenderla en lo mas mínimo. Cuando la llamo algunas veces, porque creo que se ha apartado de mí, la siento a mi lado que me responde abrazándome.

—¡Pobrecita! mas, ¿sabes que tiene una cara preciosa que anuncia mucha inteligencia?

—Así me han dicho, querida señora mia; pero ai! nunca he visto ni a ella ni a su madre!... Al pronunciar estas dos últimas palabras, dos gruesas lágrimas corrieron de los ojos cerrados de la vieja.

—¿No la hacias repetir una leccion hace poco? instó la señora.

—Sí, la enseñaba a rezar; es todo lo que puedo enseñarle. Pero el año que viene procuraré pasarme sin ella a fin de que pueda ir a la escuela: i en verdad que será esto para mí un gran sacrificio.

Durante esta conversacion, los dos niños de mi amiga habian permanecido mudos i los ojos fijos en la nietecita, que nos miraba con buen semblante, risueña i satisfecha. La hija de la señora, toda conmovida, se acercó a su mamá i le dijo al oido mui ba-

jito: mira el vestido roto i los piés descalzos de esa pobre niña! Si lo permitieseis, con uno de mis trajes de algodón podria hacerle su madre uno mas bueno.

—Lo apruebo, i mañana se lo traerémos con un par de zapatos.

La amable niña saltó de contento i se dió prisa a anunciar esta buena noticia a la nieta de la vieja. Miéntras tanto, su hermano habia sacado de su bolsillo algunos centavos destinados para comprar juguetes, i se oyeron caer en el vacillo de hojalata de la vieja. Estos beneficios inesperados hicieron que la cara de la nietecita despidiese rayos de alegría, i que se pudiese a recitar sus oraciones con las manos levantadas al cielo como un anjelito.

Nos retiramos, i tomando yo la mano de los dos hijos de mi amiga, les dije:—¿Qué pensais, amigos míos, de lo que acabais de ver? ;Qué existencia la de esta pobre nietecita! ;Casi desnuda, mantenida con pan duro, privada de todas las dulzuras de la vida, ve frecuentemente en las manos de los niños que pasan por delante de ella, o golosinas, o juguetes que podian escitar sus deseos, que juegan juntos, corren libremente, en tanto que ella no puede separarse de su abuela ciega! Pues, sin embargo, tan niña todavía, se somete a todas esas privaciones, llena todos esos deberes con constancia, con resignacion, con contento, sin que nunca haya que hacerle reconvencion alguna; i léjos de quejarse, de llorar, de impacientarse, al menor beneficio que se le promete, su primer pensamiento es dar gracias a Dios. ;Oh! mis buenos amigos, no olvidéis nunca a esta nietecita, i pensad en ella siempre que os veais tentados de formar deseos indiscretos, o de faltar a algunos de vuestros deberes, cuando estais colmados de todos aquellos bienes de que carece esa pobre niña!

XXXII.

Los zapatos de Hortensia, madre de Napoleon III.

Retirada la emperatriz Josefina, esposa de Napoleon I, al p alacio de Malmaison, trataba a cuantos se acercaban a ella con tal dulzura i bondad, que sus damas, como jóvenes i curiosas, le rogaron un dia les señalase sus diamantes, de que se hablaba mucho en toda la Francia. Acojiendo la emperatriz con complacencia semejante deseo infantil, mandó pusiesen en medio de la cámara una gran mesa, sobre la cual estendi  todas las joyas que contenian sus cofresitos.

Las camaristas abrieron tantos ojos deslumbrados con tantos brillantes i piedras preciosas como realizaban tan ricos adornos; pero la emperatriz, luego que se divirtió un rato con la admiracion de las jóvenes, les dijo con seriedad.

—No envidieis este lujo, que en manera alguna constituye la felicidad. Yo aprecio mas un par de zapatos viejos que tengo guardados, que cuantos diamantes encierran mis cofres.

Al oir esto, las camaristas no pudieron disimular la risa, porque creyeron que era una broma. Entónces Josefina repuso:

—No hai que reirse, pues lo repito, el regalo que me ha causado mas placer en toda mi vida es un par de zapatos de cuero, i voi a deciros por qué.

Cuando dejó la Martinica con mi hija Hortensia para venir a Francia, estaba mui léjos de ser rica: el pasaje en el buque que nos trasportaba habia consumido la mayor parte de mis recursos, i apénas pude comprar lo indispensable para un viaje tan largo.

Hortensia, vivaracha, alegre, que sabia mui bien las danzas de los negros, i cantaba imitando perfectamente sus cadencias i sus jestos, divertia mucho a los marinos, los cuales no la dejaban, conversando con ella a todas horas. Luego que yo me

dormía, la niña subía al puente, i allí era objeto de la admiración jeneral, repitiendo sus habilidades con gran satisfacción de los marinos.

Un contraмаestre ya viejo la quería muchísimo, i cuando sus ocupaciones se lo permitían, se solazaba con su amiguita, la cual lo amaba hasta rayar en locura.

A fuerza de correr, bailar i saltar, los zapatos de mi hija se rompieron enteramente; i sabiendo que no tenía otros, a la par que temiendo no la dejara yo subir al puente, me ocultó esta corta desgracia; de suerte que un día la vi venir con los piés ensangrentados, i le pregunté asustada si estaba herida.

Ella no me respondió.

—¿I esa sangre?

—No es nada mamá, yo te lo aseguro.

Entonces traté de reconocer el mal i descubrí que los zapatos estaban hechos pedazos, i que se había destrozado un pié con un clavo.

Nos hallábamos a la mitad de la travesía, i hasta llegar a Francia no había medio de procurarse un par de zapatos nuevos. Aflijida yo profundamente al considerar el sentimiento que iba a causar a mi pobre Hortensia, obligándola a permanecer en nuestra mezquina habitación o camarote, no hacía mas que llorar sin encontrar remedio a mi dolor.

En aquel momento llegó nuestro amigo el contraмаestre, i se informó con franqueza algo brusca de la causa de nuestros *lloriqueos*. Hortensia sollozando apresuróse a decirle que no podía subir al puente porque había roto los zapatos, i yo no tenía otros que darle.

—¡Bah! dijo el marino, ¿no es mas que eso? Yo tengo en mi baúl un par, i ahora mismo voi a traerlos. Ud. los arreglará a la forma de los piés de la niña, i yo coseré la cosa la mejor que pueda. Pardiez! navegando es preciso acomodarse a todo, porque los regalos son buenos para tierra. Con tal que haya *lo necesario* a bordo, lo demas es pedir cotufas.

Sin darnos tiempo a responderle, fué a buscar los zapatos, i nos los presentó con aire de triunfo; habiéndolos aceptado Hortensia con grandes demostraciones de alegría.

Nos pusimos a trabajar, yo cortando i él cosiendo con ardor, i ántes de concluirse la tarde, ya mi hija 'podia entregarse de nuevo al placer de saltar, bailar i divertir a toda la tripulacion.

Aquel momento fué tan dulce para mí que nunca lo he olvidado. Mi reconocimiento hácia el viejo marino era sincero, i muchas veces me he acusado a mí misma por no haber preguntado el nombre de familia del contra maestre, conocido a bordo únicamente con el nombre de Santiago. Hubiera sido para mí altamente satisfactorio hacer alguna cosa por él luego que la fortuna me fué favorable. »

Este relato, hecho con encantadora modestia i admirable sencillez por una emperatriz, interesó vivamente a sus camaristas quienes se alegraron mucho del deseo que habian tenido de ver los ricos diamantes de Josefina.

XXXIII.

Docilidad, trabajo, conducta en el colejio.

El deber en que estamos de obedecer a nuestros padres, nos impone el de ser dóciles i trabajar i estudiar con celo.

Nuestros padres nos envian al colejio tan pronto como nos hallamos en estado de recibir alguna instruccion, i esto lo hacen por nuestro bien; porque sin instruccion nadie puede prometerse buen éxito en sus empresas: la instruccion por si sola nos prepara para ocupar útil i agradablemente nuestros ratos de ocio, i nos preserva por fin de los malos hábitos a que nos espondria la ociosidad en los dias de descanso. La instruccion

es casi tan necesaria como el alimento que nutre i el aire que se respira.

Para que disfrutemos de este beneficio, nos envian nuestros padres al colejio.

A él debemos concurrir con satisfaccion i alegría, porque la niña, aunque jóven para comprender las ventajas de la instruccion, sabe que debe hacer la voluntad de sus padres. Esto debe ser motivo suficiente para hacerle inspirar aficion al colejio.

¿Qué debe hacer la niña, que quiera portarse en él de manera que satisfaga los deseos de sus padres?—Hélo aqui.

Debe ir al colejio por el camino mas corto, sin desviarse ni entretenerse. Procurará llegar un poco ántes de la hora señalada, completamente aseada en su persona i vestidos.

Estará en la clase con aire modesto i tranquilo, sin correr ni precipitarse; tomará asiento en su lugar, evitando que sus movimientos desordenen a sus compañeras.

Durante las horas de clase, no debe ocuparse mas que de su instruccion, ni pensar en otra cosa. Escuchará atentamente las esplicaciones de su profesora, procurando sacar provecho de ellas.

Desempeñará, sin distraerse, la tarea que se le señale, i estudiará las lecciones con gusto i fervor.

No debe reirse ni charlar con sus vecinas i ménos permitirse juegos ni burla alguna.

Del mismo modo debe conducirse cuando está léjos de la profesora, como cuando ésta se halle a su vista.

Luego que haya terminado la clase, volverá a casa de sus padres sin separarse del camino que se le ha mandado seguir.

La buena discipula es modesta, pero tiene una confianza noble en su directora. Sino comprende alguna cosa, pide permiso para hablar, i una vez conseguido, espone aquello que le ofrece duda.

No tiene vanidad ni orgullo, porque conoce que son vicios detestables; no se burla de aquellas condiscipulas que no ade-

lantan lo que ella; no se cree superior a ellas, ni habla de los triunfos que consigue.*

Tiene emulacion ** i desea hacer tanto o mas que las otras; pero no es envidiosa: *** cuando ve que sus compañeras le llevan alguna ventaja, no siente las amarguras de la envidia, sino que redobra sus esfuerzos para llegar a igualarlas, cuando no a escederlas.

Es benévola con sus condiscipulas i no pierde ocasion de darles gusto en todo lo que es honroso i licito. No habla fuera de clase de las faltas que hayau cometido en ella, de las espresiones que han merecido, ni de los castigos en que incurriesen. Tampoco habla en la clase de lo que han hecho fuera de ella o en la casa paterna: no es murmuradora ni chismosa.

Evita todo motivo de riñas de palabra o de obra. Se divierte i juega amistosamente con todas, cuando ha llegado la hora de hacerlo: mas evita las malas compañías, **** i no contrae amistad

* Nunca delante de muchas
Parecer mas sabia quieras,
Que el hablar con majisterio
Hace a las otras ofensa
I aunque sepas mas que todas,
Será menester que entiendas
Que de ello no has de hacer caso,
Para que bien quista seas;
Que no es sabio el que presume,
Porque yo ser mas quisiera
Con humildad ignorante.
Que entendida con soberbia.

** Una recta emulacion
Nos guia a la perfeccion,
Si seguimos con prudencia
Del bien la sagrada ciencia.

*** Es la envidia un roedor,
Que destruye silencioso
La complacencia i reposo
Hasta en la dicha mayor.

**** De las malas compañías
Los halagos seductores

particular sino con las mas virtuosas: huye con cuidado de las niñas malas i aun de las aturdidas, porque el aturdimiento i la irreflección pueden conducir á la desobediencia i a todos los vicios que de ella se orijinan.

Da buen ejemplo a todas i especialmente a sus amigas: delante de ellas nada dice ni hace que no pueda ser referido a sus respectivos padres.

Respeta i ama a su profesora; recibe con docilidad sus preceptos i consejos, i se muestra reconocida a sus cuidados.

Jamas murmura de su severidad i no pone en duda su imparcialidad i justicia; i si oye que se habla desfavorablemente de ella, la defiende con el celo de una hija i el calor de una amiga.

Observando esta conducta, la niña aprovecha las lecciones de su profesora i es la gloria i alegría de sus padres.

XXXIV.

Emilia.

Emilia era hija de un honrado artesano de Paris, i ya desde sus primeros años habia anunciado una viva intelijencia i una sensibilidad profunda. Una sonrisa de Emilia consolaba a su madre de todas sus penas, i reanimaba el valor abatido de su padre. Fué una época tremenda en la que nació esta niña; la guerra, despues de la revolucion, continuaba mas encarnizada i sangrienta que nunca.

El Consulado comenzaba, i Napoleon pidió al instante su juventud a la Francia. Miétras que los padres estrechaban á los

Venenos son que emponzoñan
Los mas puros corazones.

Deten el paso no sigas
Aquellas que se desbordan,
Sepárate pronto de ellas,
¡No sea que te corrompan!

hijos con dolorosos abrazos, ellos se lanzaban contentos para ir contra el enemigo i llenos de ambiciosas esperanzas. La muerte hacia tanto estrago en sus filas, que cada dia eran necesarios nuevos enganches, i llegó el momento en que ni el título de padre i esposo podia esceptuar a nadie del comun destino: en este dia la Francia entera lanzó un jemido de dolor.

El padre de familia, bañando con sus lágrimas el rostro de su hija, la entregó con amarga sonrisa a los cuidados de su esposa querida.

«Adios, adios para siempre», exclamó al partir; i esta despedida le costó la vida a su esposa, porque a poco meses Emilia ya no tenia madre.

En los primeros dias, algunos amigos de familia se habian encargado de ella, hasta que cierto dia un coche habia parado delante de la casa de sus nuevos padres, una señora se habia presentado, les habia dicho unas pocas palabras, i se la habia llevado al colejo de la *Lejion de honor*, en San-Dionisio.

Ciertamente que si la igualdad debia reinar en alguna parte, era entre aquellas niñas que todas recibian la misma educacion, pudiendo todas considerarse como huérfanas, pues que la muerte les arrebatava cada dia, a la una un padre, a la otra un hermano adorado. Mas ¡ai! el necio orgullo con su séquito de distinciones sociales habia sabido introducirse en aquel asilo, i la hija del jeneral acojia con desdeñosa sonrisa o mirada de proteccion a la hija del coronel; mientras que ésta apénas se dignaba hablar a la hija del oficial, figurándose cada una de ellas que la modestia i humildad son virtudes buenas.....para los pobres no mas. Así, en las horas de recreo se formaban grupos de las señoritas de un mismo *rango*, i allí trataban hasta de batallas i conquistas, porque el furor bélico habia tambien invadido aquella pacífica morada. Otras veces hablaban de su dinero, de su familia, i del brillante porvenir que les esperaba en el mundo.

Entre tanto la pobre Emilia se paseaba sola en los jardines del colejo, porque estaba sola, sin familia, sin rango que espe-

rar. Buscaba en el estudio una distraccion a sus penas, i gracias a un trabajo obstinado, conquistó entre sus compañeras un puesto que no debia ni a la casualidad del nacimiento, ni a ninguna cosa accidental. Numerosos premios la recompensaban cada año de su celo incansable. La directora del establecimiento la queria como hija propia, sintiendo interiormente la fatalidad que parecia perseguir a un ser tan débil i tan digno de una suerte feliz. Formáronse un dia grupos mas numerosos i mas animados que de costumbre; las conversaciones eran mas vivas, i todos los semblantes manifestaban la alegría. Una reflexion penosa venia de vez en cuando a entristecer a algunas de aquellas jóvenes; pero era un relámpago que desaparecia pronto, seguido de locas exclamaciones i gritos de júbilo. Las pensionistas estaban entreteniéndose con los sucesos del dia, cuando una de ellas llegó corriendo mui azorada.

—«¿No sabes la noticia?» exclamó desde léjos, así que la pudieron oír. «Un jeneral está en el locutorio; sí, un jeneral nombrado en el campo de batalla. Yo no he podido saber su nombre; pero viene comisionado para traer las banderas tomadas a los rusos, i ha pasado a ver a una de nosotras.» ¡Oh! ¡cómo todos los corazones palpitaron en aquel momento! Esperaban todas que seria un pariente o un amigo, i se acercaron con ansiedad hácia la puerta, para estar prontas en cuanto oyesen pronunciar su nombre. Una sola se retiró mui triste, i ésta era Emilia. Volvió a abrir su libro para disipar la melancolía que la oprimia; mas en vano procuraba contraer su atencion en la página abierta delante de sus ojos, porque su espíritu estaba léjos de allí, creía ver a su desdichado padre, oír de su boca aquella triste despedida: *Adios para siempre.....*«Verdad es, decia, su despedida debia ser eterna».....i esta idea casi la desesperaba.

En esto sintió pasos precipitados, i escuchó.....Es hácia su habitacion a donde se dirijen.

«Niña, preguntan por tí en el locutorio, dijo una voz.»

¡Por mí!.....Se levanta pálida y trémula, mas con la espe-

ranza en el fondo del corazon, vuela al locutorio; pero madama Campan, la directora de la casa, le sale al encuentro, i le dice profundamente conmovida: «Hija mia, si vuestro padre a quien creeis muerto, no lo estoviese.....Si viniera.....Si se hallase ahora en el.....

—¡Mi padre! ¡Mi padre! ¡Oh! por favor, señora, no me engañeis, yo me moria!..... I ¿a dónde está mi padre? Yo quiero verle, abrazarle.....¡Hace tantos años que me falta este consuelo!.....Al decir estas palabras, se le presenta un oficial con un brillante uniforme de jeneral, i su pecho cubierto de cruces i medallas. Emilia retrocede por un movimiento involuntario, no atreviéndose á creer en tanta dicha.

Este solo instante hizo olvidar á la hija del soldado quince años de dolores i de lágrimas.

La Providencia parece que quiso premiar la humildad de Emilia i la resignacion con que habia sufrido tanto tiempo el arrogante desde de sus compañeras, cuya soberbia i necio orgullo fueron bastante mortificados con tan inesperado suceso.

XXXV.

Obligaciones de las niñas para con sus profesoras.

Las personas que os enseñan son, niñas mias, como unos segundos padres que cuidan de alimentar vuestro espiritu, de perfeccionarlo i de embellecerlo, haciéndoos útiles á vosotras mismas i a los demas. Honradlas por los muchos beneficios que en vosotras derraman.

A vuestra edad, el corazon es como un pedazo de blanda cera en que se puede grabar asi lo bueno como lo malo, tanto lo hermoso como lo feo. Vuestras profesoras son las que imprimen en él los buenos sentimientos, las que, por decirlo así, engarzan en el mismo, como diamantes en un collar, las virtudes, las que

lo ennoblecen, las que lo purifican, las que lo vuelven hermoso. Ellas son las que graban en él esa belleza mas duradera que la del rostro i que hace estimar mas que ella. Ellas son las que al pasar por el borde de un precipicio cubierto de flores, os dan la mano para que no caigais en él. Ellas son, en fin, las que ponen en vuestras manos la antorcha que debe iluminaros cuando algun dia marcheis solas o tengais que guiar a otras por el sendero de la vida. Pensad, pues, si tantos i tan grandes favores merecen ser agradecidos i recompensados con el amor, la aplicacion i el respeto.

Los pajaritos que alimentais en vuestras casas cantan mas, i os acarician i festejan con mas ternura cuando los cuidais con mayor esmero. Aprended, pues, vosotras de los pajaritos.

Las rosas crecen mas lozanas i tienen mas perfumes para la mano que las cuida i riega. Imitad, pues, a las rosas.

En vuestra tierna edad en que no se conoce bien aun el motivo porque se obra con vosotras de esta o de aquella manera, se mira jeneralmente con cierto desaire a las personas que nos educan, porque se ven a veces en la triste precision de castigar. Este es un error en que no quisiera que incurrieseis vosotras, porque destruye en gran parte o cuando ménos retarda los efectos de la educacion. No estimar a las profesoras porque os corrijen i contrarian en ciertos casos, es lo mismo que si una niña, estando enferma, aborreciese al médico porque se ve obligado a darle bebidas amargas para volverle la salud.*

Cuando seais mayores i os podais presentar en el mundo con la educacion ya terminada, conoceréis mejor los buenos resultados de las reprensiones de vuestras directoras i las bendecireis por ellas. Entónces comprendereis cuánto os amaban i se

* El que tus faltas reprende
A tu bien futuro atiende.

Ama i presta tu atención
Al que te diere instruccion.

interesaban por vosotras en el instante mismo en que os imponían algún castigo. Entónces conoceréis con cuánto sentimiento lo hacían, i que padecían mas ellas por vuestras faltas que vosotras por tener que sufrir sus correcciones.

Jeneralmente os parece que querriais mas a vuestras profesoras si os tratasen con mas cariño o fuesen ménos severas; mas ¡ai de vosotras si así lo hiciesen! Entregadas entónces a vosotras mismas, como ciegos sin guías, i no reconociendo mas norma que vuestros caprichos, que renovaríais a cada minuto, i que no podríais satisfacer las mas veces, os haríais insufribles a los demas, i os encontraríais al entrar en el mundo sin haber aprendido nada, con un carácter indócil i exigente, i siendo objeto de escarnio i de desprecio para las personas bien educadas.

Vuestras profesoras, especialmente si sois buenas i estudiosas, os aman como a hijas: amadlas vosotras como a madres.

¡Es tan poco lo que exigen de vosotras en comparacion de lo que os dan! Créense mas que recompensadas con un poco de amor, de respeto i sobre todo de aplicacion; i una vez que es tan fácil a vuestro tierno corazon amar, que os sienta tan bien el respeto i que la aplicacion produce tan buenos resultados i que os embellece tanto, ¿cuál de vosotras dejará de complacer a sus profesoras, de recompensarlas por el interés que se toman? No lo sospecho, niñas mías, de ninguna de vosotras, pues creo que poseéis un buen corazon i que sabréis cumplir con vuestros deberes.

¡Que la lectura de la siguiente poesia sirva para conservar en vuestro tierno pecho los sentimientos que he procuraro inspiraros en esta leccion!

El ave paga con cantos
I con juegos i caricias
Al que tierno la alimenta
I que la cuida i la mima.
La flor con mas rico aroma
I con hojas mui mas lindas

Recompensa al jardinero
Sus desvelos i fatigas;
Así vosotras tambien,
Cual la flor i el ave, oh niñas,
Sed con vuestras profesoras
Dóciles i agradecidas.
Ellas son como una antorcha
Que en las tinieblas os guian;
Ellas os tienden la mano
Al caminar entre espinas,
I ai! de la que las desprecia
I no las respeta altiva,
Pues le faltará la antorcha
En el medio de la via,
Ni tendrá quien la sostenga
Del precipicio en la orilla!
No permita Dios que nunca
Tales seáis, niñas mias;
Honrad vuestras profesoras,
Dóciles i agradecidas,
I cual el ave y la flor
Sereis belleza ricas,
I amadas sereis de todos
Cual la flor i el ave, oh niñas.

XXXVI.

Temor filial, sumision, obediencia.

Pues que amamos a nuestros padres, debemos temer disgustarlos, es decir, debemos temerlos.

Temer a nuestros padres es evitar con cuidado todo lo que puede causarles disgusto, es arreglar nuestras acciones i palabras de manera que sean siempre dignas de su aprobacion.

Así, el temor de la hija no es el temor de la esclava. La esclava teme el castigo que puede imponerle su señor; i la hija teme el descontento que puede causar a sus padres.

En esto consiste el temor filial: este temor no solo se concilia perfectamente con el amor i la ternura, sino que es inseparable de ellos, porque la que ama sinceramente a sus padres, tiembla aflijirlos.

Si nuestros padres son demasiado indulgentes con nosotras, no debemos abusar de su indulgencia; i si están dispuestos a dispensar nuestras faltas, no debemos por esto dejar de temerlos. Por el contrario, la demasiada indulgencia, que proviene de su gran bondad, debe ser para nosotras un nuevo motivo para evitar todo lo que pueda causarles disgusto.

Es menester por tanto ser sumisas.

Ser sumisas a los padres es conformarse a su voluntad sin murmurar, ántes bien con placer.

La niña debe oír i sufrir con docilidad i ternura cuanto viene de sus padres: consejos, exhortaciones, advertencias, repreciones i castigos.

La severidad de los padres para con sus hijas es una prueba de su amor, están encargados de dirijirlas por el buen camino: este es un deber i un derecho suyo. La naturaleza, la patria i la relijion, les imponen ese deber; justo es, pues, someterse sin reserva a su voluntad.

Es preciso oír sus repreciones con corazon dócil; no diré sin orgullo e insolencia, porque es evidente que la hija que se mostrase orgullosa e insolente para con sus padres, seria digna del mas profundo desprecio i del mas severo castigo.

No debe responderse a las repreciones sino con la sincera promesa de no volver a merecerlas. Es menester en esta parte una resolucion firme i duradera. No basta decir: «no lo haré mas», sino no hacerlo.

Los padres se ven frecuentemente obligados a castigar a sus hijas. Cuando las castigan lo hacen por su bien i por efecto de la ternura de que están animados. Si no emplean todos los medios que están en su poder para correjirlas, será una prueba que no las aman como deben. La niña, pues, a quien castigan sus

padres, no debe buscar medios como sustraerse del castigo; no debe irritarse contra ellos, ni dudar de su ternura, sino que debe ver en el castigo una nueva prueba de amor, i recibirlo con resignacion i con resolucion firme de no hacerse acreedora a él otra vez.

El castigo no debe aflijir a la niña por la pena que le causa, sino por el disgusto que ha producido a sus padres, i el dolor que experimentan cuando se ven precisados a castigarla.

Debe hacer todos los esfuerzos posibles por ahorrarles este dolor; i cuando por desgracia no lo ha conseguido, i los padres la castigan por su bien, debe dar las gracias como de un nuevo beneficio.

La niña que teme a sus padres i que les está siempre sumisa, ya es obediente, es decir, que ejecuta todo lo que sus padres le ordenan, i que evita todo lo que le prohiben.

No basta obedecer exactamente; es preciso obedecer con gusto, es decir, no basta someterse a los mandatos de los padres con repugnancia, sino que deben considerarse como buenos; justos i sabios, i conformarse a ellos con placer. Porque los padres en sus mandatos i prohibiciones obran por la ternura que nos profesan i por nuestro interes bien entendido.*

Como debemos tener una satisfaccion en la obediencia a nuestros padres, debemos manifestar esta satisfaccion por la prontitud i buena voluntad con que ejecutemos lo que se nos prescribe.

La niña que ejecuta lentamente lo que se le manda, que obliga a repetir dos o tres veces las órdenes que se le dan, i que manifiesta mal humor al cumplirlas, es un ser mui desagradable: da motivo a dudar que tiene buen corazon.

La obediencia debe ser completa, es decir, debe obedecer a los padres en todo i por todo, lo mismo en las cosas lijeras que

* Los mandatos de tus padres
Obedece con placer:
Su voluntad sea tu guía,
Pues solo anhelan tu bien.

en las importantes, excepto en lo que se opone á la lei de Dios. Porque, propiamente hablando, no hai desobediencia lijera. La desobediencia es un gran mal por sí misma cuando es reflexiva, i siempre es culpable por poco importante que sea el objeto; solo tiene excusa cuando procede de olvido o descuido.

Pero el olvido i el descuido son una falta que debemos tambien evitar. La desobediencia acarrea á la niña consecuencias funestas. No puede juzgar bien de las cosas; no sabe lo que es bueno o malo, ni lo que es útil o peligroso; no sabe preveer las consecuencias de sus acciones. Los padres, por el contrario, tienen prudencia i razon; saben lo que puede serles útil o nocivo en el presente i en el porvenir. Conocen las consecuencias buenas o malas de lo que hacen. A ellos toca dirijirlas constantemente; a ella someterse a sus órdenes sin reserva i sin pedir esplicaciones. Ellos no deben darle esta esplicacion, porque ella no la comprenderia.

Siempre que los padres ordenan o prohíben alguna cosa a sus hijas, lo hacen por el bien de éstas, que deben persuadirse que es un mal lo que se les prohíbe, aunque no lo comprendan, i deben abstenerse de ejecutarlo con religioso cuidado.

Hai niñas que sin desobedecer directamente inventan excusas para no conformarse a la voluntad de sus padres. Esto es lo que se llama *eludir* una orden o una prohibicion. Guardémosnos bien de estas indignas excusas, porque pueden acostumbrarnos al disimulo i a la hipocresía, que son vicios ociosos.

Obedezcamos siempre franca, completa i alegremente. Así quedará nuestra conciencia tranquila i evitaremos los innumerables males que trae consigo infaliblemente la desobediencia.

Sigamos constantemente
Los paternales consejos,
Sin querer en nuestro orgullo
Sobreponernos a ellos.

Los que nos han sustentado
Con tanto amor i desvelo,

¿No deberán, por ventura,
Corregir nuestros defectos?

¿Quién mejor podrá explicarnos
De la vida los tropiezos?
¿No es siempre el bien de los hijos
Su mas constante deseo?

XXXVII.

La primera comunión.

Era el día 28 de Mayo: hacia un año día por día que la señora de C. habia dejado su quinta; i los baúles, las maletas i las cajas obstruian el patio i anunciaban el próximo regreso. Sin embargo, todo estaba en calma i tranquilo. ¿I por qué? por la hora avanzada eu que esto sucedia.

Solo en la estremidad del patio brillaba una luz. ¿Quién velaba allí todavia? No era ciertamente el cuidador o la cuidadora, puesto que estaban en un profundo sueño, ni los criados de la señora C., ni la señora misma, puesto que no debia llegar hasta el día siguiente. ¿Quién era, pues? Rosa, la jóven Rosa que velaba sola en un cuarto bien separado de los demas. ¡I no tenia miedo i estaba tranquila, muy tranquila, hasta parecia contenta! ¿I por qué? porque se hallaba en paz con su conciencia; porque estaba segura que Dios velaba por ella; porque estaba próxima, en fin, a su primera comunión; i ocupada en este sério acto i en las dulces exhortaciones que un buen cura le hiciera, ningun otro pensamiento le asaltaba.

El día siguiente era, pues, el gran día para esta piadosa niña; día que debia recordar toda su vida, día de completa felicidad, día único; i para participar de la alegría de su querida ahijada, la señora de C. debia llegar tambien en aquel día

Pero ¿qué hacia Rosa en una hora tan avanzada de la noche?

Oraba, sí, i sentada al lado de una mesa, con la cabeza apoyada en una de sus manos, miraba atentamente un papel. Dulces lágrimas corrían por sus mejillas; pero su fisonomía parecía serena i su aire revelaba felicidad. Sí, Rosa era verdaderamente feliz; las lágrimas que inundaban su rostro manifestaban esta misma felicidad, porque eran lágrimas de alegría. Talvez alguna de las niñas que esto leyeren experimentarán algun dia la misma emocion, i entónces juzgarán mejor la que experimentaba Rosa en el momento a que nos referimos.

En efecto, el papel que tenia en la mano era carta de su madrina, carta tierna, en la cual la señora de C. le daba todos los consejos de una buena madre, i la exhortaba a que conservase siempre aquella pureza de conciencia, aquella paz del alma que Dios solo puede dar. Decíale tambien cuán satisfecha se hallaba de su conducta hasta aquel dia, cuánto la amaba i cuán contenta estaba de ser su madrina. Rosa acababa de leer esta carta i por eso estaba tan conmovida, por eso dulces lágrimas surcaban sus mejillas.

Pero en aquel momento dejó la mesa en que se hallaba i se propuso acostarse. Dejemos a esta dichosa niña dirigir aun al cielo la última plegaria; dejémosla dormir tranquilamente i no turbemos los suaves ensueños de una alma inocente hasta la mañana del próximo dia!.....¡mañana, dia de gozo i de felicidad!..... ¡mañana, el dia mas feliz de su vida!

¡I cuán hermoso es en efecto el dia de la primera comunión! ¡Cuán feliz es la niña que por la vez primera ocupa un lugar en el banquete de los ánjeles! ¡I qué noble altivez revela el rostro de la madre que conduce a su hija querida a tan delicioso banquete!

Ayer aun esta preciosa niña pasaba como desapercibida en la casa; hoi su presencia impone recojimiento i hasta respeto. Ayer, tímida niña, imploraba de rodillas la bendición de sus padres; hoi vírjen pura i radiante, parece les trae en cambio una porción de las divinas gracias de que está inundada su alma.

Tocaba Rosa este momento de felicidad. El sonido de las campanas que anunciaban la augusta solemnidad, habíale despertado mui de mañana. Prosternada, escuchaba con religioso silencio estos sonidos precursores de la augusta ceremonia que le esperaba.

Cuando la señora de C. entró para vestirla, la encontró aun en este suave recojimiento. Dejóse la niña adornar por su buena madrina, que la miraba con el orgullo de una madre. ¡Cuán hermosa parecía entónces Rosa! La serenidad de su alma reflejaba en su semblante, i hacia aun mas atractiva su amable fisonomía.

Concluido su tocado, i luego que sus parientes i amigas estuvieron reunidos a su alrededor, luego que hubo recibido su bendicion, i despues de levantar aun su alma a Dios, marchó acompañada de cuanto le era caro en el mundo. La elegante sencillez de sus vestidos atraía todas sus miradas; la modestia de su continente, la calma i dulzura de su fisonomía le proporcionaban por todas partes sinceros elojios.

Rosa, sin embargo, que habia separado su vista del espejo, temerosa de que un lijero sentimiento de orgullo viniese a alterar su inocencia, no oía tampoco estos elojios: el lenguaje de la tierra se le habia hecho estraño, i solo comprendia el de los ánjeles que residian en el cielo. Con tan bellas disposiciones llegó a la iglesia, i al arrodillarse delante del altar se creía aun en su cuartito. Solo cuando el *Veni Creator* resonó en sus oidos, i cuando todas sus compañeras la rodeaban, salió del éxtasis en que se hallaba. Pero el momento solemne habia llegado: todas las vírgenes con los ojos bajos, las manos juntas i el continente modesto, se dirijian con paso tímido hácia la santa mesa donde iban a recibir a su Dios. Rosa marchaba la primera: la primera tomó parte en el banquete sagrado; la primera se vió iniciada en las alegrías celestes.

Un profundo silencio sucedió a este solemne acto, terminado el cual, santos cánticos se alzaron en el templo i anunciaron a

todos los asistentes que el Salvador del mundo habia bajado aun otra vez a la tierra. Rosa acababa de recibir a su Dios.

Lo que entonces pasó por su alma no puede pintarse con el lenguaje de los hombres. Esta pura i dulce intimidad de la criatura con su Criador no se esplica, se siente.

¡Todos debemos haber conocido esta sublime felicidad! ¡Desgraciado de aquel que no haya sabido comprenderla!

¡Qué consuelo, qué alegría,
Venir Dios a visitarme;
Venir en persona a honrarme
Por su amor i su bondad!

¡Ai, Jesus, mi dulce dueño!
Ven, mi amor i mi consuelo;
Ven, mi gloria, ven mi cielo;
Ven en mi alma a descansar!

Yo te adoro i te venero,
Rei augusto i soberano,
Que por un prodijio raro
Has venido en mi a habitar.

De mi corazon las llaves,
I de mi alma te presento;
Recíbelas, dulce dueño,
Te juro fidelidad.

XXXVIII.

Primeras impresiones falsas de la niñez.

Las falsas nociones de las cosas, las preocupaciones jermanan con estremada facilidad en el cerebro de las niñas, i las mas locas supersticiones, las opiniones mas absurdas se graban en ellas como en blanda cera, dejando tan duraderas i permanentes impresiones que no se borran sus huellas aun despues de haber entrado en la edad de la razon.

Entra en el plan que nos hemos propuesto en este opúsculo el establecer ideas exactas i verdaderas sobre todas las cosas, aun cuando parezca extraordinario el que queramos comunicarlas tales a lectoras niñas.

La mayor parte de estas vienen a los colejos con la cabeza atestada de cuentos con que sus amas, madres o abuelitas las entretenian para dormirlas, o con que criados ignorantes procuraban distraerlas.

Quando la jóven perfectamente ilustrada por sábios consejos i buenos estudios llega a reirse con lástima i desprecio al recuerdo de las necedades con que la dormian cuando niña, ya algunas veces ha contraído sin saberlo una especie de conmocion nerviosa en su imaginacion, que debilita la rectitud de su juicio, atenúa su fuerza moral i le inspira, a pesar de su buen sentido, una especie de pusilanimidad, que le cuesta mucho vencer despues en la adolescencia.

¿Cuál es la niña en cuyos oídos no han resonado por primeros acentos las absurdas palabras de las amas i criados, asustando su tierna imaginacion con necios terrores i supersticiones?—El terror es el medio de que ordinariamente se valen con las inocentes criaturas aun ántes de que sus débiles miembros tengan fuerza para sostenerlas.....

¡Si haces eso, llamo al cuco i te llevará! ¡Los duendes, las brujas vienen!.....segun la naturaleza de supersticion de moda en cada lugar. No es esto solo: apénas las niñas saben leer, les enseñan cuentos de brujos, de májicos, etc.

En fin, llega la niña a los diez o doce años, i como estas falsas impresiones se han fortificado por la edad, afirmándolas los menores accidentes, se hallan sujetas a infundados i continuos temores.

Así, vemos muchos niños de ámbos sexos que por adelantada que se halle su razon, i a pesar de tener cerca de doce años no se atreven a acostarse solos en un cuarto apartado, ni aciertan a dormirse sin luz, ni entrar en un cuarto a oscuras.

Compárense estas organizaciones deterioradas por falsas ideas con las de los niños de las aldeas i del campo, a quienes no han tenido la intencion de criar mejor, pero de los que no han tenido el tiempo bastante para imbuir en falsas ideas. A todas partes van de noche como de dia, con luz ó sin ella. Tienen miedo al leon, porque saben que es un animal peligroso; pero no le tienen miedo cuando están en casa con sus padres, ó están armados. Saben que ordinariamente el leon huye a los ladridos del perro. Los aldeanos no les han enseñado a temer i a temblar, porque ya desde mui pequeños guardan en el campo los ganados i de noche; no les han hablado de peligros quiméricos, no temen, i para llegar a su nivel es preciso que el niño de las ciudades trabaje sobre sí mismo largo tiempo para afirmar su débil organizacion.

Escuchad lo que dice una respetable autora, que ha consagrado sus talentos a la instruccion del bello sexo: «Un poco de reflexion, niñas mias, basta para no dar crédito a estas historias. Es cierto que, si Dios quiere, podrá hacer que se aparezcan los muertos, como lo hizo con Samuel; pero tambien es verdad que no hace milagros sin justa causa. ¿Creer Uds. sencillamente que Dios, que es la misma sabiduría i la misma bondad, permita a una alma volver al mundo para hacer cosas ridiculas, tirar de la ropa a una persona que duerme, desvelarla i hacer otras frioleras que solo son dignas de risa? Ello es que las historias que vulgarmente se cuentan sobre el particular son falsas. Solo escojeré uno entre los varios ejemplos que sobre este asunto pudiera recordar.

•Un caballero que habia ido a Alemania, enviado por su rei para entender en asuntos de grande importancia, volvia a Francia en posta con cuatro sirvientes, i le sorprendió la noche en un lugarejo donde no habia una mala posada. Preguntó a un aldeano si podria alojarse en el castillo, i éste le respondió: está abandonado, i un solo arrendatario, cuya pequeña casa está de

la parte de afuera del castillo, se atreve a vivir cerca de él; porque adentro se aparecen por la noche fantasmas que maltratan a los vivos. El caballero, que no era miedoso, respondió al aldeano: yo no me espanto de duendes o fantasmas, soi mas malo que ellos, i para hacértelo ver, quiero que mis sirvientes se queden en el lugar i dormir yo solo en el castillo. Su intencion era, sin embargo, no acostarse; porque habia oído siempre hablar de apariciones de muertos i deseaba verlos. Mandó encender una buena lumbre; tomó pipa i tabaco i dos botelias de vino i puso sobre la mesa cuatro pistolas cargadas. A media noche oyó un gran ruido de cadenas i vió aparecer un hombre de una estatura mucho mas alta que la ordinaria, que le hacia señas para que fuese hácia él. El caballero se puso dos pistolas en el cinto, una en la faltriquera i, tomando la última en la mano derecha, asió la luz con la izquierda. En esta disposicion siguió al fantasma, que bajó por la escalera, atravesó el patio i se entró por un pasadizo; pero habiendo llegado el caballero a la estremidad de él, le faltó de repente la tierra debajo de sus piés i cayó en un hoyo. Conoció entonces el desacierto que habia cometido, pues por la hendidura del tabique desunido que lo separaba de una caverna, vió que habia caído, no en poder de los espíritus, sino de una docena de hombres que a la sazón tenían sus conferencias sobre si le debian matar o no; i por sus razonamientos conoció que eran monederos falsos. El caballero, viéndose como raton en trampa, levantó la voz i pidió a aquellos hombres licencia para hablar, i habiéndosela concedido les dijo: «Señores, el haber venido aquí os hace ver que soi intrépido; pero al mismo tiempo os manifiesto que soi hombre de honor, pues no ignorais que un pícaro por lo regular es cobarde. Os doi palabra de guardar secreto este suceso i os lo prometo por mi honor: no cometais un crimen matando a un hombre que jamas ha tenido la intencion de haceros mal. Por otra parte, considerad las consecuencias de mi muerte; yo llevo conmigo cartas de importancia que debo entregar al rei en mano propia, i tengo en ese

lugarejo cuatro sirvientes: creed que se harán tantas diligencias para averiguar lo que ha sido de mí que al fin se descubrirá.» Estos hombres, habiéndole escuchado, decidieron que era forzoso fiarse de su palabra i le dejaron ir, despues de haberle hecho prometer con la mayor formalidad que contaria cosas asombrosas de aquel castillo. Efectivamente, al otro dia dijo que habia visto en él cosas capaces de hacer morir de espanto a un hombre, i Uds. bien comprenden que no mentia. Hé aquí una historia de muertos aparecidos bien tramada, i de la que nadie osaria dudar despues de haberla confirmado, en cierto modo, un hombre de esta clase. Tal es el orijen de esas maravillosas historias que causan tanto terror a las niñas, aun cuando parezcan las mas ciertas; pues si se examinan con atencion, se encontrará que la malicia o la debilidad de los hombres han fomentado estos cuentos.»

XXXIX.

Varios efectos de la buena o mala conducta.

El que ha vivido mucho, ha tenido mucho tiempo de observar; i me complazco en comunicar mis reflexiones a las jóvenes. Sé muy bien que la esperiencia ajena muchas veces es insuficiente para guiar a las jóvenes que no tienen ninguna; con todo, frecuentemente el escuchar las lecciones de personas ancianas, hace evitar grandes faltas, ahorra desgracias, lágrimas, i muchas veces un tardío arrepentimiento.

Conocí dos jóvenes hermanas nacidas en un mismo pueblo, i que entraron a servir a un mismo tiempo: la suerte muy diferente de dos personas tan enteramente iguales por nacimiento, manifiesta los males que acarrea una mala conducta, i prueba que la virtud por sí sola puede conducir a la fortuna, sin necesidad de acontecimientos romancescos. La historieta verda-

dera que vais a leer, queridas niñas, pondrá fin á esta parte, escrita únicamente con el deseo de que os sea útil. Si los consejos que encierra pueden hacer que nazcan en vuestros corazones los principios de virtud, i prepararos una existencia feliz, mis afanes habrán recibido la mas agradable recompensa.

LA VIEJA DE LA CAPILLA.

Mui cerca de Versalles, en el paraje en que la montaña de Picardía se hace ménos rápida, habia antes de la revolucion de Francia, una pequeña capilla de la Virjen, al cuidado de una vieja encargada de adornarla con flores i de encender los cirios, los cuales vendia tambien a las jóvenes piadosas que acudian á invocar el apoyo de su protectora, i recibia las limosnas en un pequeño vaso de lata que presentaba a los pasajeros. Muchas veces yo misma en mi feliz juventud puse algunas monedas en dicho vaso. Mi aya me hacia acompañar la limosna con una buena reverencia, porque mi madre le habia encargado mucho, no solo que me hiciese dar limosna a los pobres, sino que me acostumbrase a reverenciar a los ancianos.

Mi abuela pasaba el verano en su casa de campo de Ville-d'Avray, i nuestros paseos siempre iban a parar a la capilla de la Virjen, cuya vieja muchas veces me daba rosas i claveles a que era yo mui aficionada.

Un dia no la hallé en su puesto, la creí muerta, i las lágrimas asomaron a mis ojos. Pregunté por ella a la mujer que la habia reemplazado, i me respondió: «No lloreis por la madre Fremont, hermosa señorita; vaya ella es mui feliz, i se ha marchado de aquí en elegante coche.....Pero es una historia tan larga, que no sabria contárosla. Mirad, dijo a mi aya, el señor cura va seguramente a casa de vuestros padres: él la sabe mui bien. Decidle que os la cuente.

De vuelta a casa, hallé al señor cura a punto de hacer su partida con mi abuela, pues ya estaba desenvolviendo la baraja. Co-

nocia yo cuán complaciente era conmigo, i así le rogué, lo mismo que a mi abuela, que dejasen el juego para el otro día, i que nos contase la historia de la vieja que habíamos echado ménos en la capilla, i que, segun decian, se habian marchado en un elegante coche.

—Con mucho gusto, me respondió el cura, pero id por vuestras hermanitas, i si madama lo permite, añadió dirijiéndose a mi abuela, haced que entren en el salon vuestra aya, la cocinera, i las dos hijas del jardinero, pues son parroquianas mias lo mismo que vos, i deseo que oigan la narracion de una historia que puede serles útil.

A tan laudable deseo, siguió la órden de mi abuela que obedeciese al señor cura, i al instante corré por toda la casa a reunir aquel pequeño auditorio, que se sentó formando un círculo al rededor del señor cura.

—La madre Fremont, dijo él, vivía hace veinte años en el pueblo de Chenet, junto a Versailles, donde era yo cura entónces. Viuda con dos hijas, gozaba de gran comodidad. Su casa era de las mas lindas del pueblo: un bello corral, seis vacas i muchas aves le daban el aspecto de una chacra. Todas las mañanas hacia vender la leche en Versailles, i su gran ganancia consistia en que la buena madre Fremont no tenia que gastar dinero en la compra de alfalfa, cebada i avena para las aves i gallinas, pues poseía mui cerca del pueblo tres fanegas de escelente tierra.

Aquella buena mujer tenia dos hijas: la una de diez años i la otra de once: eran sumamente bonitas, i es de advertir que la misma madre Fremont, a pesar de su edad avanzada, conservaba aun facciones mui agradables. Conocí, pues, a la buena vieja tan feliz como pudiera desear, i cuando por un resto de amor propio que yo le reprendia con mucha frecuencia, pero que perdonaba a la flaqueza humana, presentaba su vaso de lata diciendole: *Mi buen señor, mi buena señora, yo he vivido mejores dias!*decia la verdad. Vais a oír cómo le sobrevinieron las desgracias.

Desde muchos años un cuñado de su marido pretendia que tres fanegas de los bienes de la viuda Fremont correspondian a su consorte por derecho de sucesion, fundado en una cláusula del testamento del abuelo que daba márgen a sutilezas, i que mui injustamente hizo perder a la pobre mujer la mitad de su hacienda. Para decidir la cuestion, se siguió un largo pleito, las costas fueron considerables, i el resto de las tierras de la viuda se vendió para pagar las deudas que se habia visto precisada a contraer, con la esperanza de salvar el patrimonio de sus hijas.

Una de las vacas murió, ella vendió las otras, i poco despues la casa, que no hubiera podido hacer reparar, i que cada dia bajaba de valor. Una casa en el campo i sin tierras vale mui poco, i así fácilmente entenderéis como la buena mujer se vió sumida en la miseria. Sus dos hijas venian con frecuencia a mis esplicaciones del catecismo. La desgracia i virtudes de sus padres interesaban a todos los vecinos; yo les dedicaba cuidados especiales, pues su hermosura i su miseria me hacian temer que mas tarde cayesen en los lazos de los corruptores de la juventud. La mayor, a los trece años, hizo su primera comunion. Era morena, de ojos mui negros i tez brillante. La menor era rubia, i de un jénero de belleza distinto del de su hermana, pero que no llamaba ménos la atencion.

Mas ¡ai! cuánta diferencia habia entre las dos niñas por lo tocante a disposiciones del alma i del corazon!

En aquella época tan importante de su primera comunion, estuve mui satisfecho de la mayor; pero la menor, que tenia un año menos, i a la cual creí, sin embargo, deber conceder al mismo tiempo la dicha de aquel gran dia, fué el objeto de una edificacion jeneral. Yo habia observado durante mis esplicaciones, que el ruido de que a veces tenia que quejarme, salia del lado en que se colocaba Juanita, la mayor de las dos hermanas, i que Teresa, la menor, se quedaba siempre léjos de su hermana junto a las niñas mas quietas i devotas.

Supé por informes de toda confianza, que todos los domingos, las dos hermanas, por efecto de la diferencia que habia en sus jénios é inclinaciones, pedian licencia a su madre, la una para ir con algunas compañeras devotas a visitar la capilla de la Virgen de Ville d'Avray, i la otra para ir con sus amigas al baile o a las fiestas de las aldeas vecinas. La buena madre Fremont no dejaba de reprender a Juanita por su aficion a los placeres i por el poco interes que se tomaba en las desgracias de la familia; i le citaba a la hermana como un ejemplo que debia seguir..... A los malos no les gusta las comparaciones en que no llevan ventaja, ni las personas que se les proponen por modelo; i Juanita ya no veía a Teresa sino en los momentos de comer o de acostarse.

Creció la miseria de la pobre viuda i se vió precisada a desear que sus dos hijas entrasen a servir. Una rica propietaria vecina se encargó de Juanita; i Teresa, conocida ya por su devocion, su dulzura i entendimiento, fué pedida á su madre por una dama mui rica que tenia una quinta magnífica cerca de Versalles, i que quiso á Teresa para aya del fruto que iba á dar á luz.

La señora encargada de Juanita se proponia tratarla como si fuese hija suya, pues no tenia ninguna, i toda su familia se reducia a tres niños; i si Juanita hubiese sido buena, la señora, segun me lo aseguró muchas veces, la hubiera casado con el hijo segundo. Mas Juanita no fué de ninguna utilidad en la quinta, siempre queria ir al baile i á las fiestas; i se juntó con malas personas que la sedujeron i la llevaron a Paris, donde pronto se relacionó con aquellas miserables criaturas que son la vergüenza de su sexo.

Comprometida en cierta aventura escandalosa, fué presa por la policia i encerrada con otras miserables como ella en la casa de correccion de Santa Pelajia.

Pasado algun tiempo, un sacerdote adicto a aquel establecimiento me escribió que una jóven enferma de peligro reclamaba

mi asistencia, que hablaba de su pasado bienestar, de sus desgracias, i sobre todo de sus faltas ; que daba muestras de verdadero arrepentimiento, implorando sin cesar la misericordia de Dios, i pidiendo a su madre cuyo nombre me enviaba.

Creí que mi deber como antiguo pastor de aquella culpable jóven, era correr al socorro de su alma atormentada i despedazada por los remordimientos : alquilé un carruaje i decidí a su pobre madre a que me acompañase. Entré el primero solo en aquel asilo de vergüenza, de dolor i de arrepentimiento. Juanita, al verme, prorrumpió en llanto, i me dijo : el sonido de vuestra voz, señor cura, calma todos mis dolores, me restituye a los días de mi inocencia, i me hace ver de nuevo el cielo al cual no osaba alzar los ojos....

Oí sus confesiones ; le anuncié aquella misericordia divina que perdona al verdadero arrepentido, i en seguida hice que entrara su madre desconsolada. Juanita estaba en sus últimos momentos, habia rennido todas sus fuerzas para confesarse ; vió a su madre, hizo un último esfuerzo para arrojarle a su cuello, i espiró en sus brazos exclamando : ¡ Madre mia ! Madre mia !.....

Os ha enternecido, señoras, nos dijo el cura, la narracion de tan pronto i terrible castigo del cielo, que no perdona los vicios sino en el punto de un arrepentimiento muchas veces tardío. Voi a consolaros contándoos los felices acontecimientos que recompensaron la virtud de la jóven Teresa.

Esta amable niña, sumisa, solícita i cuidadosa, mereció el aprecio de sus patronas. Habíanla llevado consigo a Santo Domingo, donde tenían ricas posesiones. Encargada del cuidado de los niños, mientras se ocupaba en darles la primera instruccion que podia, aumentó la suya i se perfeccionó en la escritura i el cálculo ; estudió su lengua en los libros que le proporcionaba su buena señora, i se hizo una persona querida i estimada de todos.

El administrador de aquel establecimiento habia reunido al-

gunos capitales, i queria retirarse, dejando en su lugar a su hijo único que habia hecho educar en Francia. Pidió á los patrones que aprobasen el casamiento de su hijo con Teresa, i no solo consintieron, sino que quisieron dotarla.

El jóven administrador, lleno de actividad i mui intelijente en las plantaciones del país, logró la confianza de un propietario cuyas posesiones lindaban con las de sus patrones, i gobernó mas de mil esclavos negros. Estimulado por el afecto que profesaba a su querida Teresa, aspiraba a una gran fortuna que pudiese hacerla completamente feliz, i la consiguió: diez años despues de su matrimonio, heredó de su padre, compró mas tierras, i en la actualidad se halla poseyendo una hermosa hacienda.

Por mas bienes que se disfruten léjos de la patria, no deja de pensarse en ella; i una hija virtuosa no siente los goces de su fortuna mientras sabe que su madre está en la miseria.

Así es que la buena Teresa no pensaba sino en su querida patria, i en su desgraciada madre. Ya le habia enviado dinero, aumentando las remesas a proporcion que crecia su fortuna; pero la larga guerra entre Inglaterra i Francia impedia toda comunicacion con las colonias, ninguna de las cantidades remitidas llegó a manos de la viuda Fremont, i Teresa no recibio de ésta contestacion alguna. La buena hija esperaba la paz con la impaciencia de un corazon que funda en ella sus mas gratas esperanzas.

En este intermedio, la viuda Fremont, imposibilitada ya para trabajar, habia venido a pedirme la plaza de guardiana de la capilla de la Virgen, que estaba vacante por muerte de la antecesora.

Nunca las mayores riquezas de la tierra han podido causar a los ambiciosos una alegría semejante a la que sintió la buena vieja cuando le concedí el triste privilejio de vivir de la piadosa caridad de los fieles en este asilo, objeto de la veneracion de su

amada Teresa.—Señor cura, me decia, ved ahí el escalon de piedra en que se arrodillaba mi anjel, mi Teresa; ved allá los jarros que guarnecia de rosas. ¡ Cuántas velas ha hecho arder en este candelero ! Yo la estoi viendo aquí, me parece que la oigo, se me figura que respiro su aliento. Si vive, aquí es donde pediré al cielo que derrame sobre esa piadosa hija todo el bien que ella merece; i si ya no existe, rogaré a Dios para que su alma goce de las recompensas celestiales.

Seis años hacia que la madre Fremont cuidaba de la capilla, cuando la paz dió ocasion a Teresa para venir a Francia e informarse porsí misma de la situacion de su madre.

Dirijióse al pueblo de Chenet con sus dos hijas, que queria poner en un colejio de Paris, i allí supo las desgracias de su madre, i el lugar donde debia hallarla. Sin detenerse, volvió a subir al carruaje, i corrió a la capilla de la Virjen. La buena Fremont viendo parar un coche, se adelantaba con el vaso de lata en la mano para recojer algunas monedas de limosna, cuando un criado negro que iba a la trasera del carruaje fué vivamente llamado desde el interior por una voz que sonó en el corazon de la pobre limosnera.

Luego vió abrirse la portezuela i arrojarse a sus piés una dama i dos señoritas, gritando a un tiempo : ¡ Madre mia !.... Madre mia !.... Abuela mia !.... Esta sorpresa podria haber sido demasiado fuerte para la buena vieja ; pero los golpes de alegría rara vez son funestos.

Cosa de media hora pasó entre abrazos mezclados con dulces lágrimas de placer i espresiones del sentimiento que causaba a Teresa el estado en que se hallaba su madre, i la deplorable suerte de Juanita. Finalmente, Teresa, tomando de la mano a sus dos hijas, fué a postrarse con ellas delante del altar que tantas veces habia adornado con flores i dió gracias de todo corazon a la Virjen protectora, implorándola para sus hijas.

A tan interesante espectáculo se habia agolpado la jente. Tere-

sa encargó el vaso de lata a una pobre mujer que solia acompañar a la viuda Fremont, i despues, ayudada por su criado, colocó a la madre en el carruaje i mandó al cochero que tomase el camino de la parroquia. Allí me ha hecho depositario de una obligacion de quinientos francos de renta para la conservacion de la Virgen, i me ha rogado que concediese la plaza de su madre a la vieja que le ayudaba a consolarse allí de sus desgracias ; es la misma que os ha hecho saber la marcha de la buena Fremont. Ya tenia intencion de contaros este interesante suceso, añadió el señor párroco, porque la historia de dos hermanas igualmente dedicadas á servir, i de las cuales la una halló en aquel estado suerte tan feliz, i la otra un fin tan deplorable, debe ser una provechosa i eficaz leccion de moral para todas las personas de vuestra casa que se hallan aquí reunidas.



PARTE SEGUNDA.

LECTURA EN PROSA

MUJERES CÉLEBRES DE SUR-AMÉRICA.

I.

Doña Paula Jara Quemada de Martinez.

Hé aquí, amables niñas, la interesante narracion biográfica de una de nuestras distinguidas matronas. Leedla con atencion, porque en ella encontrareis virtudes que imitar, i os instruireis al mismo tiempo en algunos hechos relativos a la guerra de nuestra independenciam, los cuales os podrán servir mas tarde para el conocimiento de la historia.

El 19 de marzo de 1818 sucedió en la República de Chile una de esas grandes desgracias que amenazan de tarde en tarde sepultar para siempre a las naciones. Era peor que una derrota, era como el incendio fortuito de un inmenso almacen de pólvora, accidente de que nadie tiene la culpa, i del que, sin embargo, son víctimas poblaciones enteras. Un ejército de mas de ocho mil hombres, en cuyo equipo se habia agotado la fortuna de Chile, mandado por jefes aguerridos i que inspiraban una confianza sin límites,

se disipa sin combate i se entrega a la fuga. Los valientes huían mas aprisa que los tímidos, i el desaliento nacional, al ver rotas i desbandadas aquellas lejiones que ántes eran sinónimos de victoria, se apodera de todos los corazones.

En ménos de veinte horas, el jeneral San Martin habia recorrido, despues del desastre de Cancha-Rayada, el espacio que media entre Talca i Paine, en los límites del llano de Maipo en que está situada Santiago. Quedaban en poder de los españoles artilleria, tesoro, bagajes, trenes, i mas que todo el prestigio de invencible i la moralidad del ejército patriota. San Martin huía, no ya como un jefe desgraciado, ni como un militar cobarde, sino como un ente ridículo para quien la altanera seguridad de sus primeros pasos se convertia en fanfarronada e ineptitud. ¿Qué iba a responder ante el gobierno de su patria, ante la historia i ante Chile, sobre esta derrota de Cancha-Rayada? ¿En qué venian a terminar la espedicion de los Andes, la reconquista de Chile i las amenazas a los vireyes del Perú?

A la altura de Paine venia el camino del Sur, que conduce a Santiago, lleno de una multitud polvorosa, sedienta i deshecha; San Martin, rodeado de algunos jefes i edecanes, precedia aquel tumulto de caballos jadeando de cansancio i estenuacion; pero el San Martin que ahora venia no era el que la poblacion de Santiago habia visto triunfante, erguido i placentero por la victoria de Chacabuco; era un cadáver, un reo, sobre cuya frente se diseñaban los signos de la humillacion i de la vergüenza. Un grupo de paisanos obstruia, al parecer, el camino a cierta distancia; i los veteranos del ejército de los Andes temblaban ahora al divisar grupos de paisanos. El mayor O'Brien, edecan del jeneral fujitivo, fué destacado con algunos soldados para practicar un reconocimiento. San Martin aguardó el resultado enfrente de un bodegon, donde algunos soldados asistentes apagaban la sed. Luego volvió el mayor O'Brien seguido de los paisanos, i todos formaron un solo grupo.

La fisonomía de aquel cuadro era en extremo curiosa i significativa. En torno de San Martín veíanse coroneles de diversos uniformes, cubiertos sus vestidos i charreteras de un manto de polvo: la sangre de las heridas de algunos, convertida en barro sangriento, daba solemnidad i tristeza al grupo que habían hecho risible jefes sin morriones, i negros del 8, montados en monturas sin estribos i en caballos flacos i estenuados de fatiga. Hacía esta masa inerte por la resistencia que los caballos oponían a toda tentativa de moverse, se avanzaba doña Paula Jara Quemada, seguida de sus hijos, domésticos, capataces e inquilinos en toda la pintoresca variedad de trajes de los campesinos chilenos. Montaba doña Paula Jara un hermoso caballo oscuro, que, ajitado por la presencia de tantos otros, caracoleaba con gracia al frente de ellos. Vestida como para una fiesta, acercóse al jeneral San Martín, a quien había conocido i admirado en días mas felices; i golpeándole afectuosamente el hombro, le dijo con el acento profundo del corazón: «Hemos sido desgraciados, jeneral; pero aun hai medios de defensa: vamos a triunfar.»

Omitiremos las palabras harto aliñadas que la tradición ha puesto en la boca de la dama. El sentimiento no es mui cuidadoso del jiro i pulcritud de la frase. Pero doña Paula Jara hacía caracolear su caballo como una mariposa en torno de una luz: ofrecía a sus hijos, que la seguían, i enseñaba el denso grupo de servidores fieles que solo esperaban órdenes; hablando con calor i derramando de sus ojos negros, torrente de entusiasmo, moviendo siempre su brioso caballo, ya para saludar a un valiente del ejército de los Andes, que la máscara de polvo le impedía al principio reconocer; ya para dar órdenes a los suyos a fin de procurar refresco, caballo i carne a los fujitivos; ya, en fin, para reanimar el coraje abatido de todos, con chistes, sonrisas i gracias.

La fascinación ejercida por aquella inesperada aparición de mujer, su entusiasmo, su seguridad en el triunfo final i la abne-

gacion de que daba tan altas muestras, trajeron poco a poco la serenidad a los semblantes, la esperanza al corazón ; i, por una de aquellas revoluciones frecuentes en nuestro ánimo, la derrota fué olvidado, disipóse el estupor, i por primera vez, despues de veinte horas, rieron hombres que hasta entónces reían en medio de los combates.

La derrota de Cancha-Rayada puede decirse que terminó en Paine. San Martín se detuvo allí durante cuatro horas : los que le seguían se reposaron, i el jeneral en jefe, disipadas las sombrías preocupaciones de su espíritu, dató desde Paine las primeras órdenes que impartió para la reorganizacion del ejército. El hijo mayor de doña Paula Jara recibió allí mismo el título i empleo de capitán, no obstante ser apénas un adolescente ; i su madre ayudándole i dirijiéndolo todo, los guasos que le obedecían fueron organizados en escuadrón de milicia, i cuales a recolectar caballos i ganados, cuales a cortar el valle estrecho para impedir las comunicaciones, aquella milicia improvisada hizo durante ocho días el servicio mas activo, miéntras que la hacienda de doña Paula se habia convertido en cuartel jeneral, almacén de víveres, hospital para heridos i punto de reunion, desde donde los grupos de dispersos eran remitidos en órden al campamento jeneral, i las armas reunidas en cargas, hasta que avanzando el ejército español, la heroína se replegó sobre Santiago, dejando en Maipo a manos mas fuertes que las suyas, ya que no a mas esforzados corazones, la gloriosa tarea por ella iniciada de volver la patria a la vida, despues de creérsela muerta i perdida para siempre.

En estos mismos días i poco antes que doña Paula se replegase sobre Santiago, tuvo lugar otra escena que revela el temple de alma i el gran corazón de esta mujer extraordinaria. Hallábase sentada en los corredores de las casas de su hacienda, cuando divisó de improviso una partida de soldados españoles que se dirijen hácia ella. La señora, patriota reconocida, madre de lin-

das hijas i propietaria acaudalada, se prepara para recibir a los terribles huéspedes. Era costumbre entónces hacer requisiciones de viveres, de caballos, de forrajes para la tropa, i ni la cantidad ni el título se discutian entre el que las exijia espada en mano i el que entregaba con la rabia en el corazon.

— Las llaves de la hodega, dijo el oficial por todo saludo al acercarse, y señalando un costado de los edificios.

— ¿Necesita Ud. provisiones? Las tendrá Ud. en abundancia.

— Las llaves pido.

— Las llaves no se las entregaré jamas. Nadie sino yo manda en mi casa.

Ciego de cólera, el oficial mandó a su tropa hacer fuego sobre la insolente mujer que pretendia poner coto a su voluntad soberana. Pero la escitacion habia sido reciproca; doña Paula, miéntras la tropa ejecutaba el movimiento precursor de muerte, habia avanzado desde el dintel de la puerta, i casi tocando con su pecho las carabinas tendidas horizontalmente. El oficial, desconsertado i a punto de cometer un asesinato, paseó una mirada vengativa a su alrededor, i como si hubiese encontrado venganza i castigo sin mancha para él, «incendien la casa» gritó con voz estentórea i ademan que no admitia réplica ni demora. Acertaba a encontrarse cerca del pié de la mujer indignada el tradicional brasero que mantiene el calor del agua para el mate, tan frecuentado entónces, i haciendo rodar brasas i brasero hasta los piés de los soldados atónitos, «hé ahí el fuego» replicó señalando a los que iban a buscarlo. Despues de un momento de silencio, el oficial se desahogó en amenazas, volvió la brida a su caballo, i fué-se con los suyos dejando escapar un torrente de maldiciones.

Terminada la guerra de la independenciam, en el seno de la paz o entre las agitaciones politicas, doña Paula Jara abandona la alta sociedad en que habia aparecido un dia como un metéoro luminoso, i desciende a las miserias del pueblo, tan poco sentidas i atendidas entre nosotros. El terrorismo de la guerra se

convierte para ella en una opinion permanente de caridad, que, como una fuente, derrama, durante todo el resto de su vida, socorros, auxilios, consuelos i favores sobre las partes doloridas de la sociedad, las cárceles, los presidios, la casa de correccion, los hospitales, la muchedumbre menesterosa i los mendigos.

Entre los pocos papeles que ha dejado despues de su muerte, figuran en voluminoso catálogo cartas de presidarios de Juan Fernandez, de condenados a muerte que la imploran, i de centenares de aflijidos, en las cuales i en caractéres de presidio están los vestijios de muchos de esos dramas terribles de la vida humana, tan extremos i sorprendentes, que nuestra época ha apellidado *misterios* en las grandes ciudades; pero hai un documento público que resume la vida entera de esta mujer singular. Hasta poco tiempo ántes de su fallecimiento, estaba fijado en las alcaidias de las cárceles un decreto del Presidente de la República, ordenando que estuviesen sin *excepcion alguna* abiertos los calabozos a doña Paula Jara, i comunicados todos los reos; pues en esta triste i odiosa seccion de la administracion pública, aquella mujer habia conquistado una posicion intermediaria entre el juez i el verdugo, que la lei hubo de sancionar.

Habíase apoderado de las cárceles i de todos los lugares de espiacion i de padecimiento. En la cárcel principal de Santiago tenia establecida una fiesta el 19 de cada mes, en la que, convirtiéndose en templo la mansion del crimen, se administraban auxilios a los reos, adoctrinándolos ella de antemano, y predicando con fervor i uncion delante de aquella siniestra congregacion. Celebraba ei 19 la conmemoracion de San José, el santo de su devocion, i por una coincidencia que pudiera no ser mas que un mismo suceso, dia de la derrota de Cancha-Rayada, el recuerdo mas grato a su memoria, por cuanto habia sido el orijen desgraciado de su glorioso renombre i podido servir a su patria aflijida. Los reos sentenciados a muerte quedaban desde ese momento entregados a ella, i sus cuidados, sus exhortacio-

nes i su piedad ilustrada les hacian prepararse al duro trance, si es que no podia apartar la cuchilla de la lei, pendiente sobre sus cabezas.

Entre muchos otros casos recuérdase la historia de la Caroca, mujer del pueblo, que, con detalles espantosos, habia asesinado a su marido ; i condenada a muerte, se esperaba su desembarazo, pues estaba en cinta, para llevar a cabo la ejecucion. Cuando la mujer criminal se hubo restablecido de su enfermedad, doña Paula Jara interpuso apelacion o demanda de indulto ; i tomando la criatura en sus brazos se presentó ante los jueces, cuya sensibilidad puso en tortura haciendo intencionalmente llorar al niño, miétras que sus sollozos verdaderos i espontáneos hacian imposible negar el perdon : elocuencia de madre, ardidés femeniles, baterías asestadas al corazon, a las que nadie, sin ser un monstruo, puede resistir.

Avisáronle una vez que un preso blasfemaba, i como si la cárcel se incendiaria, corrió por las calles hasta llegar al calabozo donde tamaña desgracia ocurría. El infeliz maldecía, en efecto, dando alaridos espantosos, i negándose a oír ni exhortaciones ni consuelos. Apaciguado por doña Paula, supo, i pudo verlo con sus ojos, que los grillos le habian dividido la carne de los huesos i el carcelero, implacable, se negaba á poner remedio. Una órden de la autoridad competente vino bien pronto a suspender esta brutalidad que, deshonra la ejecucion de las leyes.

En la casa de correccion de mujeres habia introducido mejoras morales de igual jénero ; i organizando entre las señoras de Santiago una suscripcion de víveres, vestidos deshecho i otras limosnas, se habia hecho la administradora de socorros ; a mas de la predicacion i la doctrina de que por largos años se constituyó en sacerdotisa. Para entregarse con mas holgura al sentimiento de caridad cristiana que prevalecia en su ánimo, tuvo muchos años compañía con el señor Vicuña, despues arzobispo de Santiago, hombre sencillo i piadoso, con quien dividia las tareas de

la administracion de ejercicios espirituales, sin escluir la prédica i la doctrina; en cuyas dos funciones sacerdotales habia doña Paula Jara adquirido talentos e instruccion que realizaban aun mas las emociones del corazon i la sensibilidad esquisita de mujer, que le envidiaban sus compañeros de trabajo.

Últimamente en sus viejos años, veíasele por las calles seguida de muchedumbre de pobres, dirigirse a la iglesia de la Merced, hacer allí coro en alta voz, volver á su casa rezando por la calle, i distribuir limosnas entre todas aquellas jentes a quienes habia reconciliado con Dios para merecerlas.

Las prácticas relijiosas i la caridad dejeneraron en hábito maquinal en sus últimos años; pasaba el dia rezando el rosario, i a las visitas importunas para sus oraciones, sin distincion de personas, salvo aquellas por quienes conservaba afecto, les alargaba una moneda de limosna indicándoles que la dejaran.

Esta abstraccion de todo sentimiento mundano no estorbaba que a la edad de ochenta i tres años se sentase por complacencia al piano i cantase con voz insegura, pero con sentimiento esquisito i rara fineza de tono, una de esas cancioncillas amorosas que caracterizan el jenio nacional de cada una de las secciones americanas.

Tales son, amables niñas, los principales rasgos de la vida de la señora doña Paula Jara Quemada de Martinez, mujer célebre por su acendrado patriotismo, caridad y demas preclaras virtudes que la adornaron. Despues de una penosa enfermedad, murió el dia 9 de setiembre de 1851, habiendo nacido, de familia noble i acaudalada. el año de 1768.

II.

Doña Agueda Monasterio de Lattapiat.

Cuando los pueblos se proponen ser libres e independientes, jamas dejarán de conseguirlo si hai entre ellos union, constancia i enerjia. Entónces se hacen animosos i valientes; soportan con gusto los trabajos mas terribles; vencen las dificultades mas insuperables i atropellan, por decirlo así, todos los riesgos i peligros de la vida. Nada los detiene i nada los arredra. Entre las bayonetas, las espadas i los cañones, ellos se lanzan a la brecha, asaltan los castillos i acometen i triunfan de sus enemigos.

Ninguna de las historias nos ofrece pruebas mas convincentes de esta verdad que la de los naturales de nuestra patria. Ellos jamas rindieron la cerviz al pesado yugo de la servidumbre española; sostuvieron cerca de dos siglos una constante lucha, queriendo antes morir a la espada i al fuego mortifero de los cañones que ser humildes esclavos. No importa que las aterrantés armas de los españoles fulminen contra ellos rayos de fuego: hieran enhorabuena sus fusiles a grandes distancias los desnudos pechos de los indios: ellos sin mas armas que su valor, union i patriotismo, acometen, asaltan i vencen muchas veces a los mas aguerridos españoles.

Intrépidos i con el mayor denuedo se presentan a pecho descubierto en los mas inminentes peligros de la guerra; i sin temor a las balas, ni a la metralla de la artillería, avanzan hasta quitar al enemigo los cañones que les ofenden, como sucedió en la batalla de Marihuenu (1554), mandada por Villagra. Ellos, en fin, sin mas estímulo que la gloria de conservar su propia libertad, supieron sostener con suma constancia i heroismo, una guerra sangrienta i esterminadora por el largo espacio de ciento ochenta i cuatro años, hasta conseguir que los mismos españoles les propusiesen la paz bajo la condicion de no reconocer el menor homenaje ni tributo para su soberano monarca.

A imitacion, pues, de los valientes toquis i esforzados guerre-ros araucanos del siglo diez i seis i diez i siete, nuestros padres, tambien chilenos, aunque descendientes de los españoles, quisieron mas bien morir que dejar de ser libres. Esta libertad ha costado a Chile muchas lágrimas i mucha sangre, e inocentes víctimas se han sacrificado por ella en las aras de la patria. Una de esas víctimas ilustres es doña Agueda Monasterio, de quien pasamos a ocuparnos.

Esta heroína chilena, mui digna de figurar al lado de la inmortal Policarpa Salavarrieta i con la cual justamente se la compara, nació en Santiago el año de 1772 ; siendo sus padres el señor don Ignacio Monasterio i la señora doña Antonia Silva, ambos de familias respetables i conocidas del reino. Su esposo, don Juan Lattapiat, descendiente de una noble familia de Francia, mui conocida en Tolon, se distinguió en la reconquista de Buenos-Aires contra los ingleses (1806) al lado del jeneral Linniers, oficial francés al servicio de España.

La señora Monasterio, como esposa de un patriota distinguido, no podia ménos que inspirarse en esos mismos sentimientos de noble patriotismo. Asi fué que tan luego que estalló la revolucion, tomó una parte activa en favor de los patriotas ; i su casa, situada en el barrio de la Chimba, se convirtió mas tarde en asilo de los comisionados que mandaba San Martin a este lado de los Andes para cerciorarse del estado de los asuntos de Chile.

Sus hijos, entre los cuales figura el valiente coronel Lattapiat, uno de los héroes de la independendencia americana i digno heredero de sus virtudes, siguiendo el ejemplo de tan ilustres projenitores, no solo han conservado con brillo el honor que les legaron aquellos, sino que han podido conquistar por sí mismos un lugar distinguido en la historia de la independendencia. Su otro hijo, el bravo i malogrado teniente primero del batallon núm. 4 del ejército libertador del Perú, murió en el campo de batalla, defendiendo heroicamente la libertad al frente del castillo de la

Independencia en el Callao ; i por cuyo hecho el baluarte de la Princesa que le hizo fuego, lleva desde entónces el nombre de *Lattapiat*.

Esta sola circunstancia, la de ser madre de dos héroes, habria hecho acreedora a la señora Monasterio a merecer bien de la patria, si sus padecimientos, su heroismo i sus servicios prestados a la causa de los independientes no hubiesen hecho de ella una segunda Policarpa.

Doña Agueda Monasterio, ántes que divulgar el secreto de los patriotas comprometidos en la revolucion que se le quería arrancar a la fuerza, prefirió morir i ser martirizada. Estaba la horca puesta para ejecutarla i al pié del suplicio debieron cortar la mano derecha a su hija doña Juana, ántes de colgar a la madre en presencia suya. Así fué la sentencia del presidente Marcó, por haberle sorprendido una comunicacion que la señora dirigia a San Martin en Mendoza.

Su hija doña Juana fué convencida de haber escrito varias veces a aquel jeneral por órden de doña Agueda. La victoria de Chacabuco (12 de febrero de 1817) libró a estas dos víctimas de ser inmoladas de un modo tan cruel i bárbaro ; pero no las libró de la muerte ; pues la señora Monasterio murió al poco tiempo a consecuencia de enfermedades contraidas en las prisiones. Don Felipe Monasterio, patriota ilustre i distinguido, fué llevado en una mula aparejada desde Santiago hasta los calabozos de Valparaiso con dos fuertes barras de grillos i esposas en las manos ; i tirado por los españoles como un fardo desde la cubierta hasta la bodega de un buque, i condenado al presidio de Juan Fernandez con otros ilustres patriotas.

Estas atrocidades cometidas por los españoles con seres tan caros al corazon de una mujer de distinguida posicion social, no disminuian en lo mas mínimo las convicciones política i los sentimientos patrióticos de la señora Monasterio ; i Marcó, convencido de esta verdad i de que nada conseguiria del carácter firme

i enérgico de su ilustre víctima, procuró hacerla morir a pausas en los calabozos de Santiago.

Pero si la señora Monasterio era notable por su acendrado patriotismo, no le era ménos por su caridad i amor maternal. Inspirada por el tierno cariño que profesaba a sus hijos, corrió a la plaza de Armas tan luego que oyó las descargas del motin de Figueroa (1º de abril de 1811), para cerciorarse de si habia sucedido algo a su hijo Francisco de Paula, niño entónces i a quien creía encontrar entre los cadáveres que, en la accion, habian quedado tirados en medio de la plaza.

Desde esa época hasta su muerte, que tuvo lugar en 1817, pocos meses despues de la entrada de San Martin a Chile, como quedaba dicho, datan los servicios prestados a su patria por esta mujer extraordinaria, por esta víctima ilustre, que habria preferido mil veces la muerte i que prefirió sufrir toda clase de tormentos ántes que descubrir los secretos que le confiaran i comprometer la causa santa de los independientes.

Los crímenes cometidos por los españoles con la señora Monasterio i su familia, esplican perfectamente el odio implacable de su hijo, el valiente coronel Lattapiat, para con aquellos. El triste recuerdo de la muerte de su idolatrada madre, causadas por ellos; las tropelias i vejámenes cometidos con sus hermanos i tios; la muerte de su hermano en el campo de batalla, unido todo esto a su valor i a la santidad de la causa que defendia, hicieron de él un héroe, i mas de una vez le tuvieron próximo a precipitarse en la via de las venganzas, como sucedió en la toma de los castillos de Valdivia (3 de febrero de 1820), donde estuvo a punto de hacer fusilar unos prisioneros de guerra, segun lo refiere Miller en el tomo 1º, páj. 298 de sus *Memorias*.

Su hijo, pues, ese brazo de fierro, ese leon de los Andes chilenos, se encargó de vengar con su valiente espada la muerte de su querida madre i los atentados cometidos con su familia por los enemigos de su patria; i a la verdad que su incansable acti-

vidad en las campañas de la guerra de la independencia, su arrojo i denuedo en los combates, unido a los esfuerzos constantes de sus bravos compañeros, nos dieron al fin la libertad de que gozamos.

Mas, ¿qué se ha hecho hasta hoi para honrar la memoria de esa heroína, de esa matrona chilena, que tal fortaleza manifestó en los trabajos i que tales hijos supo dar á la patria? ¿Cubren siquiera sus restos venerandos una modesta lápida, un monumento que recuerde a la posteridad su patriotismo i sus virtudes? I su hijo ¿ha recibido el galardón a que sus nobles hazañas le hacen justamente acreedor? ¡ Triste condicion de las cosas humanas! ¡ La madre yace olvidada, hasta el punto de habernos costado un triunfo el poder reunir unos pocos datos para formar con ellos estos breves apuntes biográficos; i el hijo, aunque respetado i venerado por todos los hombres de bien, habita una triste choza en un barrio apartado de la ciudad, pues su escasa renta no le da para mas!

III .

Doña Luisa Recabárren de Marin.

Doña Luisa Recabárren nació en la Serena, en 1777, i falleció en Santiago el 31 de mayo de 1839 a la edad de 61 años.

Fueron sus padres don Francisco de Paula Recabárren i Pardo de Figueroa, i doña Josefa Aguirre i Argandoña, descendiente por línea recta de don Francisco de Aguirre, conquistador de Cuyo.

Doña Luisa quedó huérfana a la edad de ocho a nueve años, pero felizmente bajo la guarda de sus afectuosos tios don Estanislao Recabárren, dean de la catedral de Santiago, i de su hermana doña Juana, viuda jóven de mérito distinguido i sin fami-

lia, quienes la hicieron venir pronto a su lado i la miraron siempre como a su hija más querida.

Estaba recién llegada a Santiago cuando nació una esclavita en casa de sus tíos. Llena de compasión por su suerte, la niña doña Luisa compró la libertad de esa criatura, empleando en tan noble obra cincuenta pesos, producto de unas figurillas de plata piña que el señor Subercassaux, padre del senador de este nombre, le había obsequiado al despedirse en Coquimbo como recuerdo del cariño que le dispensaba.

Una acción como ésta bastaría en cualquiera circunstancia para despertar la admiración de la persona más indiferente que la observara, pero para los tíos abría de par en par el corazón de la niña. Doña Juana Recabarren se esmeró desde entonces en completar la educación de su sobrina, i en desarrollar el jérmén de la sensibilidad, virtudes i talentos que más debían hacer la felicidad del círculo doméstico i brillar en una esfera más ancha.

La sociedad que rodeaba al dean Recabarren, compuesta de los más eminentes eclesiásticos i letrados de aquella época, entre quienes figuraban el mui agudo i ameno don Manuel Salas, el brujo don José Antonio Rojas (*brujo*, porque era tal vez el único que estaba iniciado en los secretos de la química i poseía algunos instrumentos para operar), don Juan Antonio Ovalle i don José Ignacio Campino; esa sociedad, digo, no contribuyó poco á formar en doña Luisa aquel gusto por lo sólido i bello que jamás perdió, sin que por eso se advirtiera en ella el menor tinte de afectación ni ostentación de superioridad, ni mengua alguna de la dulzura de modales característica en las coquimbanas.

Aun cuando doña Luisa no hubiera reunido, como reunía, á su belleza i gracias un buen patrimonio, el hombre de mérito que le cupo en suerte habría sido su esposo; porque un hombre de sensibilidad i entendimiento, no dominado por la ambición de riquezas ajenas, i que se reconoce con energía para labrarse a sí mismo una fortuna independiente, busca casi siempre para com-

pañera de los goces i penas de la vida un alma de su temple, o aquella en que advierte semillas fecundas de virtud i talentos que él se complaceria en cultivar. A la edad de veinte i cuatro años el doctor don Gaspar Marin, galan apasionado, entusiasta, brillante por su jenio, i afiliado ya en la carrera de las leyes, única que en esos tiempos daba entrada a los pocos honores accesibles a los americanos, cuando quizá recibia los agasajos de muchas familias o hacia palpar el corazon de una bella sensible al mérito o a la conveniencia, tuvo la felicidad de descubrir en doña Luisa mucho mas de lo que pudiera lisonjear sus aspiraciones, i la discrecion de aprovechar una oportunidad que no todos hallan, por grande que sea la diligencia con que algunos la busquen. Doña Luisa le dió su mano a la edad de diez i nueve años, i llegó a ser para él, en épocas de conflictos i tribulaciones, el ángel guardian de su familia e intereses.

La educacion de la familia bastaba para ocupar todas las horas del dia en aquellos tiempos dichosos en que ni las reyertas pesadas i descomedidas de los diarios, ni los bruscos ataques a un clero de cuya mayoría debiéramos gloriarnos, ni los rumores de sediciones imaginarias i verdaderas, ni la ópera, ni la filarmónica, ni las exigencias del lujo, turbaban el reposo doméstico ni la paz pública. La señora Recabárren se consagraba al cumplimiento de este deber con la devocion de una madre que conoce su mision santa en la tierra, i, cual la buena madre de Lamartine, imbuia en los corazones de sus hijos desde la mas tierna infancia aquella instruccion sólida en la relijion i piedad que, en el discurso de la vida, nos ahorra tantos errores i extravíos, nos libra de tantas amarguras i nos prodiga tan deliciosos consuelos. Su hijo Ventura tenia apénas seis años i ya comprendia i espli-caba el catecismo de Fleuri, ya habia estudiado el catecismo de la infancia, ya se entretenia con las *Veladas de la Quinta* i otros libros de sustanciosa instruccion, i a los nueve años meditaba el admirable discurso de Bossuet sobre la Historia Universal. Su

madre era la compañera de sus lecturas, ella la que le enseñó la historia antigua i cultivó esa memoria de bronce que hasta ahora admiramos en el hijo a pesar de las dolencias que ha experimentado ; i ella, en fin, la que sin haber recibido leccion ninguna de nadie le enseñó jeografia ántes de mandarle al colejio. ¡ Tales conocimientos eran entónces raros, mui raros ! Su hijo Ventura fué tambien el primero que introdujo en el Instituto Nacional, entre otros estudios de alta importancia, el de la jeografia i cosmografia en el año 1828 o 29 ! ¡ Tan lenta ha sido nuestra infancia. !

La señora Recabárren habia leido mucho, aunque, segun ella decia, sin órden i solo por divertirse. Mas en su conversacion se advertia una vasta i sólida instruccion en materias relijiosas, cuya discusion jamas esquivaba ; un buen conocimiento de la historia jeneral, i especialmente de la contemporánea de Europa, cuyos acontecimientos apreciaba con juicioso criterio ; i no le eran desconocidas las bellezas de la literatura francesa, cuya lengua aprendió en su juventud. Una intelijencia despejada, un jenio alegre i vivo, un escelente corazon, i la elevacion de sus ideas cuando la conversacion tomaba un carácter sério, daban a su sociedad un encanto siempre nuevo para los hombres de todas edades incapaces de envidiar la superioridad de una mujer.

Pero habia un ramo (por desgracia descuidado por muchos hasta lo presente en Chile) en que la señora Recabárren era una especialidad : la historia de la revolucion de nuestra independencia. Desde fines del siglo pasado en que solo llegaba a Valparaiso cada tres o cuatro meses un pesado buque de Cádiz que apénas traía dos docenas de cartas particulares i ¡media docena de gacetas, que bastaba para alimentar las tertulias hasta que llegase otro buque, los hombres ilustrados de aquella época se asociaban con mas frecuencia que sus egoistas sucesores, para comunicarse sus pensamientos. En esas amenas reuniones que andando el tiempo, aumentaron atractivo con los amigos colo-

boradores del señor Marin, como Vera, Camilo Henriquez, Argomedo, Mackenna i lo mas escojido de la sociedad de Santiago, se devoraban las noticias de Europa; se comentaban los progresos que la libertad hacia en los Estados Unidos, bajo las inspiraciones de Washington, Adams i Jefferson; se referian i calculaban las consecuencias de las gloriosas conquistas del jenio de la Francia, del gran Napoleon, que despues de haber estinguido la hoguera de la mas sangrienta de las revoluciones, se dedicaba con ardor a rejenerar la Europa entera i á engrandecer a espensas de ella a su país; se comparaba, en fin, el adelantamiento mas o menos rápido i prodijioso de casi todos los pueblos de Europa con el envilecimiento de nuestra metrópoli, victima de la estupidez de sus monarcas o de la ambicion de sus ministros o favoritos corruptores, i con la humillacion en que se hallaban sus colonias. La señora Recabárren tomaba parte i gozaba de estas pláticas que prepararon los acontecimientos del 18 de setiembre de 1810 con todos sus resultados ya adversos ya dichosos, i su memoria feliz los conservaba frescos con todos sus pormenores i matices, que, hasta los últimos dias de su vida, los narraba con particular gusto. Doña Luisa era un archivo viviente de nuestra revolucion.

La reconquista española verificada en octubre de 1814, obligó al señor Marin a emigrar al otro lado de los Andes, dejando sus negocios en bastante desórden por las agitaciones de la política i los azares de la guerra. Doña Luisa se sostuvo entre tanto a fuerza de economía, sin descuidar la educacion de sus hijos i sin dejar de remitir a su esposo socorros oportunos, a pesar de las dificultades de la comunicacion i de la vijilancia incensante de los recelosos españoles. Durante esa ausencia tuvo tambien que sostener un pleito penosisimo para recobrar como parte de su dote (aunque sin carta dotal de que el desinteres prescindia las mas veces), los fondos que el señor Marin habia entregado poco ántes de emigrar a un español para negociar con ellos, i

que el gobierno habia confiscado como bienes del prófugo. Ella triunfó en ese pleito. El señor Marin le encargó desde entónces la ilimitada administracion de los intereses de la familia, debiéndose en gran parte a su buen manejo el haber dejado a su muerte un regular patrimonio.

El señor Marin comunicaba a su esposa desde las provincias argentinas todás las noticias que podian interesar a los patriotas que aquí quedaron, i ella los reunia en su casa o los buscaba cautelosamente para leerles esas cartas i reanimar los espíritus abatidos. Al fin, llegó la carta mas deseada la que anunciaba que una espedicion libertadora estaba alistándose, que la comandaria el jeneral San Martin, jefe de tales i cuales prendas, con muchos interesantes pormenores que hacen sentir ahora mas que nunca la destruccion de ese documento. Todos los amigos de confianza fueron luego instruidos de su contenido, i el secreto se conservaba como el tesoro de un avaro. Pero un dia fué a visitarla su paisano el cura Garro (despues canónigo de la catedral de Santiago) i viéndole la señora Recabárren mui abatido al contemplar la melancólica perspectiva que esta ciudad ofrecia en 1816, en un momento de irreflexiva compasion, le dijo : «áuímo, amigo mio estos males tendrán pronto término, San Martin viene á libertarnos de este yugo ominoso. — ¿ Cómo, cuándo ? — Reserva, curita !..... Hé aquí la carta de Marin que nos lo asegura ».....Garro rebosó de júbilo al oír leer la carta ; i, como los gozos, así como pesares, suelen oprimir el corazon de tal manero que es preciso alijerarlo del peso, nuestro buen cura fué a consolar con la noticia a Laviña, Laviña la comunicó i su vecino Palazuelos Aldunate, i éste tuvo la lijereza de pasarla a Pisana, quien sobre la marcha la transcribió al presidente Marcó, exijiéndole caballerosamente las seguridades de que nadie seria molestado ; promesa que Marcó cumplió. Esta era tal vez la primera noticia fidedigna que el gobierno recibia de la espedicion que pronto debia alejar de la capital a sus odiosos opresores. Descubierta por la señora

Recabárren la indiscrecion de Garro, se reprendió a sí misma su importuna compasion, i quemó la carta para hacer desaparecer el cuerpo del delito.

Cuando en enero de 1817 sorprendieron los españoles la correspondencia del mui hábil cuanto infortunado Manuel Rodriguez, al fugar de Melilla, hallaron, junto con el papel en que se hablaba de la señora Recabárren como una de las personas presentes á la lectura de cierta *carta circunstanciada* de San Martin, la clave que descifraba los nombres de las personas citadas en dicha correspondencia. Nada era dudoso para el gobierno, i solo faltaba conocer los pormenores de esa carta. Marcó mandó en el acto (4 de enero de 1817) poner presa á doña Luisa, i Sau Bruno la condujo, aunque con mucho miramiento i civilidad, al monasterio de Agustinas, donde fué detenida mientaas se le procesaba, hasta que el ejército libertador entró triunfante en esta ciudad despues de la batalla de Chacabuco (12 de febrero del año citado.)

¡ Con cuánto placer recordaba la señora Recabárren esas zozobras y sufrimientos, i otros muchos padecidos por diversas personas, al conjunto de los cuales se debia en gran parte la libertad de Chile! Ah! los políticos de esa época ignoraban que las persecuciones inflaman los odios, perpetúan los rencores, i que el martirio de nuestros padres arraigaba su fe i daba nuevo vigor a sus esperanzas. « Mucho, decia, nos cuesta esta hermosa patria para que no hagamos todos el sacrificio de mantenerla *siempre libre*, i elevarla, por medio de instituciones sabias, — i por un constante amor al órden, — i por un olvido jeneroso de los errores de sus caudillos, — i por una cooperacion uniforme de todos los hombres ilustrados, — i por un patriotismo desinteresado i puro — a la altura que la Providencia le senala entre los pueblos de América. A la juventud que se levanta en un horizonte ya despejado de tempestades, toca realizar nuestras esperanzas, i hacerse digna del rico patrimonio que le entregamos, trabajando

con perseverancia i entusiasmo por el engrandecimiento de la República. »

La mujer que se ocupa de objetos serios i que alimenta su espíritu con ideas grandes, no tiene jamas tiempo para pensar en las frivolidades del lujo, ni oídos para escuchar las sugestiones de la vanidad. I por eso la señora Recabárren nunca dió entrada en su casa a esos dos enemigos de la sencillez de costumbres, única que proporciona goces verdaderos, porque están exentos de remordimientos i cuidados. Aunque cumpla con la moda se abstenia de toda superfluidad; i solo así puede concebirse que pudiera hacer las muchas limosnas que hacia con sus módicas entradas.

Aunque de un jenio vivo i pronto, no podia guardar rencor alguno: sabia reconocer una falta i olvidar con nobleza un agravio.

De seis hijos que tuvo la han sobrevivido cuatro, dos hombres i dos mujeres, que hacen honor a su memoria. Doña Mercedes Marin de Solar, la primera i mas brillante de nuestras escritoras en prosa, la mas dulce i delicada de nuestras poetisas i cuyos apuntes biográficos se leerán con gusto mas adelante, es una de ellas.

La muerte de la señora Recabárren fué conforme a su vida, resignada, religiosa i ejemplar.

IV.

Doña Rosario Rosales .

Cuando en noviembre de 1814 fueron deportados al presidio de Juan Fernandez los mas ilustres patriotas chilenos, se negó a sus hijas i esposas el permiso de consolarlos en su compañía. Una sola mujer, la señorita doña Rosario Rosales, pudo vencer las dificultades que se presentaban, i logró acompañar al autor de sus dias. Contrariando la órden espresa de éste, que temia

umentar sus propios pesares con el espectáculo de los padecimientos de aquella jóven, obtuvo a fuerza de lágrimas i ruegos, i valiéndose de la amistad de Sir Thomas Staines, comandante de la fragata de S. M. B. la *Bretona*, que el capitan de la corbeta *Sebastiana* le permitiese seguir a su padre.

Era éste el septuajenario don Juan Enrique Rosales, ciudadano benemérito i respetable, que habia llenado los primeros empleos en el país, i estaba a la sazón mui enfermo. Los desvelos de esta buena i escelente hija, asi en la navegacion como en el destierro, fueron incesantes para aliviar los padecimientos de aquel infeliz, que se habian acrecentado de resultas de una caída que le obligó a hacer cama por espacio de seis meses. Cuando ella supo la derrota de los patriotas en Rancagua (2 de octubre de 1814) fué acometida de una enfermedad de nervios que la atormentó hasta sus últimos dias; mas, a pesar de esto, insensible a sus propios males, solo se acordaba de su amado padre.

Con una solicitud infatigable, con sus propias manos labró tambien la tierra para sustentarle, i se despojó de su ropa para preservarle de la intemperie. En ranchos de paja, destechados, espuestos a las lluvias que allí caen lo mas del año, a los recios temporales que allí soplan de continuo, mal provistos de ropa, sujetos a una escasa ración de frejoles i charqui, pasaron aquellos desventurados mas de dos años con la mayor constancia, consolándose i ayudándose mutuamente; i la jóven Rosales animaba a todos con su ejemplo.

A fuerza de dinero lograron las familias de los desterrados burlar alguna vez la vijilancia del gobierno español, i remitir a aquellos, víveres i ropa; una sola escepcion hicieron los opresores, concediéndoles permiso para estraer una limitada porción de aquellos artículos, ¿Pero de que servia este permiso? Lo que no robaban los conductores lo guardaba el gobernador de la isla; i éste i aquellos, con licencia superior, los vendian despues públicamente a precios enormes.

A los dos años se incendió parte de la población de Juan Fer-

nández, i con ella el rancho que ocupaba Rosales i su virtuosa hija, i lo poco que tenían adentro para su abrigo. Reducidos a dormir a cielo raso, renovó aquel anciano los ruegos que repetidas veces habia hecho a su amada Rosario para que regresase a Santiago. «No, mi padre, contestó, la suerte de Ud. debe ser la mia. Permitame que siga acompañándole no puedo separarme de Ud.; el pensamiento solo de abandonarle me es ménos soportable que la muerte. »

Enternecido a estas palabras, accedió Rosales a sus súplicas; i continuó ella consolándole hasta que la batalla de Chacabuco (12 de febrero de 1817) puso término a tan larga serie de infortunios. La Providencia premió sus afanes. Esta escelente hija, tan digna de ser citada como modelo de amor filial i de patriotismo, estimada de todos, gozó por largo tiempo, al lado de su padre i apreciable familia, del dulce espectáculo de ver libre i feliz a su querida patria.

V.

Doña Mercedes Marin de Solar .

Esta célebre poetisa chilena nació en Santiago en 1802, siendo sus padres el doctor don José Gaspar Marin i la señora doña Luisa Recabárren, ambos de las mas nobles familias del país.

La señora Marin se distingue notablemente entre las personas de su sexo, tanto por sus talentos, como por su modestia i virtudes. A su aplicacion únicamente debe la facilidad con que sabe espresar sus pensamientos en clara i elegante prosa, i en armoniosos versos; pues, nacida con la revolucion de su país, solo alcanzó en los primeros años de su vida aquella mezquina enseñanza que se daba entónces a las personas de su sexo.

Esta señora ha resuelto, a nuestro entender, un problema difi-

cil, mostrando prácticamente cual debe ser el uso que de un espíritu cultivado debe hacer la mujer en el estado actual de nuestra sociedad. Ella estudia para educar por si misma la inteligencia de sus hijos, para comprender mejor sus deberes, i para poder recomendar con elocuencia a la juventud del bello sexo, las ventajas de la ilustracion, del saber i de la virtud.

Presidiendo una vez el acto de reparticion de premios en un colejo de señoritas, les dijo estas palabras que copiamos de los periódicos que las reprodujeron con encomio: « La historia, la literatura, las bellas artes os ofrecen sus inmensos tesoros : a todo puede elevarse vuestra inteligencia, que no cede de viveza i penetracion a la del hombre. De todo podeis gozar sin mengua de vuestras gracias naturales, i sin contrariar el destino que os ha deparado la Providencia. Pero no es mi ánimo despertar en vosotras una ambicion peligrosa : sé que el destino de la mujer es oscuro i que el camino de la gloria está para ella erizado de espinas i cubierto de precipicios : no obstante, su vida, que en gran parte forma la consagracion al deber, i una modesta sumision a conveniencias sociales, puede aun estar llena de encantos, si la sensibilidad i las luces, reunidas en proporcion, forman los elementos de su carácter La solemnidad de este acto os dejará las mas puras e indelebles impresiones. Vosotras lo recordareis con gusto cuando mas adelantadas en la vida, conozcais el precio de la inocencia i del reposo ; porque los goces de la virtud no se borran jamas i su memoria, como la de la infancia, esparce una suave i encantadora luz aun en los confines del sepulcro. »

No son comunes, modelos como el que presenta esta señora : los medios discretos empleados por ella para que se le perdonen sus talentos, i el ejercicio que ha hecho de ellos, es una leccion de que pueden aprovecharse otras personas, particulamente hoi, cuando el monopolio del saber ya no es permitido al hombre, i cuando la educacion del bello sexo entra en un camino mas luminoso i mas amplio.

Por esta razon de utilidad no trepidamos en copiar aquí parte de una carta que la señora Marin ha escrito recientemente, sin intencion de que viera la luz, i en la cual esplica, cómo se sintió llevada a cultivar las letras, i cuál es el fruto que recoge de esta dulce tarea. Dice así : « Ajena toda la vida de pretensiones al saber, solo he escrito cuando alguna fuerte emocion o alguna indispensable condescendencia me ha puesto la plume en la mano Desde mui temprano me hicieron entender mis padres que cualquiera que fuese la instruccion que yo llegase a adquirir por medio de la lectura, era necesario saber callar. Cuando empecé a reflexionar por mí misma, conocí cuán acertado era a este respecto su modo de pensar, i exajerándolo, tal vez en demasia, juzgué que una mujer literata en estos países era una clase de fenómeno extraño, a caso ridículo, i que un cultivo esmerado de la intelijencia, exijia de mí, hasta cierto punto, el sacrificio de mi felicidad personal El tiempo que me dejan libre mis ocupaciones lo empleo en leer libros útiles para la educacion de mis hijos Mis versos son como un lujo de mi vida privada i no pocas veces han contribuido a librarme de alguna fuerte impresion. »

¡ Discretas i elegantes palabras ! ¿ No muestran por si solas mas que una biografia minuciosa, la sensata moralidad i el finísimo tacto social de quien las ha escrito ?

La señora Marin vive consagrada al cuidado de su familia, i regalándonos de vez en cuando las producciones de su talento, segun selo permiten sus ocupaciones de esposa i madre. Han corrido mas de catorce años desde que se escribió sobre ella lo que precede; i desde entónces acá, se ha hecho admirar por nuevas composiciones tanto en prosa como en verso, entre las cuales no podemos dejar de citar la interesante biografia de su señor padre, una de las mejores que contiene la *Galeria Nacional de hombres célebres*, la oda al Presidente de la República don José Joaquin Pérez, i algunos magníficos sonetos que se encuentran en la tercera parte de este opúsculo.

Pero la ilustracion i las prendas del talento no son solo las ~~virtudes~~ que adornan a la señora doña Mercedes Marin ; su caridad para con el pobre, su piedad i celo por el culto relijioso, su virtud en fin, son otros tantos titulos que la hacen acreedora al respecto i veneracion de sus compatriotas. Muchas veces se le ha visto interponer su influjo a fin de mejorar la triste condicion del desgraciado ; como tambien socorrer al menesteroso i enjugar las lágrimas del que sufre.

¡ Quiera el cielo prolongar la existencia de una matrona que tanto honra a nuestra patria por sus talentos i virtudes ! (1865).

Esta mujer ilustre i gloria de las letras chilenas, ha fallecido el 21 de diciembre de 1866. Su muerte fué la de una santa. La víspera de morir dictó el siguiente soneto, que es un tierno recuerdo a una de sus hijas.

A MI HIJA MATILDE.

¡ Ultimo resplandor del claro dia
De mi felicidad, hija adorada,
Por la bondad del cielo destinada
Para ser mi consuelo i mi alegría !

De tu edad en la bella lozanía,
De gracias i virtudes adornada,
Eres flor hechicera, cultivada
Por el desvelo i la ternura mia.

Tú, el solitario hogar con tu presencia
Adornas ; mi solícito desvelo
Es la dicha formar de tu existencia.

I mientras mi plegaria sube al cielo
I en amorosa paz vives conmigo,
En lo íntimo del alma te bendigo.

El dia de su fallecimiento i ántes de recibir la absolucion papal, hizo la siguiente deprecacion, que consignamos aquí como modelo de fe católica i de buen lenguaje, recomendando a las alumnas la aprendan de memoria :

« Jesus mio, Jesus de mi alma, Jesus dueño de mi corazón, yo te suplico por tus méritos infinitos i los de la Santísima Virjen, mi buena madre, que uses conmigo de tu gran misericordia hasta el último instante de mi vida. Te ruego i te suplico, como siempre lo he hecho, por las necesidades de la Santa Iglesia Católica, mi madre, i especialmente te presento las del romano Pontífice i las de esta Iglesia de Chile, mi cara patria. Que libres este suelo de todos los errores, que me perdones todos los descuidos de mi vida respecto a mis obligaciones. Te encomiendo todos mis hijos, mi marido, mis yernos, mis nietos i todas las personas que me son queridas. Que suplas en ellos los descuidos que yo haya tenido.

« Yo perdono, como siempre he perdonado, a todos los que de cualquiera manera me hayan hecho o intentado hacer algun mal. Suple, Dios mio, respecto a las personas que me son queridas, a las que me han amado i a las que de algun modo me han favorecido, la falta de amor con que por ignorancia o descuido no les haya correspondido. Con todo mi corazón me resigno en tus manos i confío mi suerte en los brazos de la Santísima Virjen, mi buena madre. Yo te ofrezco con toda mi alma el sacrificio de mi existencia, que dispongas de mi vida, como i cuando sea tu santísima voluntad. — *Amen.* »

Las exequias que se le hicieron fueron magníficas. Una numerosa i escogida concurrencia llenaba las naves del espacioso templo de la Merced. Entre los concurrentes se notaban el señor Ministro de la Guerra, los edecanes de S. E. enviados por él, el rector de la Universidad, el almirante Blanco, muchas otras personas de reconocida suposición i las comunidades religiosas.

Un modesto pero elegante catafalco sostenia el cajon en que se encerraban los restos de la ilustre difunta. Despues de las paces de costumbre i de la misa, el acompañamiento se dirijió al cementerio jeneral, que, en obsequio de la verdad, fué numeroso i como pocos hemos visto.

En el momento de depositar en la fosa el cadáver de la finada, el señor Valderrama pronunció un elocuente discurso.

Una respetable matrona que en la carrera de las letras sigue los pasos de la señora Marin, i que bajo el seudónimo de *Una Madre* cambió con ella mas de un afectuoso i tierno soneto, ha escrito el siguiente epitafio sobre el sepulcro de su ilustre amiga :

A LA MEMORIA DE LA SEÑORA DOÑA MERCEDES MARIN DE SOLAR.

Nacida para amar, corrió su vida
Como un arroyo manso i cristalino,
I al arribar al fin de su camino
El ànjel de la fé le abrió un eden.
Dejó un ejemplo a la mujer cristiana,
A la patria el laud que fué su gloria
I a la inmortalidad una memoria
Do brilla el jenio i la virtud tambien !

Valparaiso, diciembre 17 de 1866.

(ROSARIO ORREGO DE URIBE.)

VI.

Doña Javiera Carrera de Valdez.

Esta ilustre matrona nació en la ciudad de Santiago el 1.º de marzo de 1781, i fueron sus padres don Ignacio de la Carrera i doña Francisca de Paula Verdugo, personajes que tenian en la colonia los primeros puestos sociales, por el caudal de su fortuna i los blasones de sus casas solariegas.

El primer fruto logrado de esta union, fué la mujer cuya memoria queremos arrebatarse a la ingratitud i a las preocupaciones de sus contemporáneos. Sus tres hermanos nacieron en los diez años subsiguientes.—Juan José en 1782.—José Miguel en 1785.—Luis en 1791 ; siendo de notar que el primero i menos ilustre de aquellos exhibió desde la cuna las extraordinarias facultades físicas que formaron su principal valer.

En medio del círculo escogido de hombres serios i de alto merecimiento que frecuentaban la casa de sus padres, educóse doña Javiera con gran recojimiento hasta que cumplió su edad núbil.

Era ésta, bella, recatada, opulenta, i su madre pasaba por la primera matrona de la aristocracia santiaguina. Prendóse de tantos atractivos un jóven caballero que hubo de obtener su mano. Llamábase éste don Manuel de la Lastra, hermano del jeneral patriota don Francisco.

Doña Javiera vió en breve los frutos de su ternura i de su dicha. Naciéronle dos hijos bajo el blando techo de su madre; siendo así doblemente dichosa, porque jamás hubo mas dulce sombra para la cuna de los que amamos que aquella en que fuimos amados. Pero esta dicha no debia durarle mucho tiempo: su esposo tuvo que ausentarse de Santiago, i a los pocos dias, sus tiernos hijos ya no tenian padre, pues éste moria ahogado en el rio Colorado, camino de la cordillera de los Andes.

Quedó, pues, doña Javiera viuda i con dos hijos huérfanos en aquella edad de la vida en que para muchas naturalezas delicadas brota en el pecho la primera flor o la primera espina de las ilusiones. Mas, el hado trájole un segundo esposo por el mismo rumbo en que habia perdido al primero.

Cuando sucedia la catástrofe del rio Colorado, en esta parte de la Cordillera, llegaba a Mendoza un letrado español, hombre de seso a la antigua, de noble alcurnia i que venia a Chile con el encumbrado título de asesor de la Capitanía jeneral. Era éste el doctor don Pedro Diaz Valdez, oriundo de Asturias, hombre de grandes dotes, de bondad i emparentado en la Península con personajes de alto valer, pues era primo del teniente jeneral de la real armada, don Cayetano Valdez.

• Oyó el sensible asesor la relacion que hacian los caminantes de aquel lastimoso lance, i desde aquel instante le sedujo la ilusion de elejirla por compañera i consolarla en su temprana

viudez. El destino vino en su auxilio, i al fin su sueño de Mendoza fué una realidad en Santiago. Desde el año 1800 el honorable asesor Diaz Valdez fué el pacífico i consagrado esposo de la señora Carrera, cuya desdichada edad, de deslumbrador prestigio i desgarradoras desventuras, iba ya a abrirse.

Pasaron para la señora Carrera de Diaz Valdez los primeros diez años de este siglo en la monotonía de sus deberes domésticos. A ejemplo de su madre, era al mismo tiempo mui dada a las prácticas devotas, i en sus hábitos de dama i de cristiana, se alteraban los bailes i las corridas de ejercicios.

Concluye aquí la primera faz de la existencia de la señora Carrera. Su gran prestigio, sus relaciones de familia i el predominio que ejercia en sus tres hermanos, hicieron de ella la heroína de la *Patria vieja*, como en la nueva fué la mártir.

Así, en 1810 lanzando a sus hermanos, que fueron dóciles a sus consejos, en la arena de la agitacion, se hizo un gran nombre político i casi una potencia en la República. Un año despues, empujando a aquellos i a don José Miguel, recién llegado, a los vaivenes de la rebelion, se constituyó, por el éxito de sus empresas, en una suprema autoridad, i por último en el siguiente, el año 12, que pudo llamarse con propiedad el año de los Carreras, porque imperaron entónces con todo su esplendor i todos sus extravíos, fué aquella mujer la cúspide de la revolucion i el irresistible consejo de sus promotores.

Pero si esto acusa a aquella matrona haciéndola figurar en un rol que parecia usurpado, abónala una consideracion que, al hablarse de una mujer, no debe echarse nunca en olvido; i fué ésta la abnegacion sublime con que se consagró a los suyos, cual si fuera mas que hermana, la madre i la tutora de cada uno de aquellos hombres que tuvieron tan poca ventura, i que arrancaron tantas lágrimas a los corazones que saben llorar ajenas desdichas.

Proscritos los Carreras a consecuencia de la batalla de Rancagua perdida por los patriotas (1^o i 2 de octubre de 1814),

doña Javiera, esposa de un asesor del reino i oidor honorario de su Audiencia, hombre de grandes influjos, que adoraba a su esposa con un orgullo casi insensato, i que en nada se habia comprometido contra los intereses de la metrópoli, pudo ponerla al abrigo de toda persecucion i aun colocarla a la altura social i política a que sus empleos le llamaban. Mas, la noble matrona, como ella misma decia mas tarde en la intimidad de sus congojas, no era « ni un poquito egoista, i por esto se vió envuelta en ruinas de que nadie pudo librarla. »

Siguiendo la suerte de sus hermanos, la señora Carrera trepó los Andes i se instaló en el seno de la emigracion patriota que habia encontrado asilo en Buenos-Aires, mas como madre solícita entre huérfanos hijos, que como mujer desposeida de honores i de poder. Belleza en Chile sin rival hacia pocos meses, realzada por la fortuna, la magnificencia de los puestos i la lisonja deslumbradora de los cortesanos de su gloria, todo habia cambiado ahora en derredor suyo, escepto su jeneroso i abnegado corazon. Doña Javiera era una señora que vivia en el destierro apartada de tratos sociales, modesta, laboriosa, empeñada solo en el bien de sus hermanos i del de sus leales amigos. Habitaba de prestado en casa del canónigo arjentino don Luis Bartolo Tollo, quien le devolvía ahora una jenerosa hospitalidad, que recibió de la casa de Carrera cuando se graduó en Chile en cánones; i como aquel sacerdote, tan benévolo como entusiasta, fuera pobre, la existencia de la señora, durante los dos primeros años de la emigracion (1815 i 1816), corrió en la miseria, hasta el punto de poder describirse su hogar en esa época, usando apropiadamente la lastimera espresion con que don Juan José Carrera pintaba a su hermano don José Miguel, ausente entonces en Estados Unidos, las aflicciones de su techo de proscrito. « ¡ Ya no nos queda prenda que vender, le decia, i muchos dias no comemos sino lágrimas! »

Mas no pasó mucho tiempo sin que a las amarguras de la miseria se juntasen las de las catástrofes. A mediados de 1817,

don Luis i don Juan José Carrera fueron aprehendidos en Mendoza, procesados como reos de conspiracion, sentenciados a muerte i ejecutados en la plaza pública el 8 de abril de 1818, tres dias despues de la jornada de Maipo. La infeliz señora, que habia dado mil pasos i hecho los mayores esfuerzos por salvar a sus hermanos del patibulo, supo la nueva de aquel desastre por las músicas i repiques que anunciaban al Plata la victoria de sus hijos ; porque tan grande fué la desdicha de los Carreras en el otro lado de los Andes, que el destino les arrancaba aun la parte que debia caberle del comun regocijo. Estuvo doña Javiera al perder la existencia por este suceso en que ella misma se acusaba de imprudentes insinuaciones. « Vuestra hermana, escribia á don José Miguel, el 23 de abril de 1818, un oficial extranjero que la acompañaba en Buenos-Aires, está postrada en cama i hubo momentos en que tuve pocas esperanzas de su vida. »

Pero las aflicciones de aquella desgraciada matrona iban solo a comenzar entónces. Su hermano don José Miguel, proscrito en Montevideo, meditó en los arcanos de su jenio una venganza de su sangre que fuera digna del holocausto de Mendoza ; i se lanzó a los rios i a las pampas de aquella nacion por él aborrecida, llevando en sus manos el azote de la perdicion. Su jenerosa hermana corrió en todo su infeliz suerte, quedando a la distancia i en el desamparo.

Al saberse en Buenos-Aires que don José Miguel Carrera se habia reunido al jeneral Ramirez en Entrerios, el gobierno de la ciudad arrestó a doña Javiera en su casa, poniendo dos centinelas a la puerta de su dormitorio. Desterráronla en seguida, cuando arreció la tempestad, a la Guardia de Lujan, un fuerte de la Pampa donde el rigor del clima enfermaba aun a los soldados. Despues de muchos meses fué conducida, con su salud postrada, a la villa de San José de Flores, en la vecindad de Buenos-Aires, i mas tarde encerráronla en un convento.

Como los planes de su hermano pareciesen desvanecerse, la

señora Carrera consiguió al fin su libertad ; pero apénas su su-
blevó el ejército del Alto Perú en la posta de Arequito (7 de
enero de 1820) i Carrera se incorporó en sus filas, recelosa do-
ña Javiera de nuevas vejaciones, escapóse a pié de Buenos-Ai-
res, i siguiendo la playa del rio, fué a refugiarse a bordo de una
fragata de guerra del Brasil, que estaba anclada en la emboca-
dura del riachuelo de Barracas. « Doña Javiera Carrera, escribia
el ministro de Chile Zañartu, al Director O'Higgins, el 26 de
enero de 1820, fugó, sin que se sepa a dónde, el mismo dia que
llegó la noticia de Arequito. »

Consiguió despues la infeliz proscripta navegar el rio i fué a
asilarse a Montevideo, hasta que el jenio de su hermano, en alas
de la victoria, penetró en Buenos-Aires, ciudad que habia sido,
no solo el presidio de su familia, sinó tambien el baldon de su
gloria ; i se proclamó, en la plaza pública, dictador efimero e
intruso, pero omnipotente. Voló doña Javiera a abrazarle des-
de la otra ribera del Plata ; i aquel encuentro en que ámbos
hermanos recordaron el luto de Mendoza i la gloria de sus me-
jores tiempos de prosperidad i grandeza, fué el último regocijo
i el último adios de aquellas almas que nacieron predestinadas
para el dolor.

Carrera no oyó esta vez los consejos de su hermana, deslum-
bróse con el éxito, i no solo confio ciegamente en sí propio, si-
no que entregó su causa al imprudente Alvear, que habia venido
de Montevideo. El 26 de marzo (1820), aquel jóven que tuvo
asomos de jenio, salia cabizbajo de Buenos-Aires, perseguido
con piedras por los tercios del pueblo irritado de su petulante
jactancia, miéntras Carrera le cubria la espalda con sus huestes
de chilenos. Doña Javiera logró ocultarse en casa de una jene-
rosa amiga, la señora doña Dámasa Cabezon, cuya bondad pagó
despues con usura el aprecio de los chilenos i que, tanto ésta
como sus ilustradas hermanas i su sabio padre, han jenerosa-
mente retornado, ocupando la mayor parte de su vida en la

educacion de la juventud chilena. Una carta de esta señora, escrita a don José Miguel en aquella fecha, le anunciaba que su hermana estaba salva, i que al fin habia conseguido por influjos un pasaporte para trasladarse a Montevideo.

Un dia, a últimos de setiembre de 1821, hallándose doña Javiera en esta ciudad en compañía de su jóven amigo, el escritor don Manuel José Gandarillas i otros varios, recibió lo infausta noticia de que su hermano José Miguel habia sido fusilado en Mendoza, en el mismo sitio en que aun se levantaba el vapor de la sangre de sus otros dos hermanos, el dia 4 del mes i año citado! . . .

Esta segunda catástrofe abatió de tal manera el ánimo i la salud de la señora Carrera, que durante muchos meses se desconfió de su vida. Tuvo esa enfermedad que ya ha desaparecido del mundo i que entre nosotros se recuerda solo como una tradicion «La melancolía!» Se enflaqueció su cuerpo hasta parecer un esqueleto, amoratósele el rostro, rompiéronsele los labios, perdió el cabello, i por último se agotaron sus fuerzas, hasta el punto de que su sirviente, el fiel Cornejo, la llevaba en brazos en sus peregrinaciones por las estancias de la Banda Oriental, que recorría acompañada de un médico para recobrar, a caso a pesar suyo, la salud de su físico, puesto que la del espíritu estaba para siempre perdida.

Restablecida de su enfermedad la señora Carrera, prolongó voluntariamente su destierro hasta que, derribada la administracion O'Higgins i echadas las bases de un gobierno de conciliacion i patriotismo, quedó limpia de estorbos la senda de sus desiertos hogares. Embarcóse, en consecuencia, en Montevideo, por el mes de febrero de 1824, i llegó a Valparaíso en otoño de aquel año, despues de una próspera navegacion de cuarenta y seis dias. Fueron sus compañeros de viaje el capitán don Pedro Nolasco Vidal, don Manuel José Gandarillas i su fiel Cornejo.

La señora Carrera fué recibida en Chile con grandes mues-

tras de respeto, porque aun aquellos que no olvidaban sus rencores políticos rendian el homenaje de una apropiada compasion a sus grandes infortunios. Pero doña Javiera no venia propiamente a buscar en Chile una patria, sino un hogar. Querria descubrir un sitio querido en que levantar á sus inmolados deudos un altar apartado que ella consagraria con sus recuerdos i sus lágrimas. Los hombres, como las aves, llaman pronto suyo todo suelo que les concede un nido donde abrigar su compañera i su prole, fruto i lazo de sus dichas.—Para la hermana de los tres mártires de Mendoza ese asilo, único que anhelaba su alma lastimada, era el nido de aquella feliz niñez que compartió con ellos i que ofrecia todavía sombra i sustento para sus viejos años en las selvas de San Miguel.

Apénas hubo llegado a Chile, la señora Carrera dirijióse a aquella propiedad, en la que ha vivido por un espacio de cerca de cuarenta años. Ultimamente dejó aquel lecho, que ella hizo hospitalario para todos, solo con el objeto de acercarse al cementerio.

Solo cuatro años despues de su regreso a Chile, i muerto ya su esposo (1826), el escelente i bondadoso Diaz Valdez, vemos aparecer el nombre de la señora Carrera en los acontecimientos de su patria que tenian alguna significacion política.

Pero esta única vez en que aquella mujer de corazon salió de su retiro, fué solo para pedir la espiacion de sus compatriotas sobre los manes de sus deudos. Todos saben las pomposas exequias que se hicieron á los restos de los Carreras, conducido desde Mendoza por una comision de chilenos autorizada por lei del Congreso nacional. Tuvo lugar aquella ceremonia el 14 de junio de 1828, durante la administracion del jeneral Pinto, a quien la señora Carrera contó, desde su infancia, entre sus mas leales amigos.

Desde aquel dia fúnebre, doña Javiera Carrera creyó dejar cumplida la mision que el amor de sus hermanos i el entusiasmo

de su carácter le habia impuesto, desde los primeros dias de la revolucion. Estaban ya devueltas al suelo de Chile aquellas cenizas para ella tan queridas, i se habia lavado con lágrimas de todo un pueblo la afrenta del patíbulo!

Alejóse, en consecuencia, la señora Carrera, i ya de una manera irrevocable, de todo contacto con la cosa pública de su patria, i desde aquel momento su existencia de mujer no ofrece otras novedades que las que podian caberle en las consideraciones sociales que eran debidas a su rango, a su cultura i a sus infortunios. La loza que habia cerrado la tumba de sus hermanos, cabada en el suelo de sus mayores, sepultó tambien el rol histórico de la señora Carrera.

Tuvo ésta verdaderamente las dos mayores virtudes de su sexo : la resignacion en Dios i la abnegacion de sí propia en las congojas de la vida. Podrá acusársele de haber amado demasiado, pero no de ninguna culpa de egoismo, que es la negacion de todo amor.

En su retiro de San Miguel, la señora Carrera volvió a dar muestras de las altas prendas de su organizacion, que el infortunio, lejos de gastar, habia hecho mas finas. Gustaba rodearse de hombres que descollaran su intelijencia o su saber, sin que jamas se fijara en su posicion política. Vera, Gandarillas, Bello, Mora fueron mas de una vez sus huéspedes en su mansion de campo, que ella abria, a ejemplo de su madre, a todos los extranjeros de distincion.

La señora Carrera se alejó de sus gratos jardines de San Miguel, que ella cultivaba con sus propias manos, solo para prepararse cristianamente al viaje de la eternidad. Admira su ternura, no ménos que su incontrastable entereza delante de la muerte. Nombró albaceas que hicieran inventarios póstumos de sus bienes; pero ella hizo solo lo que podria llamarse el inventario de su corazon. Repasó en su memoria todas sus afeciones, hasta las mas pequeñas, para enviar a cada una una palabra de adios; i no olvidó siquiera los compromisos de so-

ciudad, ni aun los encargos caseros mas triviales, porque desde su lecho de muerte ordenó se comprara con anticipacion el luto de su servidumbre. Menos se ha olvidado de los pobres, de quienes fué jenerosa protectora, gastando en deberes de familia i en obras de caridad mas de lo que le producian sus rentas; porque la señora Carrera tuvo, no solo la virtud reflexiva de la jenerosidad, sino sus mas sublimes i espontáneos arranques. Despues de la batalla de Lircay, muchos de los beneméritos jefes que habian militado bajo las banderas de sus hermanos, comieron por ella el pan de la persecucion, que hacia llegar á sus familias con las mas delicadas precauciones. Sabiendo la pobreza de las monjas Trinitarias de Concepcion, les hizo una cuantiosa limosna, sin duda con ocasion del terremoto que en 1835 asoló a aquella poblacion; por lo cual aquellas buenas relijiosas le dedicaron una novena de la «Santísima Trinidad», que corre impresa, i en la que, ofreciéndole el sufragio de sus constantes oraciones, la llaman «su insigne bienhechora.» Tambien dejó en su testamento una fuerte cantidad para mandas piadosas i secretas.

Los últimos momentos de la señora Carrera pertenecieron a su espíritu identificado con la creacion a que iba a volver. Dábanle nieve para calmar su agonía, i ella exclamaba, admirándose de aquel obsequio hecho ya a un cadáver, «que el Salvador del mundo tuvo como ella sed, i le dieron hiel i vinagre.» Olvidaba la mártir de la historia, que ella habia apurado ya en su caliz todas las amarguras de la tierra, por lo que su alma estaba de antemano purificada i restituida a su primer orijen.....

El dia 20 de agosto de 1862, a las doce de la noche, la ilustre matrona, cuyas virtudes e infortunios han hecho tan célebre su nombre, entregó su alma al Criador, i sus exequias fueron dignas de su alto merecimiento.

A LA SEÑORA DOÑA JAVIERA CARRERA.

¡Nació para sufrir!... El hado insano
Probó su esfuerzo con amargas penas,
I al par de sus desgracias, las ajenas
Soportar supo con valor cristiano.

Sintiendo rebullir desde temprano
La sangre de los héroes en sus venas,
Del despotismo odiando las cadenas,
Guerra juróle al invasor hispano.

I siempre noble, jenerosa i fuerte
Sufriendo de la Patria la desgracia
O celebrando su temprana gloria ;

Nunca su jenio doblegó la suerte,
Antes por su alma i varonil audacia
Dejó renombre en la chilena historia!

Marzo de 1867.

(J. A. S.)

VII.

Doña Antonia Salas de Errázuriz.

Voi a referiros, amables niñas, algunos rasgos de la interesante vida de la señora doña Antonia Salas de Errázuriz. Leedlos con mucha atencion, porque en ellos encontrareis nobles i virtuosos ejemplos que imitar.

Esta ilustre matrona nació en Santiago el 13 de junio de 1788, i fueron sus pabres el célebre filántropo don Manuel de Salas i Corvalan, i la señora doña Manuela Palazuelos i Aldunate, ambos pertenecientes a la mas encumbrada aristocracia colonial.

Dotada la señora Salas de Errázuriz de un jenio alegre i festivo, se le vió, desde sus mas tiernos años, ser la compañera inseparable de su caritativo padre, ya en sus diarias visitas al hospicio, de que éste fué fundador, ya a las cárceles i presidios, llevando muchas veces en sus tiernos brazos el vestido que debia cubrir la desnudez del necesitado.

Tal fué su vida hasta el año de 1809 en que contrajo matrimonio con el señor don Isidoro Errázuriz Aldunate. Con el ejemplo del padre, los sentimientos de caridad habian echado hondas raices en el corazon de la hija, quien, en lo sucesivo, no debia ya vivir sino para los pobres. En efecto, sus deberes de esposa i madre no le impidieron jamás el practicar la caridad, i nunca el menesteroso golpeó sus puertas sin que encontrara el socorro de sus necesidades en cuanto los recursos de la señora se lo permitian.

Inspirada en las ideas de libertad que jermaban en su corazon i que hicieron de su señor padre i esposo unos de los primeros mártires de nuestra independenciam, la señora Salas de Errázuriz se portó como una gran patriota i una gran matrona. Su entereza i su resignacion no la abandonaron un momento en aquella época aciaga. No se le oyó una sola queja por los sufrimientos que le causaba el destierro a Juan Fernandez de su anciano padre i de su esposo; ántes al contrario, animosa i resignada, se ocupaba, ya en buscar recursos para cubrir las fuertes contribuciones que les imponia el gobierno español, ya en mandar víveres á los desterrados, ya en adquirir noticias que poder comunicarles i que pudiesen consolarlos en su destierro, i para lo cual tenia que burlar la vijilancia del gobierno por mil ingeniosos medios, hasta que, con la victoria de Chacabuco (12 de febrero de 1817), volvieron aquellos de su destierro.

En los años de 1819 i 20 desarrollóse con gran rapidez la viruela, tanto mas temible entónces cuanto ménos conocidos eran los medios de curarla; diezaba la poblacion i esparcia por todas partes el llanto i el terror. La señora Salas de Errázuriz,

residente en esa época en su chacra de San Rafael, situada en el llano, lejos de huir de la epidemia, se preparó para combatirla; i al saber que en un mal rancho yacia abandonada la familia Leiva, compuesta de cinco personas todas atacadas de la viruela, corrió presurosa i la hizo conducir a las casas de la chacra; pero no habiendo piezas aisladas en que colocarla, la estableció en la inmediata a la que servia de dormitorio a sus hijos, sin otra separacion que una débil puerta. A esta familia se agregaron pronto dos apestados mas que se encontraron abandonados en un potrero; i todos ellos tuvieron la suerte de recobrar la salud, merced a la asistencia, cuidados i desvelos de la señora Salas.

Hé aquí, amables niñas, entre otros muchos, el noble i valeroso ejemplo de abnegacion i de caridad que nos ha legado esta ilustre matrona. Ella espuso su vida i la de su familia por salvar la de siete infelices; ella no temia a la muerte cuando servia a Dios o a sus pobres.

Contenta i feliz vivia la señora Salas de Errázuriz, rodeada de sus hijos i esposo, cuando el 19 de noviembre de 1822 acaeció el gran terremoto que asoló la mayor parte del país i que sepultó bajo los escombros de las casas de Popeta a un hijo querido i parte de su servicio doméstico. Parecia natural que tan rudo golpe arrancase quejas a su corazon; pero la virtuosa señora, con una resignacion i una conformidad que solo Dios puede dar, vió a su tierno hijo exhalar en sus brazos el último suspiro, del mismo modo que a la fiel sirvienta que, a la misma hora, moria también a su lado. Su cuerpo cedió al fin a tanto dolor, i fué atacada de una grave enfermedad que amenazó sus dias i que la postró en cama durante ocho meses.

Restablecida apenas de esta enfermedad, la mujer caritativa continuó practicando sus buenas obras: su casa se convirtió muchas veces en hospital, donde se curaba al enfermo i desvalido, como sucedió en diciembre de 1829 despues de la accion de Ochagavía. Sin atender a las opiniones politicas de los que combatian, la señora Salas recojió del campo de batalla su pri-

mera víctima, la hizo conducir a su casa i la salvó de la muerte curándole una gravísima herida.

Desde 1833 las desgracias domésticas persiguieron sin cesar a la señora Salas de Errázuriz: la muerte de su amante esposo i de varios de sus hijos postráronla nuevamente en cama i agotaron al fin sus fuerzas debilitadas. Restablecida completamente de su enfermedad, volvió de nuevo a su tarea favorita de hacer el bien i de servir a la humanidad que padece.

A consecuencia de la batalla de Longomilla (8 de diciembre de 1851), de triste memoria, centenares de heridos jerman en los hospitales de Talca; la señora Salas de Errázuriz intentó trasladarse a aquella ciudad; pero no permitiéndoselo sus fuerzas ni su edad avanzada, mandó a sus hijas para que hiciesen sus veces, quedando ella encargada de recojer los auxilios que el pueblo de Santiago podia proporcionarle.

Los hospitales, el hospicio i casa de huérfanos se encontraban en aquella época en un estado miserable, a pesar de los esfuerzos de algunas almas caritativas por levantarlos de su postracion; pero esta dicha solo estaba reservada a la señora Salas de Errázuriz, tal vez como un premio que la Divina Providencia le concedia. Tambien a su empeño es debido el establecimiento de la *Sociedad de beneficencia de señoras* que tuvo lugar en julio de 1852 i que ha producido tantos frutos para el alivio del indigente. Esa *Sociedad* recordará siempre el celo con que la señora Salas de Errázuriz supo impulsar sus trabajos, la actividad i vigor de aquella alma caritativa, que, sobreponiéndose a sus dolencias físicas i a la fatiga de los años, acudió siempre al clamor del necesitado i elevó su voz por todos los que sufrían.

Distribuido el cuidado de los establecimientos de beneficencia entre varias señoras socias, a fin de acudir mejor al remedio de sus necesidades, mui luego se notó en ellos, i especialmente en los hospitales, una transformacion completa: sus salones, que por falta de ventilacion i aseo no eran propios para seres huma-

nos, se convirtieron pronto en aseados i ventilados ; i una curacion esmerada i alimentos bien preparados, disminuyeron el número de las victimas. Los facultativos redoblaron tambien sus esfuerzos al ver que sus trabajos obtenian escelentes resultados.

La esperiencia que la *Sociedad* habia adquirido en el ejercicio de sus deberes, le hizo notar la falta de una clase de obstetricia, que hacia tiempo se habia suprimido ; i con el objeto de remediar este mal, se dirijió i obtuvo del Supremo Gobierno que se volviese a establecer ; i gracias a esa clase, existen hoi hábiles matronas en los principales pueblos de la República.

Pero los cuidados i atenciones de la señora Salas de Errázuriz no se limitaban solamente a los establecimientos de beneficencia de Santiago ; pues, en cuanto se lo permitian los recursos con que contaba, estendia tambien su mano jenerosa a los de las provincias. El administrador del hospital de Ancud solicitó algunos auxilios de la señora, i obtuvo de la *Sociedad* para aquel establecimiento veinticinco camas, gran cantidad de ropa i algun dinero. El empleado de igual clase del hospital de San Fernando pidió tambien algunos socorro á la *Sociedad*, i la señora Salas no trepidó en constituirse en su ajente a fin de conseguirlo.

Las mejoras introducidas en los establecimientos de beneficencia no satisfacian aun todas las aspiraciones de la *Sociedad* que presidia la señora Salas de Errázuriz ; pues los oficios de enfermeras, roperas, etc., eran desempeñados por personas asalariadas que no cumplan sus deberes con la exactitud debida ; i para llenar este vacío, trabajó la *Sociedad*, impulsada por su presidenta, en hacer venir a Chile las dignas i venerables hijas del mas santo de los santos San Vicente de Paul, las *Hermanas de caridad*, que tan bellos frutos han dado i están dando, ya en el cuidado de los hospitales i demas casas de beneficencia, ya en la educacion de la juventud menesterosa.

Atendidos ya los hospitales i demas establecimientos de bene-

ficencia, satisfechas ya casi todas sus necesidades, faltaba aun preservar a la huérfana abandonada de los riesgos que corre en su juventud ; faltaba aun arrancar del crimen a las víctimas que enjendran las malas pasiones, para convertirlas en miembros útiles a la sociedad. Para conseguir tan santo propósito, la señora Salas de Errázuriz propuso en setiembre de 1858 i la *Sociedad de beneficencia* aceptó i emprendió la fundacion de la Casa del *Buen Pastor*, que pronto principió a dar los mas sazonados frutos, ya educando a la tierna i desemparada niña, ya recojiendo a la mujer de mala vida, quien, gracias a los cuidados de la casa, se convierte muchas veces en una buena madre de familia, o por lo ménos en una nueva Magdalena.

Esta sola institucion de caridad haria el mas alto elojio de la señora Salas de Errázuriz, si no la hubiésemos visto tomar parte en todas las que hemos mencionado ; pues es mui raro el establecimiento de beneficencia que no tenga para con ella una deuda de gratitud. Las escuelas de niñas pobres i el *Asilo del Salvador*, de que no hemos hablado en las líneas precedentes, fueron tambien el objeto de sus maternales cuidados.

En cuanto a su instruccion, la señora Salas de Errázuriz, aunque nacida i educada en la época del coloniaje, no era una mujer vulgar : habia leído mucho ; hablaba el francés, traducía el inglés i escribía su propio idioma con bastante correccion, como lo comprueban algunas actas que, escritas de su puño i letra, han quedado en los libros de la *Sociedad de beneficencia*, de que fué su presidenta i su mas activo i laborioso miembro.

Los años i trabajos que habia sufrido agotaron al fin sus debilitadas fuerzas, i una fuerte fiebre amenazó su existencia el 7 de noviembre último ; la enfermedad continuó tomando cada dia mas cuerpo, hasta que la madre de los pobres se preparó para llenar sus últimos deberes. Sus parientes i amigos rodearon su lecho ; i en medio de sus dolencias se le oía elevar votos al cielo por los establecimientos que le debiau su existencia, i mui espe-

cialmente por el monasterio del *Buen Pastor*. La fiebre se hizo mas intensa, la debilidad llegó a su último grado, i la ilustre enferma entregó su alma al Criador, el dia 8 de enero del presente año (1867), despues de dos meses de cama, empleados en ejercicios piadosos i en consolar a sus aflijidos deudos i amigos.

Al siguiente dia tuvieron lugar las exequias celebradas por su alma. Por una gracia especial, el señor Ministro del Culto accedió a los deseos de las monjas del *Buen Pastor*, de conservar en su propio cementerio los preciosos restos de la que fué fundidora de ese monasterio, i que consagró todos los momentos de su vida, hasta sus últimos instantes, al bien del pobre i al alivio del desgraciado. Colocado el cadáver en el centro de la capilla, rodeado de numerosos deudos i amigos, entonaron las monjas en coro las preces que la Iglesia eleva en tales casos por el descanso de los que fueron. A las doce regresaba el acompañamiento, i las oraciones de las monjas continuaron por toda la noche. En la mañana siguiente se continuaron los oficios en medio de una numerosa concurrencia de parientes i amigos de la finada. El servicio fúnebre fué dirigido por el señor prebendado Parreño i oficiado por toda la comunidad. Concluida la misa, el señor cañónigo Martínez Gárfias, justo apreciador de las grandes virtudes de la señora Salas de Errázuriz, pronunció, en tono comovido, un sentido discurso que hizo derramar mas de una lágrima. El orador pintó con breves pero elocuentes palabras los rasgos mas notables de la vida de tan ilustre i virtuosa matrona.

Tal, queridas niñas, ha sido la vida i tal la muerte de la señora doña Antonia Salas de Errázuriz, mujer notable por su cuna, notable por su ilustracion i notable por sus grandes virtudes cívicas i evanjélicas.

EN LA SEPULTURA DE LA SEÑORA DOÑA ANTONIA SALAS DE
ERRAZURIZ.

Manda el Señor sobre la tierra oscura

En ausencia del sol, a las estrellas ;
I a sus almas mas nobles i mas bellas
A consolar la humana desventura.

Néctar de amor de májica dulzura
Nos brindan al oir nuestras querellas :
Los huérfanos, las viudas, las doncellas,
Son el iman feliz de su ternura.

Do quiera haciendo el bien cruzan el suelo ;
I, desdeñando sus mentidas galas,
La modestia las cubre con su velo.

Un día llega al fin. . . . baten sus alas. . . .
Se despiden del mundo i van al cielo. . . .
Tal el destino fué de ANTONIA SALAS.

Marzo de 1867.

FIDEL PALACIOS.

—
ANTONIA SALAS DE ERRAZURIZ.

La caridad sublime, hija del cielo,
Formó su corazón desde la cuna,
I fueron sus acciones una a una
Actos de abnegacion i de consuelo.

Sirviendo con solícito desvelo
A cuantos contristaba la fortuna
Siempre su accion heróica i oportuna
Supo calmar del infeliz el duelo.

Madre del pobre cariñosa i tierna,
Con la eficacia del amor mas vivo,
Supo, sembrando el bien hacerce eterna.

Pues do la Caridad tienda sus alas
I la miseria encuentra un lenitivo,
El alma allí estará de ANTONIA SALAS.

Marzo de 1867.

J. A. S.

VIII.

Doña María Cornelia Olivares.

La guerra de la independencia americana fué mui fecunda en hechos heróicos de todo jénero, no solo de parte de sus valerosos hijos, sino tambien de sus ilustres matronas. Entre la multitud de acciones interesantes que hermosean aquella gloriosa época, es difícil elejir. Aun ántes de que las colonias españolas en América tratasen de sacudir el omnioso yugo que las oprimia, se presentó a las bellas arjentinas una oportunidad de señalar su consagracion al país de su nacimiento. La invasion de Buenos Aires por los ingleses en 1806 desenvolvió en ellas el jérmen de esta virtud. «Mujer hubo, dice el doctor Fúnes, cuyo postrer adios fuè decir à su marido: *«No creo que te muestres cobarde; pero si por desgracia huyes, busca otra casa donde te reciban.»* No satisfechas con exhortar i animar a los hombres a la resistencia, se precipitaban en medio de la carnicería del campo de batalla; distinguiéndose entre todas doña Manuela Pedraza, que fué premiada por su heroicidad con el grado de teniente.

Mas tarde, cuando Buenos Aires rompió las cadenas que la ligaban a la península, las madres escitaban a sus hijos, las hermanas a los hermanos, las esposas a los esposos, para que arros-trasen los peligros i sostuviesen la independencia.

En Bolivia se hizo notar por su acendrado patriotismo, entre otras muchas señoras, doña Mercedes Tapia, chuquisaqueña; hermosa jóven que sufrió con santa resignacion los mayores vejámenes i que espiró de puro gozo cuando recibió la noticia de la victoria ganada por los patriotas en Salta (20 de febrero de 1813).

Entre las hijas de Venezuela distinguióse notablemente la señora doña Josefa Palacios, viuda del benemérito jeneral don José Félix Rivas, la cual se condenó a un ostracismo voluntario

durante todo el tiempo que permaneció su patria en poder de los enemigos, no obstante las reiteradas instancias del mismo jeneral Morillo para que abandonase su destierro, i a cuyos comisionados siempre contestó la señora: « Digan vds. a su jeneral que Josefa Palacios no abandonará este lugar miéntras que su patria sea esclava; no lo abandonará sino cuando los suyos vengan a anunciarle que es libre i la saquen de él. »

Doña Juana Antonia Padron, madre de los célebres jenerales colombianos don Mariano i don Tomás Montilla, cuyo adios a sus hijos cuando iban a partir en defensa de la patria, lo recordará siempre la historia: *No hai que comparecer en mi presencia*, les dijo, *si no volveis victoriosos.* »

Esta señora se hizo igualmente notable.

De las margariteñas doña Luisa Cáceres, esposa del jeneral patriota Arizmendi, linda jóven de diez i nueve años de edad, prefirió los mas crueles padecimientos i ser enviada á España bajo *partida de registro*, ántes de escribir a su marido aconsejándole traicionar la causa de los patriotas como lo pretendian sus opresores. Insurreccionada la isla i siendo corto el número de hombres, las margariteñas vinieron en su auxilio; i llegó a tal grado su patriotismo, que no solo hacian centinelas de noche para que aquellos pudiesen descansar, sino que se adiestraron tambien en cargar i disparar los cañones.

Entre las granadinas, la sombra de una víctima ilustre sale de la tumba para escitar la admiracion de todas las edades: es la de la virtuosa, la inmortal POLICARPA SALABARRIETA, que supo arrostrar, con semblante sereno i tranquilo, los suplicios i la muerte misma. La historia refiere que cuando esta mujer verdaderamente extraordinaria caminaba al fatal lugar donde debía ser sacrificada, exhortó al pueblo, que lloraba desconsolado i triste, del modo mas enérgico. « *No lloreis por mi*, les dice, *llorad por la esclavitud i opresion de vuestros abatidos compatriotas: sirvaos de ejemplo mi destino; levantaos i resistid los ultrajes que sufris con tanta injusticia.* » Llegada al patíbulo, pi-

dió un vaso de agua , mas observando que era un español quien se lo traía, se negó á admitirlo diciendo : « *Ni un vaso de agua quiero deber a un enemigo de mi patria.* » Un momento ántes de darse la señal de la ejecucion se vuelve á sus crueles verdugos, i con espíritu tranquilo exclamó : « *Asesinos, temblad al coronar vuestro atentado : pronto vendrá quien venga mi muerte.* Tu prediccion se cumplió, ilustre granadina.

Pero volvamos los ojos a nuestro querido Chile. Nosotros no tenemos que envidiar los sentimientos patrióticos de las mujeres de otros paises. Para demostrarlo, ahí están, entre otros muchos, los nombres venerandos de Paula Jara, Agueda Monasterio, Javiera Carrera, Luisa Recabárren, Rosario Rosales i el que encabeza estas líneas, del cual pasamos a ocuparnos.

Doña María Cornelia de Olivares vivia en Chile en 1817. Pocos dias ántes de la batalla de Chacabuco (12 de Febrero del año citado), el gobernador realista de aquel pueblo perpetró un hecho atroz en la persona de esta señora, que se distinguia por su amor patrio. Sabido es que en concepto de los tiranos no podia haber mayor delito. Sin embargo, contenidos por el temor de la influencia que tenia la familia de aquella señora, en razon de sus muchos parientes i de su fortuna, se contentaron por algun tiempo con perseguirla ocultamente. Mas al fin se sobrepuso el despotismo agonizante a toda consideracion. Cuando se supo en Chillan que los libertadores estaban salvando los Andes, no le fué posible a la patriota Olivares reprimir su entusiasmo. En medio de los enemigos, irritados mas que nunca por la tentativa de los independientes, tuvo ella valor de pronunciar públicamente sus sentimientos, sus deseos i esperanzas, i de pronosticar el glorioso éxito que a los pocos dias logró aquella expedicion en la cuesta de Chacabuco. Entónces la apricionaron, le rasparon el cabello i las cejas i la tuvieron espuesta en Chillan a la verguenza pública desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde, cuyos ultrajes sufrió con inalterable firmeza de ánimo. Su heroicidad fué premiada por el gobierno de O'Higgins,

el cual, en decreto de 2 de diciembre de 1848, declaró a doña Maria Cornelia Olivares « *una de las ciudadanas mas beneméritas del Estado* », en atencion a sus sobresalientes virtudes cívicas.

I nosotros ¿qué hemos hecho para conservar la memoria de esa heroica chilena? ¿Se ha dado siquiera su venerable nombre a alguna de las calle ó paseo públicos de la ciudad en que vivió? Tenemos pueblos i calles que llevan el nombre de individuos que ningun sacrificio han hecho en obsequio de la patria i a quienes nada debe su independendencia; i no tonemos ni pueblos, ni calles que se llamen *Las-Heras, Rodriguez, Infante, Argomedo, Agueda Monasterio, Cornelia Olivares, & &*.

IX.

Doña Maria Sanchez de Mandeville.

Vais a leer queridas niñas, algunos razgos biográficos de la ¡ilustre matrona, Dona Maria S. de Mandeville a quien muchas de vosotras habreis conocido, i cuya muerte ha cubierto de luto a la culta sociedad de Buenos-Aires que le era deudora de grandes i relevantes servicios.

De todas las mujeres célebres de Sud América, cuya vida se bosqueja en este opúsculo, no hai una sola que merezca ser conocida de vosotras como la de la Sra. Sanchez, que consagró su juventud i su vida toda a las nobles tareas de la caridad, sobresaliendo por sus esfuerzos en favor de la educacion del pueblo.—Leed, pues, con mucha atencion las líneas que consagramos a esta magnánima arjentina, i quiera Dios, niñas educandas, que los ejemplos de virtud i abnegacion jenerosa que notareis a cada paso, se graven en vuestros infantiles corazones, encontrando un eco en vuestras almas, i despertando en ellas el deseo de imitarlos.

No nos es posible determinar fijamente la época del nacimiento de la Sra. Sanchez, solo sabemos que nació dotado de una inteligencia superior, cuando la República Arjentina era todavia colonia de los reyes de España, i que, a pesar de que la oscuridad de su siglo aprisionaba su imaginacion, ella presintió los grandes destinos de su patria en medio de la esclavitud a que estaba condenada.

La defensa de Buenos Aires en 1806 en que fué invadida por un ejército inglés, que por sorpresa se apoderó de la capital, i que tanto en esta vez como en 1807, en que repitió su intento, fué obligado a rendirse ante el denuedo de los hijos del Plata, este suceso decimos i la revolucion de la Independencia, que estalló el 25 de Mayo de 1810, colocaron a la Señora Sanchez en el camino que debia ilustrarla ante sus compatriotas.

Ligada por los vínculos de la sangre o de la amistad a los héroes de la independencia arjentina, no tardó en empaparse en sus doctrinas, asociándose en las mismas aspiraciones por el porvenir de su patria, adquiriendo esa fuerza de voluntad que inspira la conciencia del deber i de la justicia. El alma bien templada de la Sra. Sauchez llevó mas de una vez una palabra de aliento, de fé i de esperanza a los que jenerosamente echaron sobre sus hombros la responsabilidad de lucha tan jigantezca; lucha que hizo resonar el nombre arjentino de un ángulo a otro de la América, e hizo que el nombre de sus próceres se inscribiese en las glorias nacionales de todas las Repúblicas del Continente.

Conquistada la libertad del pueblo i la independencia de la Nacion, se emprendió la obra de su organizacion, i como base de ella, se abrió el cimiento de la escuela. El ilustre D. Bernardino Rivadavia, penetrándose de la elevacion de miras de la noble jóven, la inició en la idea de formar una Sociedad, en cuyas manos maternas queria depositar la educacion de la mujer, descuidada por el gobierno colonial. Asociada a él i a las damas mas distinguidas de su época, comenzó la fecunda

tarea de difundir la enseñanza primaria; de mejorar sus métodos i de fundar escuelas adaptadas a las necesidades de los nuevos tiempos. — A esta tarea agregó la Sociedad de Beneficencia, la de dirigir los Hospitales de Mujeres, i fundar asilos de Huérfanos, de expósitos y de dementes.

La señora Sanchez llevó su continjente a todos los lugares en que era reclamado su poderoso auxilio. Ella introdujo en las nuevas escuelas el sistema Lancaster, que era entónces el mas adelantado. Ella fundó tambien las primeras escuelas de niñas en la campaña. Para obtener los libros i útiles de aquel sistema i establecer la primera escuela de párbulos, puso a contribucion su bolsillo i el de sus amigos; para realizar lo segundo, emprendió penosos viajes por los intransitables caminos de nuestros campos, llevando con sus hijos los enseres necesarios para los establecimientos que iba a fundar.

¡Sublime ejemplo de caridad i de excelso patriotismo!

Si alguna vez se escribe la historia de nuestras escuelas, será una página curiosa i digna de estudio, aquella en que estén consignados los esfuerzos que tuvieron que realizar sus fundadores, para obtener maestros que enseñaran a leer, i los útiles necesarios para conseguir este resultado.

Ninguna contrariedad detuvo a la señora Sanchez de Man-deville, que sacaba fuerzas de esta lucha diaria, para continuar su obra. Alentada por la esperanza de alcanzar dias mejores, ella infundia confianza a sus dignas compañeras; empero un obstáculo vino a interponerse en su camino durante veinte años. Don Juan Manuel Rosas destruyó la obra de Rivadavia, i detuvo el paso de las santas mujeres. Durante esa época de luto e ignominia, la Sra. Sanchez trabajó en silencio, formando parte de las que supieron guardar intacto el honor del nombre argentino. El corazon de nuestras matronas fué el arca en que se salvó la dignidad nacional en Buenos-Aires: el pecho de los proscritos la conservó sin mengua en las plazas del extranjero.

Sin los poetas que despertaban de tiempo en tiempo al pueblo que dormía entre cadenas, cantando como Jeremías sobre las ruinas de la patria; sin las mujeres que alentaban a sus hijos para el sacrificio, como la madre de los Macabeos a los suyos; sin la lucha del sentimiento de lo noble i de lo bello, con lo deforme i lo bárbaro, la tiranía estaría hoy de pié, i a nosotros no nos sería dado honrar la memoria de los buenos.

Caido Rosas, la Sociedad de Beneficencia volvió a organizarse i a funcionar como en sus mejores días. Los veinte años que la tiranía ensangrentó al país, solo habían sido para ella un receso.—Presididas las damas que la compusieron por el espíritu de su fundador, i llevando en su seno algunas de las reliquias de los antiguos tiempos, comenzaron sus trabajos. Nuestra ilustre matrona no abandonó, a pesar de sus años, su puesto de honor.

Los hospitales que aquella ha formado, los asilos que ha erijido i las escuelas que ha fundado, han contado con el apoyo eficaz de esta Señora, que pertenecía al número de aquellos buenos servidores de sus hermanos, que no descansan de sus nobles fatigas, sino en el seno helado de la tumba.

Ahora, hé aquí lo que sobre el trato privado de esta benemérita Señora escriba a su muerte un admirador de sus virtudes:

« El trato familiar de la señora Mandeville, su conversacion, espiritual, variada e instructiva, revelaban la juventud i el frescor de sus ideas, el comercio con los libros i la aspiracion estraña en la ancianidad de continuar desarrollando sus fuerzas intelectuales, a pesar de los años de la vida fatigosa que soportaba.

« Si alguna persona de su época tenía derecho en nuestro país, a manifestarse orgullosa por haber sido honrada con la amistad de todos los hombres de letras, era la señora Mandeville, cuya casa fué el centro de la sociedad mas culta e ilustrada.

« El reloj que ha marcado desde la chimenea de su alcoba

la hora de su muerte, ha señalado muchas veces a los jueces, a los Diputados, a los Presidentes, la hora de sus tareas, olvidada por la sabrosa plática sostenida con aquella escelente mujer que les hablaba de la patria con la voz entusiasta de los tiempos pasados, de los días magnos en que el corazón de los hombres no abrigaba otra aspiración que la libertad de la República.

« ¡ Quién no se sentía atraído por aquella que animaba con su palabra los sucesos que ella contempló, i que para nosotros pertenecen al dominio de las tradiciones, transformándose a nuestros ojos en una historia viva !

« ¡ Quién no amaba aquel corazón que se estremecía de placer, cada vez que el bronce de nuestro Cabildo marcaba una hora mas para la libertad, cuyo nacimiento anunció con júbilo, llamando al pueblo a los combates !

« Nosotros que respetamos la sabiduría de los viejos, que comprendemos el sacrificio, que amamos la vida que se consume en el altar de la caridad, profesábamos un cariño que rayaba en admiración a esta mujer tan ilustrada, tan útil, tan buena, tan abnegada !

« Hemos pasado á su lado largas horas, contemplando en ella todos los recuerdos de nuestro glorioso pasado ; admirando hombres i sucesos que ella nos evocaba en el campo de la memoria, escuchando de sus labios tradiciones de familia, advertencias i consejos.

« Cuando penetrábamos en su estancia, nos imaginábamos que la historia habia pedido al tiempo i a la muerte la consención de aquella existencia, para presentarla como el modelo de las almas templadas al calor de los días antiguos, de los días de Mayo. »

La señora Sanchez de Mandeville falleció en Buenos Aires el 22 de Octubre de 1868.—Hé aquí las sentidas palabras con que la prensa anunció su muerte, que tan profunda impresión hizo en nuestra sociedad :

• Aquella mujer que se unió con el corazón a todo lo noble que se ha realizado en este país durante medio siglo, aquella que inspiró aliento a los defensores de Buenos-Aires en los años 1806 i 1807; aquella que rindió sus joyas para comprar armas a los soldados de la revolución de Mayo; aquella que compartió con Rivadavia la tarea de fundar la Sociedad de Beneficencia; aquella que estableció en la campaña de Buenos Aires las primeras escuelas; aquella que dividió su vida entre los pobres i los niños; aquella que estuvo asociada al pensamiento de todos nuestros grandes hombres; aquella que nos enaltecía ante el extranjero, que veía en ella la representación de una sociedad i de una tradición; Maria Sanchez de Mandeville, en una palabra, ha entregado a Dios el espíritu que sustentaba su cuerpo, desfallecido por el peso de los años i las fatigas de la caridad!

.....

• La primera Escuela Normal de Buenos-Aires, fué establecida por ella, que comprendía la necesidad vital de formar el corazón i de instruir la mente del maestro, antes que educar e instruir la mente i el corazón del discípulo.

Como Presidenta de la Sociedad de Beneficencia, como Inspectora de los Hospitales de Mujeres, como fundadora de lazaretos, ella ha demostrado en sus últimos años, que aquel espíritu de los días de la juventud, no había desfallecido en su corazón.

• El ocaso de su vida ha sido tan brillante como su aurora.

« El cuerpo ha caído vencido por la ley de la naturaleza, que señala al hombre su período de luchas i de trabajos, que termina fatalmente por el árbol cuando se marchita, por el hombre cuando las fuerzas físicas se agotan. »

.....

El Domingo 25 de Octubre, fueron, conducidos al cementerio del Norte los restos mortales de la Sra. de Mandeville, acompañados de un cortejo.—La Sociedad de Beneficencia recibió el

ataud a las puertas de la Recoleta. Cada una de las damas que componen esta digna asociacion; depositó sobre él un ramo de flores. Conducido a la capilla, rezó las preces de la Iglesia el Dr. D. Martin A. Piñero.

Bendita la fosa, el Sr. D. Héctor F. Varela pronunció algunas palabras, en las cuales dibujó a grandes rasgos el tipo moral de la Sra. de Mandeville, poniendo en relieve sus importantes servicios i la parte que le cupo en las agitaciones de nuestra vida política.

El Sr. D. Santiago Estrada, Inspector de Escuelas de Buenos Aires, habló en seguido, de cuyo bello discurso extractamos lo que sigue :

« En torno de este ataud lloran los pobres, lloran los enfermos desvalidos, lloran los huérfanos.

«El corazon de la mujer caritativa, ha dejado de latir; la visitadora de los hospitales, ya no existe; la madre de los huérfanos, ha muerto; la fundadora de la Sociedad de Beneficencia, descansa en el seno de los buenos.

« ¡ Por eso lloran los pobres, los huérfanos, i los enfermos desvalidos!

« Yo voi a presentaros otros seres que tambien lloran la muerte de nuestra amiga, i a darle en su nombre el adios de la despedida en las puertas del sepulcro.—Hablo de los niños de las escuelas de Buenos Aires; hablo de todos los que trabajaban en nuestro país por la difusion de la enseñanza.

.....

« Las escuelas se han enlutado al circular la noticia de su muerte, porque su ausencia las deja en la horfandad.

« Los que siguen la huella de sus pasos, riegan con sus lágrimas la tierra que va a cubrir sus mortales despojos, porque pierden en ella la historia, la tradicion i el consejo de la escuela argentina.

« Yo voi a repetir aquí, lo que tantas veces os dije, querida amiga, en nuestras horas de desfallecimiento : «*Si hai al-*

gun triunfo digno de envidia, es el triunfo que vos vais a alcanzar en el cielo i en la tierra. »—Dios os ha llamado a su seno, porque enseñasteis sus caminos á la infancia. Las jeneraciones formadas en la escuela, levantarán vuestro nombre sobre el olvido i la muerte !

« En nombre de los niños de Buenos Aires i del Departamento de Escuelas, pronuncio el último adios sobre esta tumba, rodeada por la aureola de la caridad ! »

A continuacion el Sr. D. José Tomás Guido hizo uso de la palabra, enalteciendo los méritos i virtudes de la Sra. de Mandeville, deplorando el vacio que su pérdida dejaba en nuestra sociedad.

El Sr. D. Juan Tompson, hijo de la Sr. Sanchez a nombre suyo i de la familia, espresó su reconocimiento por el honor que acababa de recibir, por aquel homenaje de respeto rendido a la que fué a la par de madre tiernísima, una buena argentina.

Tal fué, queridas niñas, la manifestacion tributada a la memoria de la Sra. Doña Maria Sanchez de Mandeville. ¿No es verdad que es hermoso ejemplo el que presenta esta Señora, que consagró toda su vida a practicar el bien, que bajó al sepulcro dejando una memoria querida i llorada por todos los buenos?—*Hizo i enseñó*, i por esto fué grande, i se hizo amar i admirar de sus compatriotas.

Una de las alumnas de la Escuela Normal que ella fundó, al saber la muerte de su bienhechora, escribió las siguientes palabras que revelan la gratitud del corazon:—« Me he trasladado con el pensamiento junto al lecho de muerte de nuestra buena Inspectora ; su semblante estaba tranquilo ; parecia que dormia al son de músicas celestiales ! Ha sido tan caritativa ! . . . Dios ama la caridad . . . »

« Feliz aquel que como ella deja un largo camino sembrado de virtudes, i entre bendiciones i lágrimas de gratitud, se ale

ja de este mundo, siguiendo el rumbo que le marca la divina antorcha de la fé! »

Inter esto pasaba en Buenos Aires, en un pueblo de la campaña, *El Monte*, tenia lugar una manifestacion tierna i sencilla, pero no menos elocuente. Las preceptoras de la escuela pública de aquel lugar, Doña Carmen i doño Petrona Almada, apenas supieron el fallecimiento de la señora Sanchez, se propusieron celebrar una misa *de requiem* por el alma de su benefactora. El cura párroco Don Pedro Borserio no tardó en asociarse a este piadoso pensamiento. La misa fué humilde i desnuda de ostentacion i lujo, pero el modesto catafalco levantado en el templo i las preces que elevaban al Eterno las jentes de aquel pueblo, las Preceptoras i cien alumnos de ambos sexos, por el descanso de la que fué su protectora, su amparo i su consuelo, era un testimonio mui alto del pesar de aquellos seres sencibles i agradecidos.

Tenedlo presente, niñas alumnas, Rivadavía i Doña María Sanchez de Mandeville, son dos grandes figuras, a quienes la historia argentina dará un lugar preferente en sus páginas (1).

A LA MEMORIA DE LA SEÑORA DOÑA MARIA SANCHEZ DE MANDEVILLE.

Para tu vida de virtud modelo
de mas, Señora, hubistes admiradores,
i hoi te prodigan al sepulcro flores
cuantos deben su bien a tu desvelo.
Inspirarte en lo grande fué tu anhelo,
tus riquezas en armas las trocaste,
o en la cartilla que a la mano alzaste

(1) Casi toda esta reseña biográfica de la Señora Sanchez de Mandeville, la hemos extractado de un estenso artículo publicado en « *La Tribuna* » por D. Santiago Estrada, i de varios escritos que sobre la misma Señora dió a luz la prensa de Buenos Aires, a la época de su fallecimiento. — Al mismo tiempo hemos pedido al Sr. D. Pedro Echagüe, jóven escritor, que con tan buen éxito ha cultivado la poesía, una composicion a la memoria de tan benemérita argentina, i al efecto tenemos la satisfaccion de acompañar el soneto, que a continuacion se registra.

del niño, hoi hombre culto por tu celo.
En ti la Independencia Americana
una heroína incontrastable tuvo,
que valiente, leal, culta i humana,
la fé en los hombres que animó mantuvo.
¡Misionera del bien, paz en tu tumba,
que tu nombre en la tierra bien retumba!

Pedro Echagüe.



PARTE TERCERA.

LECTURA EN VERSO.

COMPOSICIONES VARIAS.

I.

Dios.

Su nombre resplandece en la natura,
Que su poder divino fabricó :
Que todo es emanacion de un ser eterno,
Todo proviene de un inmenso Dios !

Ved los astros reinando en el espacio,
Que iluminan con vívido fulgor :
En ellos luce la divina lumbre,
Ellos creencias dan al corazon.

Creó Dios el espacio ilimitado
I en él su aliento, grande derramó,
Dió al huracan rujidos aterrantes,
I dió á los mares imponente voz.

Eterno movimiento al universo,
Con mano poderosa señaló.
¡ I los impíos niegan su existencia !
¡ I niegan los impíos á ese Dios !

F. R. MARTINEZ.

II.

A María Santísima.

PLEGARIA INFANTIL.

Que ilumines nuestra mente,	Entusiasta se electriza
Te pedimos ¡ oh María !	La niñez ¡ oh Vírgen santa !
Pues la infancia noche i dia	Cuando mira dicha tanta
Te venera reverente :	Que tu imájen simboliza,
En la clase alegremente	Tu candor bien patentiza
Te adoramos, Vírgen pura,	Ser tu rostro divinal ;
Cual la estrella que fulgura	Con efecto sin igual
En el alto firmamento.	I la mas viva eficacia
Brillas, pues, con fundamento	Te suplica, pues, la gracia
¡Oh! esplendor de la hermosura !	I la gloria celestial.

III.

La niña en el colejio.

En este dulce asilo	De limpia haciendo alarde,
¡ Oh cuán feliz me siento !	Al rostro el agua pura
Todo es placer, contento	Devuelva la blancura
Si empiezo a trabajar ;	Que el polvo oscureció ;
Que la niña humilde i dócil	I aliñe con aseo,
Cuando al estudio se hace,	Formando rizos bellos,
Dice alegre en la clase :	Sus nítidos cabellos,
Mi juego es estudiar.	Que el viento destrozó.

Cuando risueña el alba	Con humildad profunda
Asoma en el Oriente,	Al padre cariñosa
La niña dilijente	Irá respetuosa
Despierta debe estar ;	Las manos a besar ;
I al pié del blando lecho,	Que el padre es en la tierra
Con devocion atenta	Imájen del Eterno,
Al Dios que la sustenta	I el hijo bueno i tierno
Su humilde ruego alzar.	En él ha de adorar.

IV.

A una niña orando.

Pídele a Dios que quite los abrojos
Del camino que tienes que cruzar ;

Pídele, niña, que a tus bellos ojos
Nunca se asome el llanto del pesar.

Ruégale aparte tu inocente alma
Del fango de este mundo corruptor ;
Ruégale, niña, que a tu dulce calma
Ni un recuerdo suceda de dolor.

Tú eres pura : tu voz a sus altares
El ángel que vela llevará,
Dios alienta la vida en los pesares,
I al lado de sus hijos siempre está.

La voz de la inocencia llega al cielo ;
Pronuncia sin temores tu oracion ;
La madre del Señor tiende su velo
A quien eleva a ella el corazón.

Ella protege los preciosos años,
De la virgen que implora su favor,
I en medio de los pérfidos engaños,
Sobre ella vela con materno amor.

Ora niña : la voz de tu inocencia
El cielo complacido escuchará ;
I bella i siempre pura tu existencia
En el mundo tranquila brillará.

JOSÉ A. TORRES.

V.

A una niña.

Bella cual primer rayo de la aurora,
Brillante de virtud tu casta frente,
Pura como el perfume que al ambiente
Presta la hermosa flor que mayo adora.

Débil como la tímida gacela,
Vive tranquila en protector regazo,
I recibiendo el cariñoso abrazo,
De quien perenne en tu custodia vela.

Mas ; ai! que a los pesares de la vida
Tu cuello doblarás cual tierna palma
Por vendaval furioso combatida.

Entónces, niña amada, acude al cielo,
Que en su penar adolorida el alma
Allí encuentra esperanza. . . . allí consuelo.

VI.

Al Sr. D. Andres Bello. (*)

No tocaré, señor, la cruda herida
Que ha llenado tus días de amargura ;
Raudales de consuelo i de dulzura
Verter quisiera en tu alma dolorida.

Alternan en la breve humana vida.
El gozo i el pesar, ; condicion dura !
No da el alto saber calma segura
A una alma en sus afectos combatida.

Mas veo ya tu jeneroso pecho,
Cual oro que el crisol ha depurado,
I a las tormentas avezado i hecho.

Lanzarse a Dios con ánimo esforzado ;
Al Dios que ha bendecido tu quebranto
I amoroso te enjuga el triste llanto.

MERCEDES MARIN DE SOLAR.

VII.

En la sepultura del Señor don Manuel Vicuña.

PRIMER ARZOBISPO DE SANTIAGO.

Yace bajo esta loza, muda i fria,
El despojo mortal del Pastor Santo,
Que en vano riega el abundoso llanto
De su grei solitaria, noche i dia.

La tierna Magdalena así jemía,
No encontrando el cadáver sacrosanto
De Jesus, i tal era su quebranto
Que la divina voz desconocía.

(*) Composicion dirigida por la poetiza que la suscribe al señor don Andrés Bello, con motivo de la prematura muerte de su hijo don Juan, encargado de negocios de Chile en la República de Norte-América.

Cumplióse aquí la lei de la natura :
Un vacío, un dolor, una memoria,
Solo deja al morir la criatura.

Mas si rauda se eleva hácia la gloria
El alma humana, refujiente i pura,
¿ Dónde está de la muerte la victoria ?

MERCEDES MARIN DE SOLAR.

VIII.

A Jesus crucificado.

BELLO SONETO DE LA DIVINA DOCTORA DE LA IGLESIA SANTA TERESA
DE JESUS.

No me mueve, mi Dios, para quererte
El cielo que me tienes prometido ;
Ni me mueve el infierno, tan temido,
Para dejar por eso de ofenderte.

: Tú me mueves, mi Dios ; muéve el verte
Clavado en una cruz i escarnecido ;
Muéveme el ver tu cuerpo tan herido ;
Muéveme tus afrentas i tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor de tal manera,
Que aunque no hubiese cielo yo te amara,
I aunque no hubiese infierno te temiera,

No me tienes que dar porque te quiera ;
Porque si cuanto espero no esperára,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

IX.

La Existencia de Dios.

« El universo es Dios , » dice el impío
Que otro tiempo dijera « Dios no existe » :
De humana corrupcion jemido triste,
De la frágil razon hondo estravío.

La luz, la tierra, el sol, el monte, el rio,
El prado, que de flores se reviste,

El aire, el ancho mar, tú lo hiciste
¡ Oh Señor ! con tu inmenso poderío.

Pero toda esta gran naturaleza
A sí misma se ignora i al potente
Autor de sus arcanos i belleza.

Solo al hombre, ser libre, intelijente,
Dios reveló su nombre i su grandeza,
¡ I el necio huye de Dios ciego i demente!

MERCEDES MARIN DE SOLAR

X.

Plegaria.

Deten, Señor, tu diestra vengadora,
No descargues el golpe merecido,
Que tu siervo en el fondo confundido
I humillado ante tí perdon implora.

Aparta esa mirada aterradora
Por la cual el infierno estremecido,
Lanza espantoso i lúgubre jemido
I el universo se conmueve i llora.

¿ No dijiste, Señor, tú mismo un día
Que volviendo hácia a tí la criatura
Implorando perdon lo alcanzaria ?

Mas ya veo brillar allá en la altura
Tras el rayo mortal de tu venganza
El iris de la paz i la esperanza.

MANUEL JOSÉ OLAVARRIETA.

XI.

Plegaria.

Ser de bondad, eterno i poderoso,
Tú que das vida al guzanillo leve,
Que distes al Andes su perpetua nieve
I al mar su fuerza i flujo misterioso :

Tú que dices el canto melodioso
A las pintadas aves de ala breve :
Perdona si mi acento vil se atreve
A llegar a tu trono majestuoso.

Tambien yo, buen Señor, soi tu gusano,
Ave triste sin alas ni armonía,
Que necesita de tu santa mano.

Sé tú, en mi soledad, amparo i guia,
I haz que mi ruego no se eleve en vano,
Porque ¿quién sino tú me ampararia ?

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

XII.

A la distinguida poetisa cubana

DOÑA JERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

¡ Musa sublime en cuya mente pura
El lauro de Corina reverdece,
I en cuyo noble corazon parece
Que revive de Safo la ternura !

Al oir de tus versos la dulzura,
Aura suave, que las flores mece.
El alma enajenada se embebece
I recibe de su ser nueva frescura.

¿ Por qué léjos de tí quiso el destino
Colocarme al nacer, cuál si mi suerte
Solo fuera admirar tu estro divino ?

¡ Ah ! pero hay una vida tras la muerte
Del jenio i la virtud brillante esfera,
¡ I allá con Dios mi corazon te espera !

MERCEDES MARIN DE SOLAR.

XIII.

Al señor obispo de la Concepcion don José Ignacio Cienfuegos.

De aquella relijion pura i divina
Que al esclavo le abrió puerta sagrada,

Fuiste ornato, Cienfuegos, ilustrada
Tu mente con su lumbre peregrina.

En tu senda de honor, la cruda espina
Brotó del infortunio i mas osada
Tu alma grande se alzara alborozada
Al blanco a que la suerte la encamina.

Tu alto civismo, clara intelijencia;
Tu libre voz, tu paternal desvelo,
Tesoros eran de virtud i ciencia.

Dios i la libertad fueron tu anhelo,
I al terminar tu plácida existencia
El ángel de tu patria te abrió el cielo.

Octubre 25 de 1863.

MERCEDES MARIN DE SOLAR.

XIV.

Existencia de Dios.

Mirad el universo, contempladlo,
Do quier escrito un nombre en todo ved,
Prestadle adoracion i ante él postraos:
De Dios el nombre es ese, en Dios creed.

Ved esa estrella que atraviesa el cielo,
Ved esa nube que camina en pos,
En el espacio ved sentado al tiempo,
¡Todo confirma la creencia en Dios!

GUILLERMO BLEST GANA.

XV.

Improvisacion.

Señor, Señor, Dios mio,
Una pobre mujer os pidió un dia
Que vida dieseis a un cadáver frio;
Vos lo hicisteis, Señor. . . Hoi la agonía
Destroza el pecho de mi pobre madre;
Ella te ama, Señor, ella te adora;

En tí tan solo su esperanza fija ;
Ella llorando tu piedad implora ;
¡ Oh ! déjale, Señor, déjale su hija !

GUILLERMO BLEST GANA.

XVI.

Dos niñas.

FÁBULA.

Divertíase en bailar
Una niña bulliciosa,
En tanto que sin cesar
Otra cosía afanosa.

—Deja, tonta, la costura,
Le decia la primera,
¡ Mira qué hermosa figura
Me ha enseñado la bolera !

—No, amiga, pues si disfruto
En el baile gran placer,
No me deja ningun fruto
Como me lo dá el coser ;
Bien estoi aquí, por cierto,

Adornando mis moñitas :
Que a la par que me divierto
Logro ponerlas bonitas.
De mamá cumplo además,
Los encargos repetidos :
Cose, me dice, ¡ sabrás,
Mañana hacer tus vestidos.

*Esta niña, sin querer,
Nos dió la sabia leccion
De que es bueno anteponer,
Al transitorio placer,
Dulce i útil distraccion.*

XVII.

Adriana i las Habas.

FÁBULA.

Por en medio de un habar
Pasaba Adriana una tarde,
I con desdeñosa voz
Aquesto dijo á su madre :

« ¡ Vaya una planta mezquina !
Ni fragante olor esparce,
Ni tiene, como otras muchas,
Hojas que a la vista encanten » .

No habria corrido un mes
Cuando ambas paseantes
Tornaron al mismo campo,
Sentándose en medio a un valle.

« ¡ Ai que olor tan delicioso !
Esclamó Adriana al instante ;
Mamá, mamá, este aroma
¿ De qué planta ó yerba sale ?

--Hija mia, es de esas habas
Que con desprecio miraste,
Cuando sin flor todavía,
No perfumaban el aire. »

¡ Oh ! niñas, tened presente
Que bajo un grosero traje,
Suele hallarse un corazon
Tan puro como el de un ánjel.

XVIII.

Rosa i su muñeca.

FÁBULA.

Oye, Adela,
Una fábula
Que mi madre
Me contó
Con acento
Cariñoso
Cuando chica
Era yó.

Una niña
Caprichosa
E indolente
Como tú
No estudiaba ;
I por tanto
No sabia
Ni la Q.

Por su madre
Reprendida
Día i noche
Con razon
Nunca Rosa
Hizo caso
Del *retórico*
Sermon.

Pero en cambio
La culpable,
Que ignoraba
Hasta la A,

Decia esto
A su muñeca,
Imitando
A su mamá :
« Me abochorna
Tu pereza ;
Me da grima
Verte aquí . . .

Ea, niña,
Al estudio,
I de hoi mas
No sea así. »

La muñeca
Tal oyendo,
A Rosita
Dijo : « bien !
Eso mismo,
Con cariño,
Diz tu madre
Veces cien.

« *No prediques,*
Si no cumples ;
Pues no puede
Reprender,
(Te lo digo
En confianza)
Quicn no llena
Su deber. »

XIX.

El Còndor i la Lechuza.

FÁBULA.

Miéntras sobre una alta roca
Destroza un Còndor su presa,
Una chismosa Lechuza
Deciale de esta manera :

Oh príncipe de las aves,
Tú que de fuerte te precias,
Vé a la Araña que te insulta,
¿Por qué de ella no te vengas?

A lo que el Cóndor responde:
Porque a esta altura no llegan
Jamás los necios insultos,
Ni los chismes de tu lengua ;
I siguió despues comiendo,
Con no poca indiferencia.

*Si alguna vez en tu vida
Con algun chismoso encuentras
No le hagas el menor caso
Ni le des otra respuesta.*

DANIEL BARROS GREZ.

XX.

El Patan i el Borsillo.

FÁBULA.

Una bolsa mui soplada
Se encontró un dia un Patan :
Creyendo hallar un teroso,
Halló viento i nada mas.

*Así hai cabezas lucidas
Que, al ir las à examinar,
Se encuentra, en vez de un tesoro,
Solo viento i fatuidad.*

DANIEL BARROS GREZ

XXI.

La Hortensia i la Rosa.

FÁBULA.

Oh poetas que cantais
La belleza de otras flores,
¿Por qué mis lindos colores
Olvidais ?
Mirad mi bello semblante
I hermosa,
I de mi talle elegante
La finura !

Así decia una Hortensia,
Alabando su presencia ;
Mas replicóle una Rosa :
Aunque la verdad digais,
Vuestro mérito anulais,
Con decir solo tal cosa.
*Sabed que el orgullo necio
Solo merece desprecio.*

DANIEL BARRÒS GREZ.

XXII.

La presumida.

FÁBULA.

Mui satisfecha
Clorinda estaba
De su hermosura
Fresca i lozana :
Jóven no habia
Que le gustara,
I altiva a todos
Menospreciaba.
Así sus años
Pasó la fatua
Sin que en ser vieja
Nunca pensara.
Mas . . ¡ai! que pronto
La edad tirana
Llenó de arrugas
Su linda cara.
Aquellos ojos
Que electrizaban
Turbios i hundidos
Ya solo espantan.

La gracia al talle
Tambien le falta
I es seca i mómica
Su mano blanca.
En vano busca
A los que andaban
Tras su belleza
Con tiernas ansias ;
Que ya le vuelven
Todos la espalda,
I murió vieja
I despreciada.

*Mucho la yerra
Quien dejar pasa
El tiempo lleno
De confianza,
Pues no es lo mismo
Hoi que mañana.*

XXIII.

El padre nuestro.

Padre nuestro, Dios i hombre,
Que estás sentado en el cielo,
Sea alabado tu nombre :
Venga a nos para consuelo
Tu reino que tanto encierra. .
Hágase tu voluntad
En los cielos i en la tierra.

El pan para cada dia
Dánosle hoi, Señor,
I perdona nuestras deudas,
Cual yo perdono al deudor.
Aparta de mi camino
La tentadora vision,
I librame de caer
En la mala tentacion.

XXIV.

El Ave María.

Dios te salve María
Virjen inmaculada ;

Tú eres la mas hermosa,
Tú eres llena de gracia.

El Señor es contigo,
Mujer privilegiada,
Entre todas bendita,
De todas la mas santa.

Del Rei del universo
Es tu vientre morada;
Jesus, fruto bendito,
Es el de tus entrañas.

Por esto, Virjen pura,
María bella i santa,

Madre de Dios Eterno,
Como a nuestra abogada,
Ruega á tu amado hijo,
Que olvide nuestras faltas.

Ahora, i sobre todo,
En la hora destinada
En que hemos de dejar
Este mundo i sus galas,
I habremos de dar cuenta
De la vida pasada.

XXV.

El Credo.

Creo en Dios Padre clemente,
Hacedor Omnipotente,
Del cielo i tierra criador;
Creo en su único Hijo,
Que tras tormento prolijo
Murió en la Cruz por amor.

Creo que fué concebido
I en pura gracia nacido
No por obra de varon;
Sí del Espíritu Santo,
Que en misterio sacrosanto
Infundió su concepcion.

En las entrañas purísimas
De una virjen sacratísima,
De hermosura sin igual;
De candor i gracia llena,
Mas pura que la azucena,
I mas limpia que el cristal.

Creo que con duro trato
Del fiero Poncio Pilato
Padeció bajo el poder;
Creo fué crucificado,
Despues muerto i sepultado,
Cuando acabó el padecer.

Creo que el dia tercero
Con asombro verdadero
Glorioso resucitó;
I a cumplir la profesia
Por salvar al que sufría
A los infiernos bajó.

Que luego entre densas nubes
I hermosísimos querubes
Ascendió al cielo triunfante,
Donde glorioso se muestra
Del Padre Eterno a la diestra,
Rodeado de luz radiante.

I que de gloria cercado
Al muerto i al vivo airado,
Ha de venir a juzgar;
I en el Espíritu Santo,
En la Trinidad i en tanto,
Cuanto el hombre debe amar.

Creo en la Iglesia Católica,
Romana, Madre Apostólica,
Verdadera e inmutable;
En la Santa Comunión,
De las culpas el perdon
I en la vida perdurable.

XXVI

La Salve.

Dios te salve, Virgen pura
Reina i Madre de concordia,
Fanal de Misericordia,
Nuestra esperanza i dulzura.

Dios te salve, siempre viva,
Con fervor a tí llamamos
I jimiendo suspiramos,
Tu mirada compasiva.

Miserables hijos de Eva
En el mundo desterrados,
Llorando nuestros pecados,
Sufrimos terrible prueba.

Ea pues, Madre i Señora,
No nos mires con enojos ;

Vuelve a nos tus lindos ojos
I sé nuestra defensora.

I despues de este destierro,
Mostrando el fruto bendito
De vuestro amor infinito,
Implorad por nuestro yerro.

¡Oh clemente! ¡Oh piadosísima
¡ Oh santa Madre de Dios !

Ruega, Señora, por nos
Madre universal purísima.

Para que sea el hombre digno
De tus gracias alcanzar,
I las promesas gozar
De nuestro Señor benigno.

XXVII.

Salve. (*)

Salve, Señora,
Reina del cielo,
Madre i consuelo
Del pecador,
Vida i dulzura,
Nuestra esperanza,
Nave segura
De salvacion.

Los desgraciados
De Eva nacidos
Sin tí aflijidos
Solos se ven.
Vuelve, abogada,
Vuelve a nosotros
La tu mirada
Fuente del bien.

A tí de gracias
I donde llena,

Dicen su pena
Con triste voz
Los desterrados
En este valle,
Los condenados
Siempre a dolor.

Dadnos, Señora,
Deshecho el hierro
De este destierro,
Ved a Jesus,
Divino fruto
De vuestro seno,
Por nos tributo
Muerto en la cruz.

I en tanto ¡ oh dulce !
Virgen piadosa,
Paloma hermosa,
Madre de Dios ;

(*) El ilustrísimo señor don Antonio Posada Rubin de Celis, Patriarca de las Indias, ha concedido cuarenta dias de induljencias por cada vez que los niños recen o canten esta *Salve* delante de alguna imájen de María Santísima.

Pues aguardamos
Santas promesas,

Tiernos rogamos
Rogueis por nos.

XXVIII.

La Confesion.

Yo pecador contrito i aflijido
Me acuso ante el Señor Omnipotente,
I en angustioso llanto sumerjido
Humilde doblo la manchada frente.

I a la Virgen María, i al glorioso
Arcánjel San Miguel con triste acento,
Confieso, de mi pecho doloroso,
El oculto pecado i su tormento.

A San Juan, i a San Pedro, i a San Pablo,
I a la sacra reunion del alto cielo.
Arrepentido de mis culpas hablo
Con voz humilde i fervoroso anhelo.

I a vos, Padre Ministro reverente
Del venerado Autor de mi existencia,
Descorro con mi mano delincuente
El velo cubridor de mi conciencia.

Miserable mortal, mi pensamiento
El crimen albergó, mi lengua pura
Calumnias enjendró con duro intento ;
Al débil oprimió mi diestra dura.

I convicto, Señor, de mis pecados,
La ronca voz de la conciencia mia,
Al corazon le tiene desgarrado
Con el encono audaz de la porfia.

I así ruego a la Virgen i al glorioso
Arcánjel San Miguel en mis dolores,
Imploren la piedad del poderoso
Dios, para mis maléficós errores.

I a San Juan, a San Pedro i a San Pablo,
I a la sacra reunion del alto cielo,

Arrepentido de mis culpas hablo
Con voz humilde i fervoroso anhelo.

I a vos Padre, Ministro reverente
Del venerado autor de mi existencia,
Rogueis por el contrito penitente
Que os demostró su impúdica conciencia.

XXIX.

Acto de contricion. (*)

Hijo pródigo soi,
Que a tus piés adorables,
Me postro arrepentido
A implorar tus piedades.

Quisiera estar llorando
Con lágrimas de sangre,
Sin cesar miétras viva
Mis culpas execrables.

Mas, ¡ hai! que nada puedo
Hacer yo que te agrade,
Sin tu ayuda, un suspiro
Aun no podré exhalarle.

El juicio que me espera,
Solo el considerarle,
Me hace temblar de ver
Que no puedo escaparme.

Aparta de mis culpas
Vuestros ojos amables;
Sed misericordioso
Con este miserable.

Bien sé que no merezco,
Por mis graves maldades,
Que ejecutes en mí
Vuestras benignidades.

Pues sé que mil infiernos
No serian bastantes
Castigos, para quien
Se ha atrevido a ultrajarte.

¡ Cuántas veces Dios mio,
He vuelto a renovarte
Tus azotes i espinas
Hasta crucificarte!

Mas ¡ oh Padre amoroso!
Baste de enojos, baste. . . .
No permitas que en mí
Se pierda vuestra sangre.

I si al mundo viniste,
¡ Oh Redentor amable!
A buscar pecadores,
Aqui estoy yo, el mas grande.

Ostentad, pues, en mi
Vuestras benignidades,
Que así mas resplandece
Tu bondad inefable.

Tú por mí padeciste,
Los tormentos mas graves
Que imaginarse puede,
Solo a fin de salvarme.

(1) Esta oracion ha sido compuesta por una señora chilena. El Ilustrísimo señor D. Manuel Vicuña concedió cuarenta dias de induljencias por cada vez que se rezase devotamente. Otros cuarenta dias concedió el Ilmo. señor Obispo de Agustópolis por cuantas ocasiones devotamente se rezase, pidiendo á Dios con lo íntimo de su alma el dolor de sus pecados (noviembre 7 de 1848). I el Ilmo. i Rmo. señor Arzobispo Dr. D. Refael Valdivieso ratificó las induljencias concedidas por el Ilmo. señor Vicuña, i además concede ochenta dias al que la rece despues de la comunión.

Yo te prometo hacer
Cuanto esté de mi parte,
Como tú no me dejes
De tu mano un instante.

Por último ¡Dios mio!
Tu bendicion echadme:
Apiádate de mí. . . .
No quieras condenarme.

XXX.

Obras de Misericordia.

ESPIRITUALES

1^a—*Enseñar al que no sabe.*

Al rústico, al ignorante
Enséñale con agrado,
Para que bien educado
Practique de buen talante
Los deberes de su estado.

2^a—*Dar buen consejo al que lo
hà menester.*

Al que se hallare perplejo
En un apurado trance,
O por repentino lance,
No le niegues el consejo
En cuanto á ti se te alcance.

3^a—*Correjr al que yerra.*

Correjr al que va errado
Es obra de gran piedad,
Si con buena voluntad,
Viéndolo descarriado,
Le adviertes su ceguedad.

4^a—*Perdonar las injurias.*

Las injurias i baldones
Perdonarás jeneroso,
Siguiendo a Jesus piadoso,
Que perdonó a sus sayones
El trato mas afrentoso.

5^a—*Consolar al triste.*

Al que triste vive i llora

En este mísero suelo,
Alivialo en su duelo;
I si tu piedad implora,
No le niegues el consuelo.

6^a—*Sufrir con paciencia las fla-
quezas de nuestros prójimos.*

De los hombres las flaquezas
Soportemos con paciencia,
I obtengan nuestra induljencia
Sus miserias i simplezas.

7^a—*Rogar a Dios por vivos i
muertos.*

Mui pio es a Dios rogar
Por nuestros hermanos muer-
(tos,

I porque se digne guiar,
A los vivos inespertos
A fin de no tropezar.

CORPORALES.

1^a—*Visitar los enfermos.*

Al pobre que por dolencia
Se encuentra en cama postra-
(do,

De lo preciso privado,
Visítalo con frecuencia.
I consuélalo en su estado.

2ª—*Dar de comer al hambriento* 5ª—*Dar posada al peregrino.*

Procura dar de comer
Al triste mendigo hambriento,
Tanto mas si su alimento
No te fuere menester,
Por ser bastante opulento.

Exije la caridad,
Que al infeliz peregrino
Fatigado del camino,
Demos hospitalidad
Mientras llega a su destino.

3ª—*Dar de beber al sediento.*

Es la sed un grave mal
Que debemos aliviar;
I fueras cruel en negar
A cualquiera racional
Con que poderla apagar.

6ª—*Redimir al cautivo.*

Al cautivo desgraciado
Si puedes redimirás,
I de Dios recibirás
Cien veces multiplicado
Lo que desembolsarás.

4ª—*Vestir al desnudo.*

El cubrir la desnudez
Del infeliz andrajoso
Es un acto mui piadoso,
Que premiará a su vez
Dios misericordioso.

7ª—*Enterrar los muertos.*

A imitacion de Tobías
No permitas que los muertos
Permanezcan descubiertos,
I que las bestias bravias
Devoren sus miembros yertos.

XXXI.

Salmo XII.

¿Hasta cuándo ese olvido, Dios mio?
Hasta cuándo en eterno desvío
Te he de ver ese rostro apartar?
¿Cuánto tiempo con pecho dudoso
Todo el dia en afan doloroso
Tendrá el alma tan duro penar?

¿Hasta cuándo
Así conmigo
Mi enemigo
Triunfará?

Mira, oh Dios,
Que no sociego:
A mi ruego
Atiende ya.

Mis ojos ilumina,
No me sorprenda el sueño de la muerte
I hecho con mi ruina

El contrario mas fuerte
Me diga un dia : Ya logré vencerte ;
Triunfando presumido
De verme así caído.
Mas no será ; pues firme mi esperanza
En tu misericordia se afianza.

 Mi pecho en el misterio
De tu salud se goza,
I en ver como reboza
Tu mano tanto bien.

Tu bondad i largueza
Celebrará mi canto ;
Tu nombre sacrosanto
Aplaudirá tambien.

(Traduccion de CARVAJAL.)

XXXII.

Salmo IC.

CANCION EUCARÍSTICA.

De júbilo llena
La tierra se goce,
I en Dios se alborece,
Que es su Criador.

Servidles contentos,
I de su presencia
Mostrad complacencia
Que es Dios i señor.

Sabed que el autor de nuestro ser ha sido
I de él hemos tenido,
No de nosotros, el vital aliento.
Pueblo nos hizo suyo : en su rebaño
Pasto nos da i sustento
Regalado, sabroso i sin engaño.
Llegad á sus umbrales :
Tributadle alabanzas inmortales ;
I publicando al mundo su grandeza,
Humildes confesad nuestra flaqueza,
I en sus atrios ahora
Himnos cantad, en música sonora,
Al cielo levantando
El nombre del Señor, que es dulce i blando.

De un siglo en otro siglo
Pasando las edades,
Eternas sus piedades
Inmutables serán.

Los hijos de los hijos,
Los nietos de los nietos,
De su verdad completos
Los dones gozarán. ❧

(Traducción de CARVAJAL.)

XXXIII.

Veni, Sancte Spiritus.

HIMNO.

Venid, oh Santo Espíritu,
I eniad desde el cielo
De tu luz sacrosanta
Un puro rayo que penetre el pecho.

Venid, padre de pobres ;
Venid, liberal dueño
De celestiales dones ;
Venid, del corazon amante fuego.

Del pecho atribulado
Consolador escelso,
I del alma aflijida
Refugio suave, dulce refrijerio.

Descanso en los trabajos,
En el bochorno intenso,
En la afliccion alivio,
I del llanto dulcísimo consuelo.

¡ O bienaventurada
Luz de esplendor eterno !
Llenad a vuestros fieles
Del corazon los mas profundos senos

Sin vos solo es el hombre
La nada de que fué hecho :
Todo sin vos es nada,
Pues sin vos nada hai santo, nada recto.

Lavad lo que está inmundo,
Regad lo que está seco,

I, médico divino,
Sanad en mí lo mucho que hai enfermo.

Doblegad lo inflexible
I fomentad lo yerto
De mi amor ; a vos vuelva
Lo que en mí se desvia de su centro.

Dad al que en vos confía,
Dad a vuestro fiel siervo
De celestiales dones
El septenario número de efectos.

Dadnos de las virtudes
El mérito i el premio,
Dad salud a nuestra alma,
I dadnos finalmente el gozo eterno.

XXXIV.

Canto a la Vírjen de Mercedes.

Saludad, pobres cautivos,	Poner fin a su dolor.
A la Vírjen enredador ;	Coronada de luz bella,
Alze cánticos festivos	De los cielos descendiste ;
La devota cristiandad.	I la noche vió la huella
¡ Oh qué hermoso brilla el dia	Del celeste resplandor.

En que al mundo su bandera,	Abrazado en santo celo
Que a los cielos da alegría	Se desvela el gran Nolasco,*
Tremoló la caridad !	I postrado ruega al cielo

Oyó el cielo vuestros votos :	Por la opresa humanidad ;
Cese el misero gemido :	Cuando ve tu faz serena,
Vuestros hierros serán rotos :	I tu dulce voz le envia
Libertados vais a ser.	Al que yace en vil cadena
¡ Vírjen madre ! tú a la vida,	Para darle libertad.

Tú a la fe, que desfallece	Orden nueva en honra tuya
De peligros combatida,	I de tu hijo soberano,
Te dignaste socorrer.	Le has mandado que instituya

Llegó a tí la queja triste	I le ofreces ayudar :
Del esclavo encadenado	Orden santa, que socorra
I apiadándote quisiste	Al cautivo i le conforte

* San Pedro Nolasco, fundador de la órden de la Merced instituida orijinariamente para la redencion de los cristianos que jemian cautivos entre los infieles.

En la lóbrega masmorra,
I le vuelva al patrio hogar.

Virjen santa, tú proclamas
La embajada bienhechora ;
En las almas tú derramas
De piedad heróico ardor.
A tus hijos se encomienda
Afanar por el cautivo,
I aun dejar la vida en prenda
A su bárbaro señor.

Siempre pia, enjuga el llanto
Del que jime en cárcel dura :
Dáale alivio en su quebranto ;

Fortalece en él la fé :
Mueve el pecho compasivo
De la grei cristiana toda ;
I los medios al cautivo
De romper sus grillos dé.

En la órden que fundaste
Alimenta la encendida
Caridad cou que abrasaste
De Nolasco el corazon.
I en el lance pavoroso
De la hora postrimera,
Dános ver tu rostro hermoso,
Prenda fiel de salvacion.

ANDRÉS BELLO.

XXXV.

A Nuestro Señor Jesucristo en la Cruz.

¡ Tú por mi amor de un leño suspendido !
¡ Tú que tienes por trono el firmamento,
Haber desde tan alto descendido
A dar así tu postrimer aliento !

¡ Tú, sufrir resignado de esa suerte
Tanta i tan honda i tan amarga herida ;
I tú del mundo recibir la muerte,
Cuando a dar descendiste al mundo vida !

Tú, rasgados los miembros soberanos ;
Tú, escupido en la faz cándida i pura ;
I al hombre ver clavándote las manos,
Esas manos, gran Dios, de que es hechura !

¡ Tú, que animas el rayo i das el trueno,
Así espirar entre amarguras tantas
Por un gusano de miseria lleno,
Que no vale ni el polvo de tus plantas !

¡ Tú, por mi amor, en fin, tan humillado !
¿ I aun a ofenderte, Santo Dios, me atrevo

Cuando yo nada a ti, nada te he dado,
I cuando tanto a ti, tanto te debo ?

¡ Miserable de mí ! Mas los enojos
Depon, Señor, del rostro esclarecido ;
Que ya cansados de llorar los ojos
Vuelvo a tu Cruz con pecho arrepentido.

Vuelvo, Señor, a demandar tu gracia ;
Vuelvo, Señor, como al pastor la oveja ;
Porque el dolor en tan cruel desgracia
Ni un aire ya que respirar me deja.

Vuelvo trayendo el corazon doliente,
Lleno de contricion, del luto lleno ;
I ante tus plantas a inclinar la frente
Con la profunda devocion del bueno.

¡ Escucha, pues, mi voz ! Yo no soi digno
De hallar; Señor, tu voluntad propicia ;
Mas suple tú mis méritos benigno,
I juzgue tu bondad, no tu justicia.

XXXVI.

A Nuestra Señora de los Dolores

Suplicoos, Reina gloriosa,	Que me concedais piadosa,
Hija del Eterno Padre,	Oh amparo de pecadores,
Del Divino Verbo Madre,	Devocion, llanto i ternura
Del Santo-Espíritu Esposa,	En vuestros siete dolores.

ESTRIBILLO.

*Recibid mi sentimiento
Pues en fé de lo que siento
Os rezo un Ave-Maria.*

PRIMER DOLOR.

Duélome que traspasada	Del dolor, oh Madre amada,
Os dejó la profecía	El alma os desgarraria.
De Simeon, cuando un dia	¡ Qué tormento aquel seria !
Os predijo que la espada	

Recibid, etc.

SEGUNDO DOLOR.

Duélome que José tierno, ¡ Oh qué sentimiento interno,
Os dió el repentino aviso Ansias, temor i agonía
De que huir era preciso Vuestro pecho sentiría !
A Ejipto i en el invierno.

Recibid, etc.

TERCER DOLOR.

Duélome que atormentado ¡ Oh con qué pena i cuidado
Tuvisteis el corazon A tal hijo que perdía
En aquella perdicion Tal madre le buscaría !
Del hijo hasta ser hallado :

Recibid, etc.

CUARTO DOLOR.

Duélome que al ver postrado Se opuso el pueblo malvado :
Con la Cruz a vuestro hijo, ¡ Qué dolor os causaría
En tormento tan prolijo, Tal crueldad i grosería !
Fuiste a ayudarle; engañado

Recibid, etc.

QUINTO DOLOR.

Duélome que envuelta en llanto En Jesus tres veces santo :
Al pié de la Cruz sintisteis ¡ Oh cuánta angustia sería
Las crueldades que allí visteis La que allí os afligiría !
Ejecutar sin quebranto

Recibid, etc.

SESTO DOLOR.

Duélome de que abrazado ¡ Oh qué cuchillo acerado
Al que vivo nos le disteis Tu corazon pasaría,
Por mi culpa le tuvisteis Viuda triste i madre pia !
Herido i desfigurado ;

Recibid, etc.

SÉTIMO DOLOR.

Duélome que con ternura ¡ Oh qué tremenda amargura
Al que todo lo ha criado Tu corazon sentiría
Le dejasteis enterrado Cuando sin él se volvía !
En prestada sepultura :

XXXVII

Miserere.

Piedad, piedad, Dios mio !
Que tu misericordia me socorra !
Segun la muchedumbre
De tus clemencias, mis delitos borra.

De mis iniquidades
Lávame mas i mas, mi depravado
Corazon quede limpio
De la horrorosa mancha del pecado.

Porque, Señor, conozco
Toda la fealdad de mi delito,
I mi conciencia propia
Me acusa, i contra mí levanta el grito,

Pequé contra tí solo ;
A tu vista obré el mal ; para que brille
Tu justicia, i vencido
El que te juzgue tiemble i se arrodille.

Objeto de tus iras
Nací, de iniquidades mancillado,
I en el materno seno
Cubrió mi ser la sombra del pecado.

En la verdad te gozas,
I para mas rubor i afrenta mía,
Tesoros me mostraste
De oculta celestial sabiduria.

Pero con el hisopo
Me rociarás, i ni una mancha leve
Tendré ya : lavárasme,
I quedaré mas blanco que la nieve.

Sonarán tus acentos
De consuelo i de paz en mis oídos,
I celeste alegria
Conmoverá mis huesos abatidos.

Aparta, pues, aparta
Tu faz, oh Dios, de mi maldad horrenda,
I en mi pecho no dejes
Rastro de culpa que tu enojo encienda.

En mis entrañas cria.
Un corazon que con ardiente afecto
Te busque; un alma pura,
Enamorada de lo justo i recto.

De tu dulce presencia,
En que al lloroso pecador recibes,
No me dejes airado,
Ni de tu santa inspiracion me prives.

Restáurame en tu gracia,
Que es del alma salud, vida i contento ;
I al débil pecho infunde
De un ánimo real el doble aliento.

Haré que el hombre injusto,
De su razon conozca el estravío :
Le mostraré tu senda,
I a tu lei santa volverá el impío.

Mas librame de sangre,
Mi Dios! mi Salvador! inmensa fuente
De piedad! I mi lengua
Loará tu justicia eternamente.

Desatarás mis labios,
Si tanto un pecador que llora alcanza ;
I gozosa a las jentes
Anunciará mi lengua tu alabanza.

Que si víctimas fueran
Gratas a tí, las inmolará luego ;
Pero no es sacrificio
Que te deleita, el que consume el fuego.

Un corazon doliente
Es la espiacion que a tu justicia agrada :
La victima que aceptas
Es una alma contrita i humillada.

Vuelve a Sion tu benigno
Rostro primero i tu piedad amante,
I sus muros la humilde
Jerusalen, Señor, al fin levante.

I de puras ofrendas
Se colmarán tus aras, i propicio
Recibirás un dia
El grande immaculado sacrificio.

ANDRÉS BELLO.

XXXVIII.

Al Salvador.

PLEGARIA.

Dios clemente i justiciero,
Luz de luz. Dios eternal,
I *Dios de Dios verdadero,*
Tu misericordia espero
Para mi alma criminal.

Tu sangre preciosa diste
I espirastes en una Cruz ;
A los hombres redimiste ;
Mas ¡cuánto, Señor, sufriste
Para mostrarnos la luz !

Fué un misterio tu agonía,
Pues fuiste hombre siendo Dios:
El hombre en la Cruz moria,
Mas siempre Dios existia
I no iba del hombre en pos.

Tú existias espirando
En tu inmenso padecer,
Tu sangre estaba brotando,
I tú morias pensando
En la redencion del ser.

¡La redencion ! el bautismo
De la vida terrenal,
La luz que enseñó el abismo,

Consuelo que el cristianismo
Dió a una raza criminal !

Señor, ¿ por qué necesario
Fué tan inmenso dolor ?
Espíritu humanitario,
¿ Por qué alzaste un calvario
Para probarnos tu amor ?

¿ Tu voluntad no bastaba
Para al hombre redimir,
Tu mirada no salvaba ?
Mas... Señor, escrito estaba
I tú debias morir.

¡ Morir tú, vida en esencia
I luz de la humanidad !
¡ Morir quien da la existencia !
¡ Ai ! Señor, mi intelijencia
Se pierde en tu eternidad !

Las sombras cercan mi mente
I no puedo comprender
Cómo un ser omnipotente,
Sol de otro sol refuljente,
Quiso aniquilar su *ser*.

Mas.... Señor, yo no deseo Dame la luz que encendiste
Tus misterios penetrar ; En la santa redencion.
Yo tu omnipotencia veo, Dirijime, sé mi guia
I en tu omnipotencia creo..... En la densa oscuridad ;
Nada quiero preguntar. Ilumina el alma mia,
I a ella una chispa envia
Si tanto amor nos tuviste Del sol de tu eternidad.
Siendo la eterna razon,
Señor, consuelo del triste,

ADOLFO VALDERRAMA.

XXXIX.

Oracion para todos. (*)

Ve a rezar, hija mia. I ante todo
Ruega a Dios por tu madre ; por aquella
Que te dió el ser, i la mitad mas bella
De su existencia ha vinculado en él.
Que en su seno hospedó tu jóven alma,
De una llama celeste desprendida ;
I haciendo dos porciones de la vida,
Tomó el acibar i te dió la miel.

Ruega despues por mí. Mas que tu madre
Lo necesito yo..... Sencilla, buena,
Modesta como tú, sufre la pena,
I devora en silencio su ñdolor.
A muchos compasion, a nadie envidia,
La vi tener en mi fortuna escasa :
Como sobre el cristal la sombra, pasa
Sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos..... ni lo sean
A tí jamas.... los frívoles azares
De la vana fortuna, los pesares
Ceñudos que anticipa la vejez ;
De oculto oprobio el torcedor, la espina
Que punza a la conciencia delincuente,

(*) Por sujetarme al plan que nos hemos propuesto en este opúsculo, tenemos el sentimiento de no tomar íntegra esta bella composicion de uno de nuestro mejores poetas, habiéndonos contentado con presentar a las niñas solo trece estrofas. Recomendamos a las señoras profesoras hagan aprender de memoria a las alumnas la mayor parte de estas composiciones i las máximas i sentencias que contiene la primera parte del opúsculo.

La honda fiebre del alma, que la frente
Tiñe con enfermiza palidez.

Viviendo, su pureza empaña el alma
I a cada instante alguna culpa nueva
Arrastra en la corriente que la lleva
Con rápido descenso al atahud.
La tentacion seduce; el juicio engaña;
En los zarzales del camino deja
Alguna cosa cada cual; la oveja
Su blanca lana, el hombre su virtud.

Ve, hija mia, a rezar por mí, i al cielo
Pocas palabras dirijir te baste;
«Piedad, Señor, al hombre que criastes;
Eres Grandeza; eres Bondad; perdon!»
I Dios te oirá; que cual del ara santa
Sube el humo a la cúpula eminente,
Sube del pecho cándido, inocente,
Al trono del Eterno la oracion.

Ruega por mí, i alcánzame que vea,
En esta noche de pavor, el vuelo
De un ángel compasivo, que del cielo
Traiga a mis ojos la perdida luz.
I pura finalmente, como el mármol
Que se lava en el templo cada dia,
Arda en sagrado fuego el alma mia,
Como arde el incensario ante la Cruz.

Ruega, hija, por tus hermanos, Que sufre el ceño mezquino
Los que contigo crecieron, De los que beben el vino
I un mismo seno esprimieron, Porque le dejen la hez.
I un mismo techo abrigó. Por el que, de torpes vicios
Ni por los que te amen solo Sumido en profundo cieno,
El favor del cielo implores: Hace ahullar el canto obsceno
Por justos i pecadores De nocturno hacanal.
Cristo en la Cruz espiró. I por la velada vírjen

Ruega por el orgulloso,
Que ufano se pavonea,
I en su dorada librea
Funda insensata altivez.
I por el mendigo humilde

Que en su solitario lecho,
Con la mano hiriendo el pecho,
Reza el himno sepulcral.
Por el hombre sin entrañas
En cuyo pecho no vibra

Una simpática fibra
Al pesar i a la afliccion.
Que no da sustento al hombre,
Ni a la desnudez vestido,
Ni da la mano al caído
Ni da a la injuria perdon.

Por el que en mirar se goza
Su puñal de sangre rojo,
Buscando el rico despojo,
O la venganza cruel.
I por el que en vil libelo
Destroza una fama pura,
I en la alevé mordedura
Escupe asquerosa hiel.

Por el que surca animoso
La mar, de peligros llena ;

Por el que arrastra cadena,
I por su duro señor.
Por la razon que, leyendo
En el gran libro, vijila ;
Por la razon que vacila ;
Por la que abrasa el error.

Acuérdate, en fin, de todos
Los que penan i trabajan,
I de todos los que viajan
Por esta vida mortal.
Acuérdate del malvado
Que a Dios blasfemando irrita.
La oracion es infinita :
Nada agota su caudal.

ANDRES BELLO.

XL.

La fe.

NIÑA.— ¿ Por qué, papá, yo no veo
De esta diminuta flor
Toda su grande hermosura ?

PADRE.— Mírala con atencion.

NIÑA.— No puedo, a la simple vista
Descubrir tanto primor.

PADRE.— Pues toma este microscopio.

.....
NIÑA.— ¡ Qué admirable perfeccion
En sus infinitos pétalos !
¡ Cuánto brillante color !
¡ Qué estambres tan delicados !
Sin este instrumento, yo
Tal maravilla no viera.

PADRE.— Es verdad. La creacion
Tiene abismos de bellezas
Que no siempre sondeó
La vista humana, hijo mio.
Pero, en el Sumo Hacedor,
Hermosuras hai mas altas,
De un órden mas superior,
Sobrenatural, divino ;

Misterios que la razon
Sin el microscopio santo
De la fe, no alcanza, no.
La fe penetra lo inmenso
De la grandeza de Dios;
Sin ella, todo es un cáos:
Ella es la luz, es el sol.

XLI.

Himno Nacional Argentino.

CORO.

*Sean eternos los laureles,
Que supimos conseguir ;
Coronados de gloria vivamos,
O juremos con gloria morir.*

Oid mortales, el grito sagrado
Libertad, libertad, libertad.
Oid el ruido de rotas cadenas,
Ved en trono a la noble igualdad.
Se levanta a la faz de la tierra
Una nueva gloriosa Nacion,
Coronada su sien de laureles,
I a sus plantas rendido un leon.

Coro, &c.

De los nuevos campeones los rostros
Marte mismo parece animar ;
La grandeza se anida en sus pechos,
A su marcha todo hacen temblar.
Se conmueven del Inca las tumbas,
I en sus huecos revive el ardor,
Los que ve renovando a sus hijos
De la patria el antiguo esplendor.

Coro, &c.

Pero cierras imuros se sienten
Retumbar con horrible fragor ;
Todo el país se conturba por gritos
De venganza, de guerra i furor,
En los fieros tiranos la envidia
Escupió su pestifera hiel.
Su estandarte sangriento levantan,
Provocando á lid mas cruel.

Coro, &.

¿No los veis sobre Méjico i Quito
Arrojarse con zaña tenaz?
¿I cuál lloran bañados en sangre
Potosi, Cochabamba i la Paz?
¿No los veis sobre el triste Caracas
Luto, llanto i muerte esparcir?
¿No los veis devorando cual fieras
Todo pueblo que logran rendir?

Coro, &.

A vosotros se atreve, Argentinos,
El orgullo del vil invasor,
Vuestros campos ya pisa, cantando,
Tantas glorias hollar vencedor.
Mas los bravos, que unidos juraron
Su feliz libertad sostener,
A esos tigres sedientos de sangre.
Fuertes pechos sabrán oponer.

Coro, &.

El valiente Arjentino a las armas
Corre ardiendo con brio i valor;
El clarin de la guerra, cual trueno
En los campos del Sud resonó.
Buenos-Aires se pone á la frente
De los pueblos de la inclita Union,
Con brazos robustos desgarran
Al Ibérico, altivo Leon.

Coro, &.

San José, San Lorenzo, Suipacha,
Ambas Piedras, Salta i Tucuman,
La Colonia, i las mismas murallas,
Del tirano en la Banda Oriental,
Son letreros eternos que dicen:
Aquí el brazo Arjentino triunfó:
Aquí el fiero opresor de la patria
Su cerviz orgullosa dobló.

Coro, &ª.

La victoria al guerrero Arjentino
Con sus alas brillantes cubrió,
I azorado a su vista el tirano
Con infamia a la fuga se dió.
Sus banderas, sus armas se rinden

Por trofeos a la libertad,
I sobre alas de gloria alza el pueblo
Trono digno a su gran majestad.

Coro, &ª.

Desde un polo hasta el otro resuena
De la fama el sonoro clarín,
I de América el nombre enseñando
Les repite—mortales, oid!
Ya su trono dignísimo abrieron
Las Provincias unidas del Sud,
I los libres del mundo responden:
Al gran pueblo Argentino, Salud!

Coro, &ª.

Dos palabras a la conclusion.

Hemos conservado a este precioso opúsculo, que sin duda alcanzará en nuestras escuelas la aceptacion correspondiente a su mérito, la misma ortografía, con que su autor lo publicó en Chile, esto es con las reformas propuestas a aquella Universidad por el sabio Don Andrés Bello, i que son las mas lógicas, las mas naturales i conformes a la índole de nuestra idioma.—Las principales son:

1º La *y* es consonante i no debe aparecer jamas haciendo el oficio de vocal, Así escribimos *voi, estái, Pedro i Juan*, en vez de *voy, estoy, Pedro y Juan*.

2º Las letras *r* i *rr* son dos caractéres distintos del alfabeto, que representan tambien dos distintos sonidos.

3º La letra *rr* no debe dividirse cuando haya que separar las sílabas de una palabra entre dos renglones.

Se escribirán siempre con *j* las sílabas *je ji*, pues es difícilísima de observar la prescripción de la Academia española, de que se conserve la *g* en las palabras que la tienen en su orijen latino. Segun esto, *imágen* i *virgen* deben escribirse con *g* porque vienen de las voces *imago* i *virgo*; pero como la jeneralidad de nuestros educandos no aprenden el latin i están en absoluta imposibilidad de conocer la etimología de las palabras, es muy racional aceptar esta reforma, aplaudida por muchos hombres de letras de la América Española i aun de la península, i escribir *imájen, virjen, &*.—Finalmente, esta es la Ortografía que usan en sus escritos Sarmiento, Mitre i muchos literatos argentinos.
